BUSCADORES DE CONOCIMIENTO:
RETOS DE LA EXISTENCIA

Elena Sant Iago

Prólogo

Recomendación

Esta novela es la segunda parte de la titulada: "Buscadores de Conocimiento".
En la anterior, intento explicar de manera muy resumida las Cinco Leyes Biológicas de la Nueva Medicina Germánica descubiertas por el Dr. Hamer. Por ello, y para comprender mejor esta historia, recomiendo leer antes el primer libro, y muy especialmente a personas que no tengan conocimiento de estas cinco leyes.

Agradecimientos:

Estoy convencida de que la mejor manera de agradecer a alguien la enseñanza que nos ha dado, es llevar a la práctica dicha enseñanza para comprobarla, y después difundirla a otros, para que se transmita a todos aquellos que puedan apreciarla y de esta manera nunca se pierda.

Sin embargo, no quiero dejar pasar esta segunda parte de "Buscadores de Conocimiento", sin dar las gracias abiertamente al Dr. Hamer por su dedicación y amor por la humanidad, y a todos aquellos médicos y terapeutas que dedican parte de su tiempo para difundir la Nueva Medicina Germánica.

Por último, y en otro sentido, también doy infinitas gracias a mis Maestros espirituales y a todos los Verdaderos Maestros Despiertos que han dado el "Conocimiento" y han enseñado el "Verdadero Despertar de la Conciencia".

"Que todos los seres sean felices"
"Que todos los seres sean dichosos"
"Que todos los seres sean en paz"

PRIMER RETO

Futuro: La incertidumbre del mañana

Capítulo 1

—¡Hadita, ya estoy en casa!— dijo Hugo, mientras entraba por la puerta.

Carolina, que estaba en la cocina terminando de hacer la tortilla, suspiró mientras sentía un pellizco en la boca del estómago y se dijo: "¡Por fin!"

Hugo dejó las llaves en el llavero de la entrada y se dirigió a la cocina.

—¡Um! ¡Qué bien huele esa tortilla!— exclamó al ver a su esposa echándola en el plato.

Carolina lo miró y suspiró de nuevo, y le dijo:

—Hola, mi amor. ¡Qué ganas tenía de que llegaras ya!

Él sonrió y mientras se acercaba a ella para besarla, le dijo:

—¿Tanto me has echado de menos?

Carolina se abrazó a él con fuerza, sintiendo que su esposo sabría solucionar el problema.

Él se dejó hacer y le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—¡Ay, Hugo! ¡Algo terrible!

Él se quedó callado un momento y luego dijo:

—¡Vaya! Conque algo terrible… Bueno, ¿y qué es?

Carolina, sin dejar de abrazarlo le respondió:

—¡Tengo que cerrar la academia!

Su esposo guardó silencio de nuevo y tras unos segundos repitió:

—¿La academia?

—Sí. Tengo que cerrarla.

Él suspiró, y luego le dijo:

—Anda, ven, sentémonos y cuéntamelo todo.

Y la cogió de la mano y se dirigieron al salón comedor.

Se sentaron en el sillón y él le dijo que empezase a explicarle la situación.

—Pues la situación es ésta, —dijo Carolina —Esta tarde cuando he mirado en el buzón de la academia, me he encontrado esto.

Se sacó del bolsillo del delantal una carta oficial y se la entregó a Hugo.

Mientras éste comenzaba a leerla, ella continuó:

—Dice que ya no me van a seguir dando la subvención.

Hugo leyó la carta y resopló:

—¡No entiendo por qué se están poniendo en este plan! ¡Saben perfectamente que no cobras nada por tu trabajo! ¡Que dedicas tu tiempo a esos niños, sin cobrarles absolutamente nada! ¡Sólo tienen que pagar el local y el material escolar que haga falta, y eso no es tanto…!

—Dicen que con esta crisis están recortando todo lo que no sea necesario. —respondió la joven, con pena — Y está claro que la academia, para ellos, es innecesaria.

Hugo chasqueó con la lengua, en señal de fastidio, y luego se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación, pensativo.

Carolina lo miró y le dijo:

—Hugo, yo he estado pensando en esto y se me ocurre que quizás nosotros podríamos hacer un esfuerzo y pagar un local más pequeño. ¿Qué crees tú?

Él se acercó a mirar por la ventana y se quedó callado.

—Tal vez tengamos que ajustarnos más, pero si encontramos algo muy barato, podría seguir dándole las clases a los niños. — insistió la joven.

Su esposo seguía sin responder.

—¡Hugo! ¿Me estás escuchando?— insistió Carolina.

Él suspiró y se volvió hacia ella.

—Sí, hadita. Sí te he escuchado.

—Bueno, ¿entonces, tú qué dices?

Él volvió a suspirar y se acercó hasta Carolina y se sentó a su lado. Luego la cogió de las manos y le dijo:

—Creo que de momento es mejor buscar otra solución. La subvención dura hasta finales de este mes, ¿no? Quizás sea más conveniente… que vayas avisando a los padres… del posible cierre… por si acaso…

La joven, que estaba totalmente convencida de que él iba a aceptar su propuesta, aquella inesperada respuesta le cayó como un jarro de agua muy fría, y se quedó sin saber qué responder. Tan sólo logró decir:

—Pero… Hugo, tal vez, si nos ajustamos…

Un nuevo suspiró del joven, y luego respondió:

—No hadita, no. Ya no podemos ajustarnos más.

La joven se quedó callada, con ganas de llorar. Después de siete años de matrimonio, por primera vez Hugo le había negado algo. Pero había elegido decirle que no a algo que era realmente importante para ella. Sin embargo no se atrevió a insistir, pues el joven lo había dejado muy claro, y bajo ningún concepto deseaba discutir con él: el único y gran amor de su vida.

Hugo la miró con ternura y acariciándole la mejilla, le dijo:

—No te preocupes. Seguro que esto es sólo temporal. Insistiremos de nuevo en pedir otra subvención. Además todavía quedan tres semanas hasta terminar el mes. Pueden pasar muchas cosas.

—Está bien.— respondió ella, con un nudo en la garganta y haciendo un esfuerzo por no llorar.

—Anda, vamos a cenar, —dijo él —y no te preocupes más. Ya encontraremos una solución, ¿vale?

—Sí. — asintió la joven.

Luego se levantaron y fueron a la cocina para terminar de preparar la cena.

Carolina estaba realmente defraudada por la respuesta de Hugo, y no tenía muchas ganas de hablar. Sin embargo se dio cuenta de que él también estaba bastante pensativo y se dijo: “Quizás esté intentando hallar una solución mejor que la que yo le he dicho”

Cuando se sentaron a la mesa, ella le dijo:

—Hugo, ¿estás pensando en cómo solucionar el tema de la subvención?

Él la miró como sorprendido y dijo:

—¿Qué?

La joven se extrañó de su forma de mirarla y de su respuesta.

—Es que como te veo pensativo,— respondió ella—he creído que estabas buscando una solución.

—Pero, ¿cómo sabes…?— empezó a decir él, hasta que se calló repentinamente, y luego continuó — ¡Ah, bueno! ¡Sí, claro! Justamente estaba pensando en eso.

Entonces ella se atrevió a insistir:

—Pero Hugo, ¿por qué crees que no podemos llevar a cabo mi propuesta?

—¿Tu propuesta?, ¿qué propuesta? — contestó él.

Carolina lo miró extrañada.

—Pues lo que te he dicho antes. Que tal vez podríamos ajustarnos un poco y pagar un local más baratito.

—¡Ah, eso! No Carolina, no. Es mejor que te olvides ya de esa posibilidad.

—Pero vamos a estudiarla un poco, ¿no?

—No, Carolina, no puede ser. Déjalo ya, por favor. No insistas.— respondió él, con aire enfadado.

La joven estaba muy extrañada. Hugo nunca le había hablado así. No entendía qué pasaba con él.

Capítulo 2

Continuó comiendo, pero entre unas cosas y otras se le cerró el estómago. Sin embargo parecía que él también había perdido el apetito, pues no hacía otra cosa que dar vueltas en el plato con el tenedor.

—¿Has tenido un buen día?— le preguntó Carolina.

Él la miró y le dijo:

—¿Eh? Sí… sí. Más o menos como los demás.

—¡Ah!— contestó ella —Bueno, pues cuéntame algún caso de los que has visto hoy.

Hugo suspiró y sonrió. Cada día él le contaba a su esposa algunos de los casos que veía, por supuesto sin decir nombres, con el objeto de que poco a poco ella también fuera conociendo mejor la Nueva Medicina Germánica basada en los descubrimientos del doctor Hamer.

Luego respondió:

—Bueno… vamos a ver… ¡Ah, sí! Hoy ha venido un señor al que le habían diagnosticado un cáncer de vejiga.

—¡Ah, ya!— dijo ella — Ha debido tener un conflicto relacionado con marcar el territorio, ¿no?

El joven sonrió y continuó:

—Eso es. Pero a ver si sabes decirme esto: si le han dicho que es un cáncer, ¿en qué fase se encuentra?

—Pues… espera un momento que piense… sí, ya sé, está en fase de curación.

—Exactamente. ¿Por qué sabemos que es fase de curación?

—Porque la vejiga es del ectodermo y en esa capa embrionaria, durante la fase activa del conflicto hay ulceración, y luego en la fase de resolución o de curación se repara la ulceración con crecimiento celular.

—Muy bien. — contestó Hugo —Eres una buena alumna. De todas maneras tienes que saber que hay una parte de la vejiga que pertenece al endodermo, y es el trígono vesical. Los conflictos liados a esta parte son diferentes, así como las fases activa y de curación. Pero para no complicarte más, eso ya lo veremos otro día. Por ahora veo que estás aprendiendo muy bien.

Carolina sonrió.

—Bueno, ahora cuéntame el caso.— le pidió ella.

—Pues este hombre tiene un terreno en el que planta sus verduras con mucho esmero y dedicación. Pero resulta que de pronto un día se encuentra con que su terreno está bastante pateado con huellas de perro. El hombre entra en conflicto porque el animal ha entrado en su territorio y le ha desbaratado todo su trabajo. Lógicamente tiene que volver a plantar. Pero cuando regresa de nuevo a su terreno, el chucho parece haber vuelto. Eso le está ocurriendo durante un tiempo. Él intenta que los límites de su terreno estén bien cerrados para que el animal no entre, pero parece ser que éste es muy listo porque escarba la tierra y pasa por debajo, y el hombre se encuentra ya con matas arrancadas, y el terreno continúa pateado en algunos trozos. Todo esto supone para él un conflicto continuo, puesto que la primera vez que se

encuentra el panorama, le resulta un verdadero shock, inesperado, que le pilla a contrapié, pues no sabe cómo solucionarlo, y además lo vive en aislamiento porque cuando se lo cuenta a su mujer, ésta no le hace caso y encima le echa una bronca porque, según ella, él está obsesionado con el perro y que tampoco es para tanto, puesto que no le destroza todo. En éstas estamos, cuando de pronto llega un día y ve que el terreno está intacto. Al día siguiente también. Pero aun así, él se pregunta si en cualquier momento el perro va a volver. Hasta que unos días después, en un bar situado cerca de su terreno, hablando con un vecino, éste le dice que el perro que le molestaba, no sólo a él, sino a varios vecinos de la zona, se murió, porque un cazador, por error, le dio un tiro. Entonces el hombre se da cuenta de que el objeto de sus preocupaciones, que lo tenían noche y día obsesionado, se ha terminado por fin. Es decir, soluciona el conflicto y empieza la fase de solución. Al cabo de unos días empieza a notar dolor al orinar y que está empezando a echar sangre en la orina. Va al médico y le diagnostican el cáncer. En principio le proponen operarle, y después se verá si es necesaria la quimioterapia. Pero él sabe que existe otra forma de actuar con la Nueva Medicina Germánica, gracias a una nuera que nos conoció hace un par de años por un cáncer de útero. Así que el hombre, en vez de asustarse, llamó a su nuera y nos pidió cita. Él ha visto que todo cuadra, y ahora, sabiendo que está en solución, está mucho más tranquilo y además ha aprendido que no puede tomarse las cosas de esa manera.

Carolina sonrió.

—¡Qué bien!— exclamó —¡El pobre se ha evitado tener que pasar por el calvario de la operación y de sepa Dios cuántas cosas más!

—Sí, es verdad.— dijo Hugo.

—Aún hoy, me siento contenta de que dieras el paso que diste, cuando decidiste dejar los protocolos de la medicina oficial y aprender la Nueva Medicina Germánica. Estás ayudando a mucha gente. Entre ellos a mí. Gracias a ti, ahora puedo contarlo, de otra manera, no sé si seguiría en este mundo o no…

Hugo le sonrió y le extendió la mano sobre la mesa para dársela. Carolina también extendió la suya y se cogieron, mirándose a los ojos.

—Además, gracias también a ti, — añadió Carolina— mi padre y mis hermanos también aprendieron esta óptica esperanzadora de la medicina y se han podido dedicar también a ello. ¡Qué bien que conseguisteis la subvención para los cursos! Así, como no los habéis tenido que cobrar, ha podido asistir más gente y se ha extendido mucho más que si hubiéramos tenido que vivir de ello, cobrando aunque sólo fuera lo suficiente para poder vivir. Además, de esa manera pudiste dejar el trabajo en la cooperativa ecológica y dedicarte por completo a impartir los cursos y atender pacientes.

Hugo se puso más serio y apretó la mano de su esposa. Luego se la acercó y la besó. Después la soltó y dijo, levantándose:

—Bueno, creo que basta por hoy de casos. Yo fregaré los platos. Tú descansa un poco.

Carolina sintió que, a pesar de que él le besó la mano, la reacción del joven fue un poco cortante. Mientras él se marchaba a la cocina con los platos, ella se levantó para recoger el resto de cosas para llevárselas a la cocina, y comenzó a pensar: “Me parece que está como disgustado. ¿Por qué será? ¿Qué es lo que he dicho que le haya podido sentar mal?... ”

Capítulo 3

Al entrar a la cocina le preguntó directamente:

—Hugo, ¿he dicho algo que te haya molestado?

Él la miró extrañado.

—No, claro que no.— respondió él — Perdona, es que hoy estoy un poco cansado. Ha sido un día muy intenso. No tiene nada que ver contigo.

—¿Has discutido con mi padre?

Hugo sonrió levemente y respondió:

—No. No he discutido con él. No te preocupes, ¿vale? Es sólo que estoy un poco cansado.

—Entonces yo fregaré.— dijo ella.

—No. No te preocupes, es cansancio intelectual, no físico. Esto me vendrá bien para cambiar un poco el chip.

—Está bien. Como quieras.— respondió Carolina.

La joven se sentó en el salón y cogió un libro para leer, pero su mente no paraba: "¿Qué es lo que le pasa? Normalmente él no está así… Tal vez sea por lo de la academia… Parece que también le ha fastidiado bastante. De hecho parecía enfadado… Ahora que lo pienso, quizás como yo le he hablado de la subvención que les concedieron a ellos, tal vez ha pensado que estaba con indirectas… Pero en realidad… lo que no entiendo es por qué se cierra tanto en banda en que nos apretemos un poco… Bueno, la verdad es que con la subvención suya nos da para vivir sin lujos, pero más o menos bien. Si tenemos que apartar dinero para la academia, entonces sí que estaremos muy apretados… Tal vez él tenía otros proyectos. Ya hace tres años que no viajamos a ningún sitio y a él le gusta mucho viajar… Pero los niños… si no puedo continuar con la academia, ¿cómo les voy a ayudar?… La verdad es que él sabe que éste era un proyecto muy importante para mí… No sé por qué no quiere ayudarme. ¡Y yo que creí que podría contar con él y me ha salido con éstas! Es verdad que siempre ha sido muy bueno conmigo, pero por eso mismo no entiendo por qué ahora que lo necesito, no quiere colaborar… ¿Por qué, Hugo? ¿Por qué me has fallado?... Pero en fin, no le diré nada más porque no va a servir de nada. Tendré que pensar otra solución o si no… tendré que cerrar la academia…"

Todos estos pensamientos, la hicieron sentirse cada vez más defraudada e incomprendida por la persona a la que amaba. Se sintió tan triste, que decidió acostarse.

—Hugo, voy a acostarme ya. — le dijo, desde la puerta de la cocina.

Él la miró, mientras terminaba de aclarar la sartén de la tortilla.

—Está bien, hadita. Buenas noches.

—Buenas noches. — respondió ella.

Y se fue a su cama.

Una vez que se hubo puesto el pijama, se metió en la cama y cerró los ojos. Su cabeza daba vueltas y vueltas al tema de la academia, pero también a la negativa de Hugo.

Por fin, en algún momento, algo en su interior se rebeló contra ese mare magnum de pensamientos y se dijo: "No puedo dormirme así. Está claro que me he identificado totalmente con toda esta historia de la academia… He perdido el recuerdo de mí misma y me he dejado llevar por lo que me iba surgiendo… Al fin y al cabo, ¿de qué tengo miedo? ¿De que cierren la academia? Bueno, pues ya ayudaré de otra manera…"

La joven se puso a orar a su Padre interno, diciéndole que se hiciera su voluntad en todo momento, y que le diese fuerzas para mantenerse autoconsciente en cada situación, para mantenerse en autoobservación psicológica y descubrir cualquier "yo", cualquier defecto psicológico que surgiera en cada momento, y así poder aplicarle el trabajo de eliminación con su Madre Divina, y de esa manera poder despertar más conciencia e ir liberándose de sus ataduras psicológicas. Luego le pidió que le protegiera en todo momento de todo mal y después se puso a concentrarse en un mantram que había descubierto años atrás, para desdoblarse conscientemente en astral.

Este mantram era el mantram LA—RA—S.

Así pues, ella se puso a vocalizarlo al principio de viva voz, aunque en volumen bajo:

—Laaaaaaaaaaaaa Rrrrrrrrrraaaaaaaaaa Sssssssssssss… Laaaaaaaaaaaa Rrrrrrrrraaaaaaaaa Sssssssssss… Laaaaaaaaaaaa Rrrrrrrrraaaaaaaaaa Sssssssssssss…—

Y así repitió varias veces, en voz cada vez más baja, hasta terminar haciéndolo mentalmente, mientras no admitía ningún otro pensamiento en su mente.

Sin embargo, el ego, en su interior, no estaba muy tranquilo, y de tanto en tanto un "yo" u otro se metía a través de un sutil pensamiento, entre medias de su concentración. Carolina, a veces se percataba enseguida y no se dejaba llevar por ese pensamiento, pero otras veces tardaba más, pues sin darse cuenta se había identificado con tal o cual pensamiento, relacionado con el cierre de la academia o con la negativa de Hugo. Sin embargo, ella no perdía la esperanza y comenzaba de nuevo. Así estuvo hasta que poco a poco se fue quedando dormida, y cuando sintió que era el momento, se levantó de su cama. Miró hacia ésta y vio su cuerpo, como en otras ocasiones.

Luego se dirigió hacia el salón y vio a Hugo sentado en el sillón en postura de yoga, con los ojos cerrados.

"Debe estar meditando", se dijo Carolina.

Luego se acordó de la conversación con él y volviendo a identificarse con los pensamientos, se dijo: "No sé por qué se ha negado de esa manera. Es injusto. ¿Es que no cuenta mi opinión?"

Así, con un cierto resentimiento, se dirigió hacia el balcón para salir de la casa. Al asomarse para dar el salto con la intención de flotar, vio que en la calle estaban los niños de su academia llorando desesperadamente. Ella sintió un vuelco en el corazón y se dirigió volando hacia ellos. Carolina intentó consolarlos, pero los niños le decían:

—¿Por qué le haces caso a tu marido? ¡Él no es tu dueño! ¡Tú tienes tus derechos! ¡Está abusando de autoridad!

A medida que aquellos niños le hablaban, sus caras se transformaban en otras muy distintas, pero a pesar de que la joven se daba cuenta y no lograba comprender

por qué ocurría ese fenómeno, se decía: "Tienen razón. Hugo no tiene por qué mandar. Yo también tengo mi opinión. No puede negarse en rotundo a ayudarme."

—¡Claro!— gritó uno de aquellos niños de cara cambiante — ¡Oblígalo a que te escuche! ¡Si tanto te quiere como dice, tendrá que hacer lo que sea para hacerte feliz!

—Sí, bueno…— respondió Carolina —en realidad él me quiere pero seguramente piensa que no nos va a llegar, si pagamos el local.

—¡No, no te quiere!— insistió otro infante — ¡Le da igual que tú sufras!

—¡No, no puedo creer eso!— contestó Carolina.

En ese momento, apareció Hugo en un plan muy agresivo y le dijo:

—¡Carolina! ¡Deja ya de hablar con estos mocosos y vuelve a casa!

La joven se quedó asombrada de verlo en ese estado, y se dio cuenta de que también le cambiaba un poco el rostro, pues al mirarlo fijamente, sus ojos se engrandecían y su boca abierta enseñaba unos dientes mucho más grandes de lo normal. Mas, aun así, ella estaba convencida de que aquél era su marido.

—¡Hugo, no me hables así!— contestó ella.

—¡Te hablo como quiero!— dijo él — ¡Yo soy el hombre de la casa y tú tienes que hacer lo que yo te diga!

Carolina sintió que se le sobrecogía el corazón, y de la impresión se despertó.

"¡Oh, Dios mío!", se dijo, mientras el corazón, aún le latía con fuerza, y sentía un escalofrío en todo el cuerpo que la mantenía paralizada, "¡Qué experiencia más desgarradora!"

La joven tenía unas ganas de llorar enormes y no pudo controlarse.

Capítulo 4

Minutos después entraba en el dormitorio Hugo.

—¿Qué te ocurre, hadita?— preguntó asustado.

Ella se dio la vuelta y no le contestó.

El joven se sentó en la cama y le puso la mano en el hombro:

—Carolina, ¿qué te ha pasado?

—¡Déjame Hugo! ¡Déjame, por favor!

Él se quedó callado y luego insistió:

—¡Ha debido ser una pesadilla! ¡Ya pasó! ¡Tranquila!

—¡Déjame Hugo! ¡No quiero hablar!

—Pero hadita, cuéntame qué ha pasado. ¡No te quedes así! ¡Háblame!, ¡cuéntame que te pasa, por favor!

Carolina no contestó.

—¿Estás enfadada conmigo?— preguntó él.

—¡Déjame!— repitió ella.

Él no volvió a insistir.

La joven lo escuchó mientras se desvestía y se ponía el pijama en silencio, y luego se metía en la cama. Después, él intentó darle una mano, pero ella se la rechazó.

Carolina estaba muy conmocionada por el sueño que había tenido, pues estaba convencida de que era real… Y él se había comportado muy mal con ella…

Sin embargo, cuando escuchó que él le decía:

—Carolina, no sé lo que te pasa, pero quiero que recuerdes que eres lo que más quiero en este mundo.

Ella no pudo evitar que se le volviera a encoger el corazón, pero esta vez de una forma distinta.

Se quedó pensativa y se dijo: "En el mundo astral no me decía eso."

Luego empezó a calmarse y a recordar con detalle todo lo que había pasado cuando se desdobló, y al venirle la imagen de las caras de los niños que se transformaban, se dio cuenta de que no eran exactamente cómo eran en la realidad física. Lo mismo pasaba con Hugo…

Y entonces se le encendió la lucecita y comprendió lo que había ocurrido:

"¡Oh, Señor!", se dijo, "¿Cómo he podido estar tan ciega? Nada de eso era cierto. Ni los niños, ni Hugo. No eran ellos… Sólo estaba soñando. Sabía que estaba en el mundo astral, pero no estaba viendo la realidad, sólo estaba proyectando mis propias fantasías… O mejor dicho, las fantasías de un "yo" de despecho, de rabia y de rencor contra Hugo. Estaba demasiado identificada con esos "yoes" y con sus proyecciones mentales y a pesar de que sabía que estaba desdoblada, nada de lo que estaba viendo u oyendo, estaba realmente ocurriendo."

La joven se dio la vuelta y buscó la mano de Hugo.

Éste, que aún estaba despierto, se la dio, sin decir nada. Ella se giró hacia él y empezó a disculparse:

—Hugo, perdóname. Tenías razón, he tenido una pesadilla y estaba muy conmocionada. Siento haber sido tan antipática contigo.

El joven también se giró hacia ella.

—No te preocupes, hadita.— respondió él, mirándola y acariciándole la mejilla —No pasa nada. De todas maneras, yo también quiero pedirte perdón porque creo que he sido un poco tajante contigo con respecto a tu propuesta de ajustarnos el cinturón para poder pagar un local. No creas que es porque no me importa que haya que cerrar la academia, porque sé que tú estás haciendo una labor magnífica en ella, pero… en estos momentos, nos va a ser muy difícil hacernos cargo de todos los gastos, porque es demasiado… Pero seguro que eso no va a ser algo definitivo. Como te he dicho antes, de aquí a tres semanas, pueden ocurrir muchas cosas, y aunque hubiese que cerrar, porque no hay más remedio, siempre se puede volver a abrir, en cuanto cambien un poco las cosas… ¿No crees?

—Sí, —respondió Carolina, más contenta porque por fin, hablaban del tema —Tienes razón. Es demasiado para poder pagarlo nosotros. Quizás se nos ocurra otra solución. Además, confiemos en el Padre, y si la academia tiene que seguir, seguro que surge alguna cosa, y si no, pues por algo será, ¿no? ¡Quién sabe lo que nos depara el futuro!

—Sí, eso es.— respondió él.

—Además,— continuó la joven, con entusiasmo creciente —¿qué es lo más importante, después de todo? ¿Qué las cosas nos salgan siempre como a nosotros nos gustaría, o que aprendamos a conocernos a nosotros mismos frente a todas las circunstancias de la vida, sean buenas o sean malas?

Hugo sonrió.

—¡He ahí, una vez más, la sabiduría de mi pequeña hada!— exclamó.

Ella se rio y él también.

—Hugo, estoy muy contenta de que hayamos hecho las paces. Te quiero mucho.

—Yo también, hadita, yo también.

Capítulo 5

El día siguiente era sábado. Los dos tenían descanso y habían quedado en ir a comer con la familia de Carolina.

Durante el desayuno, la joven notó un poco inquieto a su marido. Lo vio distraído, igual que la noche anterior.

—Hugo, ¿qué te pasa?, ¿sigues buscando una solución para lo de la subvención?

—¿Qué?— dijo él, mirándola extrañado — ¿Qué quieres decir?

—Pues que te veo preocupado aún. Ya hablamos anoche del tema de la academia. No le des más vueltas, porque así no vas a encontrar la solución. Vamos a esperar a ver qué pasa.

Hugo asintió y respondió:

—Sí, claro…

Carolina le sonrió y él sonrió levemente.

Pero la joven seguía viéndolo intranquilo y entonces se le ocurrió que quizás había algo más, que ella no sabía.

—Hugo, dime la verdad, ¿pasa algo que yo no sé?

Su marido la miró con un gesto como de haber sido pillado. Luego suspiró y contestó:

—Está bien. Tarde o temprano te ibas a enterar. Y más, si vamos a comer con tu padre y con tu hermano.

Carolina se asustó:

—¿Le ha pasado algo a mi padre?

—¡No, tranquila! ¡Tu padre está bien!— contestó él, cogiéndole la mano.

—¿Es Carlos?— preguntó la joven, rápidamente —¿Le ha pasado algo?

—¡No, no! ¡Carlos está bien! Y antes de que me los nombres a todos, todos están bien. ¡Tranquila!—

—¡Ah!— respiró ella —¿Entonces qué pasa?

—Pues… se trata de los cursos… Se ve que esta crisis afecta a todo, o al menos eso es lo que dicen.

—¿Los cursos? ¿Te refieres a los cursos de la Nueva Medicina que estáis dando?

—Sí. A nosotros también nos han retirado la subvención.

Carolina se quedó asombrada. Eso tampoco se lo esperaba.

—Pero… entonces… ¿qué va a pasar?— preguntó.

—Pues, el caso es que no nos ponemos de acuerdo tu padre, tu hermano y yo. Para todos ha sido un golpe bajo, pues nos prometieron que lo renovarían, pero nos han fallado. Si no tenemos subvenciones… sólo hay dos caminos: cobrar los cursos o trabajar en otra cosa y como consecuencia dedicar menos tiempo a los cursos y a las consultas.

—¡Ah, claro!— dijo la joven — ¡Ahora entiendo por qué me decías que no podíamos ajustarnos para pagar el local para la academia!

Él asintió.

—Pero, ¿cuándo os lo han notificado?— inquirió Carolina.

—Ayer. Irónicamente, el mismo día que a ti.

—¡Ah!— exclamó la joven — ¿Y por qué no me lo dijiste?

—Pues pensaba decírtelo, pero te vi tan preocupada y triste por lo de la academia, que no me atreví a añadir más carga a tu sufrimiento.

—¡Oh, Hugo! ¡Con razón yo te veía tan preocupado y distraído! ¡Qué egoísta he sido!

Él sonrió y la abrazó, diciéndole:

—Tú no eres egoísta. Estabas preocupada por los niños, eso es todo. Además, ¿cómo ibas a saber que a nosotros también nos habían retirado la subvención?

—Y ahora, ¿qué vais a hacer?— preguntó ella.

—Pues tu padre dice que tendremos que cobrar los cursos y Carlos dice que se puede cobrar un precio no excesivo.

—¿Y tú? ¿Tú qué dices?— inquirió la joven.

—¿Yo? Bueno, pues que tendré que volver a trabajar en otra cosa. Quizás aún necesiten a alguien en la cooperativa ecológica.

—¿No quieres cobrar los cursos?— le preguntó su esposa.

—Si puedo evitarlo, no.— contestó Hugo.

Carolina se quedó pensativa. El único dinero que entraba en casa hasta ese momento, era la parte proporcional que Hugo había recibido de las subvenciones para los cursos. No sabía cuánto le pagarían en la cooperativa, y ni siquiera sabía si habría un puesto de trabajo para él, pues la crisis que había comenzado unos años antes, estaba en un punto muy alto y en el país había ya más de cinco millones de personas buscando trabajo desesperadamente. Familias enteras en la calle, ancianos haciéndose cargo de sus hijos con su pobre pensión, trabajadores explotados por sus jefes y haciendo su trabajo, más el de sus excompañeros, que fueron despedidos de forma indigna… y otros tantos casos de injusticia…

Pero por otro lado, sabiendo cómo estaban las cosas, el que hasta ahora los cursos habían sido gratuitos, había abierto las puertas al conocimiento de la Nueva Medicina Germánica a muchos que no tenían medios económicos suficientes para poder pagarse un curso. Y ese conocimiento no sólo les servía a ellos, sino también a sus familiares, amigos, y a todos los que les rodeaban.

Definitivamente, Hugo no podía cobrar esos cursos, en eso estaba completamente de acuerdo.

—Hugo, estoy contigo.— dijo ella —Creo que será mejor buscar otro trabajo. Pero yo también buscaré. Buscaremos los dos, y el que lo encuentre, traerá el sueldo con el que podremos vivir y ayudar a otros.

Su esposo sonrió y la abrazó.

—Esto me recuerda aquella vez que me dijiste que me apoyabas en el paso que había dado, cuando decidí dedicarme a la Nueva Medicina, aunque todos estuvieran en contra mía. Incluso si yo estoy plenamente convencido de esto, tu apoyo es muy importante para mí.

Capítulo 6

A medio día habían quedado en un restaurante con toda la familia de Carolina. Era el aniversario de boda de su padre y de Noelia, quien fue anteriormente profesora de Carolina.

Por supuesto, ya habían reservado el sitio antes de conocer las nuevas sobre la subvención de los cursos, de otro modo quizás hubieran hecho una celebración más modesta. Aunque el padre de Carolina estaba acostumbrado a vivir bien. De hecho, aparte de los cursos y de las consultas de la clínica que compartía con Hugo y con su hijo, él seguía viendo pacientes de su especialidad, es decir de cardiología, dos o tres días a la semana en su consulta particular de siempre, en la que sí cobraba, aunque lógicamente también aplicaba sus conocimientos sobre la Nueva Medicina Germánica. Y a eso hay que añadir que también guardaba una cierta cantidad de ahorros en el banco. Por lo cual, se puede decir que a pesar de colaborar en la clínica, de forma altruista, él prácticamente había variado poco su nivel económico.

Cuando Carolina y Hugo se acercaban al restaurante, vieron a Anastasia con "su Hugo".

—¡Hola!— saludó Anastasia — ¡Menos mal que llegáis! ¡Ya estábamos pensando que nos habíamos equivocado de restaurante!

Su marido hizo una mueca con una media sonrisa.

—¡Sí!, ¡menos mal que habéis llegado!— repitió él, con retintín.

Anastasia le dio un codazo y Carolina se sonrió, comprendiendo que en realidad era su hermana la que había dudado, y no él.

—Hola.— saludaron ella y su Hugo, a la vez.

—Oye, Hugo— dijo Anastasia a su cuñado — ¿se lo has dicho ya?

—Sí.— respondió éste — Lo hemos estado hablando esta mañana.

—¡Ah! ¿Y tú qué dices, Caro?

—¿Os referís a lo de la subvención de los cursos?— preguntó Carolina.

—Sí, claro.— dijo Anastasia.

—Pues, ¡qué voy a decir! — exclamó Carolina— ¡Que qué fastidio!, ¿no?

—Pues sí. — contestó Anastasia — Ahora tendrán que cobrarlos.

Carolina sonrió y miró a su marido, para ver si él decía algo, pero él se mantuvo en silencio, así que ella contestó:

—Bueno, vamos a ver qué es lo que se puede hacer.

—¡Pues está muy claro!— exclamó Anastasia —¡Tendrán que cobrarlos!— repitió.

—Bueno, pero también existe la posibilidad de buscarse otro trabajo. — rebatió Carolina.

—¡Buf!— resopló su hermana —¡Eso sí que está difícil! ¡Con el paro que hay!

—Ya, pero al menos habrá que intentarlo, ¿no?— insistió la hermana más joven.

—¿Pero para qué complicarse la vida? ¡Se cobran los cursos y ya está! Si la gente que asiste a los cursos, luego lo va a recuperar. ¿Qué te crees?, ¿que los que

asisten a los cursos, luego no van a cobrar tampoco? ¡Anda, Caro! ¡La gente es mucho más práctica y viven menos en las nubes que tú y tu Hugo!

El aludido se sonrió, sin picarse en lo más mínimo, pero Carolina iba a rebatirle, cuando intervino el marido de Anastasia:

—Déjalo ya, Ani. Ellos harán lo que vean más conveniente, y ya está. Así que no insistas.

Anastasia miró a su marido y le contestó:

—¿Qué pasa? ¿Es que no le puedo dar un consejo a mi hermana pequeña, o qué? ¡Tú eres el que no se tiene que meter, que tú no eres su hermano!

—Bueno, pero me llamo igual que mi cuñado y eso me da ciertos derechos. ¿A que sí, tocayo?— contestó su esposo, con cierto tono juguetón.

El Hugo de Carolina sonrió de nuevo.

—Y además, — continuó el marido de Anastasia —quería hablar de otro tema que es más importante que el que estabais hablando.

Carolina y su Hugo lo observaron expectantes y Anastasia cerró con fuerza la boca y guiñó un poco los dos ojos, mientras miraba a su marido. Acto seguido dijo:

—¡Ese tema no se puede hablar ahora! ¡Hemos quedado en que se hablaría cuando estemos todos!

—¡Sí, mi vida! ¡Lo que tú digas!— respondió su marido, con una media sonrisa.

Anastasia dulcificó su gesto, y se cogió a su brazo, con una sonrisa de satisfacción, y su marido le besó en la sien.

Carolina y su Hugo, sonrieron.

Anastasia seguía siendo bastante impulsiva, pero su esposo la sabía conducir con sus bromas y su cariño, pues se notaba que la quería de verdad. Y ella lo sabía y también lo quería, a pesar de que a veces le echaba algún regañón que otro. Pero ésos sólo eran fuegos fatuos, sin más transcendencia.

Poco después llegaron Paula, hija de Noelia, y su marido Fernando.

Todos se saludaron con besos y abrazos.

Paula se había casado hacía un año. Ella trabajaba en una herboristería, y él era mecánico de coches, al igual que Ricardo, el hermano de Paula. En realidad, fue a través de él que se conocieron. Era una joven simpática y estaba muy en la onda de las medicinas naturales. Además también hizo un curso de la Nueva Medicina Germánica con Hugo, y lo que aprendió, lo aplicaba en la herboristería, siempre y cuando su jefa no estuviera, claro, pues ésta pareció comprender que con la Nueva Medicina, la venta de muchos de los productos de su tienda, se vería bastante reducida, lo cual, lógicamente, a ella no le convenía.

Ricardo llegó enseguida y detrás venían el padre de Carolina, y Noelia.

Todos volvieron a saludarse familiarmente.

Carolina miraba a su padre y lo veía contento. Desde que ella tuvo la leucemia, él había cambiado bastante. También Noelia había ejercido una influencia muy positiva en él. Aunque su genio, y su forma de actuar, seguían siendo las típicas de él, indudablemente, no era tan duro como cuando Carolina era pequeña.

Finalmente llegaron Nicoleta y Carlos.

—¡Carlos! ¡Ya creíamos que no veníais!— le pinchó Anastasia.

Su hermano se sonrió y poniendo su brazo sobre el hombro de Nicoleta, le contestó:

—¡Por nada del mundo nos perderíamos esta comida!, ¿verdad, Nita?

Ella sonrió también.

— ¡Puede ser que sea la última vez que comamos en un restaurante!— continuó Carlos, riéndose.

—¡Anda, Carlos! ¡No seas tan dramático!— contestó Anastasia.

Su padre se puso más serio, y miró al Hugo de Carolina.

—¡Bueno, queridos, entremos!— dijo Noelia, abriendo sus brazos hacia todos.

Y los once en familia, entraron en el restaurante.

Capítulo 7

Una vez sentados cómodamente todos, cada uno pidió lo que le apeteció de la carta. Mientras esperaban, Anastasia habló:

—Escuchadme todos, mi Hugo y yo queremos deciros algo.

Todos la miraron expectantes y Noelia se sonrió.

—Bueno, ¿qué es?— dijo el padre.

—Pues… ¡ay Hugo, díselo tú!— exclamó Anastasia.

—Bueno, como quieras.— respondió su marido, con una sonrisilla traviesa— Pues resulta que…

—¡Ay, no, yo lo digo!— le interrumpió ella.

Él asintió con un gesto que mostraba que ya sabía que su mujer no podría aguantar sin decirlo ella.

A Carolina le divertía ver cómo el Hugo de su hermana, jugaba con ella.

—Bueno, Anastasia, ¿lo dices ya o qué? — protestó el padre, impaciente.

—¿A que sé lo que es?— dijo Carlos.

Anastasia lo miró como enfadada.

—¡Carlos! ¡Tú cállate! ¡Es mi noticia y la voy a dar yo!

A esas alturas, ya varios de los que estaban allí, se estaban imaginando cuál era la noticia.

—¡Bueno, pues venga ya!— dijo Carlos — Porque después voy a dar yo otra.

Anastasia se quedó mirándolo sorprendida y luego miró a Nicoleta, que sonreía con satisfacción, viendo la escena.

—¿Tú también?— preguntó Anastasia a su cuñada.

Nicoleta asintió y Carlos le cogió la mano, mirándola feliz.

—¿Se puede saber de qué habláis?— protestó el padre —¡A ver, niña, habla ya!— le dijo a su hija —¿Qué pasa?—

Anastasia sonrió y respondió:

—Estoy embarazada. Mi Hugo y yo vamos a tener un hijo.

El padre la miró sorprendido. Después de seis años del matrimonio de su hija mayor, no esperaba ser abuelo de repente. Pero luego sonrió y contestó:

—¡Bueno! ¡Ésa sí es una buena noticia! ¡Me alegro mucho, Anastasia, hija! ¡Enhorabuena a los dos!

—Gracias.— contestó la pareja, al unísono.

Los demás también los felicitaron con entusiasmo y ellos se mostraron contentos.

—Bueno, papá, — dijo de repente Carlos — Pues felicítanos también a Nita y a mí.

—¿A vosotros? ¿Por qué?

Carlos y Nicoleta lo miraron sonrientes y él puso su mano sobre la barriga de ella.

El padre hizo un gesto de sorpresa, nuevamente.

—¿Vosotros también esperáis un hijo?

—¡Eso es!— respondió Carlos.

Todos, a excepción del padre que se quedó pensativo, se pusieron muy contentos y les dieron también la enhorabuena a los nuevos papás.

Cuando se calmaron, el padre intervino:

—Hijo, no creas que no me alegra la noticia de que Nicoleta y tú vayáis a tener un hijo. Claro que sí. Me siento contento de tener otro nieto. Pero me preocupa que en estos momentos no tengas nada fijo en cuanto a trabajo se refiere.

Todos se quedaron callados.

—A nuestro hijo no le faltará nada necesario. —dijo Nicoleta— Carlos es un buen médico,. Es de los mejores, y seguro que podrá ganar el sustento para su familia. Si es necesario, yo también trabajaré. Pero si no lo es, prefiero criar a mi hijo yo misma. Carlos y yo lo hemos hablado y lo tenemos muy claro. Además, si hiciera falta, mi familia puede ayudarnos.

—¿Acaso crees que si os hiciera falta, yo os iba a dejar desamparados?— dijo el padre, en un tono de enfado — ¡Por supuesto que no! ¡Pero se trata de que vosotros salgáis adelante por vuestros medios! ¡Que mi hijo pueda vivir de su sueldo, no de la ayuda de su padre, que por otro lado, sabe que siempre puede contar con ella!

—¡Querido, cálmate!— le dijo Noelia.

—Primeramente, padre,— saltó Carlos, también enfadado —te respeto y tú lo sabes, pero te pido por favor, que no vuelvas a levantarle la voz a mi mujer. Y en segundo lugar, nadie sabía que nos iban a retirar las subvenciones. Te estás preocupando de más, porque eso lo vamos a solucionar de una manera o de otra.

—¿Sí?— contestó el padre — Pues a ver cómo lo hacemos, porque parece ser que Hugo no quiere cobrar los cursos. ¿Cómo vamos a cobrar tú y yo, y él no? ¿Te parece normal que le digamos a la gente: "si vienes a mi curso te lo cobro, pero si vas al curso que imparte Hugo, es gratis"? ¿Tú crees que eso es serio?

El Hugo de Carolina, que había estado escuchando en silencio, se vio forzado a intervenir:

—Creí que no íbamos a hablar de este tema durante la comida, pues pensaba que hoy tenía que ser un día de celebración. Ahora que sabemos que Anastasia y Nicoleta están esperando un hijo, creo que debe ser un día de triple celebración. Por eso, —dijo, dirigiéndose a su suegro— si os parece, creo que deberíamos hacer un paréntesis y olvidar, al menos por hoy, todo lo referente al trabajo o a cualquier tipo de problemas. Dejadme un día para que reflexione y para que lo hablemos Carolina y yo, sopesando todo, y os prometo que el lunes os daré mi respuesta definitiva.

El padre se quedó pensativo, y poco a poco, se fue calmando.

—Está bien. — dijo —Pero quiero que entre las cosas que sopeses, tengas en cuenta a Carolina. No quiero que mi hija pase necesidades de ningún tipo.

—¡Papá!— exclamó ella.

—Carolina es lo primero para mí. — respondió Hugo.

Su suegro lo miró y luego asintió, diciendo:

—Sí, lo sé. Está bien. Haremos ese paréntesis. Como tú dices, estamos aquí para celebrar. — luego miró a Anastasia y a Nicoleta y sonrió — Y la noticia de mis dos nietos, es algo digno de celebrar a lo grande.

Todos sonrieron aliviados, después del rato de tensión vivido, y enseguida empezaron a charlar animadamente.

Carolina miró a su esposo y le dijo:

—Hugo, mi amor, lo siento.

Él le sonrió y le cogió la mano y se la besó. Luego le contestó:

—¿Crees que después de todo este tiempo tratándolo, no sé cómo es? Es como un león que ruge con fuerza de primeras, pero luego tiene el corazón noble. Y él también me conoce, sabe que nunca permitiría que pasaras necesidad. Pero no lo puede evitar: tiene que rugir.

Carolina se rio.

—Recuerdo que hace mucho tiempo me dijiste eso mismo de mi padre. Aquella vez, cuando conoció por primera vez a Noelia, y que tuvieron sus más y sus menos.

Hugo se rio también.

—Sí, lo recuerdo. Pero mira en qué terminó aquel choque. Ahora estamos celebrando su aniversario de boda.

—Sí, es verdad. ¿Quién me lo hubiera dicho a mí en ese momento, con lo mal que lo pasé?— respondió Carolina, divertida por el resultado final de aquel enfrentamiento entre su padre y su profesora.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, Carolina y Hugo tenían proyectado ir a pasar el día en la playa. Se trataba de un lugar muy especial para ellos, porque fue allí donde él llevó a la joven la primera vez que salió del largo encierro de reposo que tuvo que tomar cuando le diagnosticaron la leucemia.

Sin embargo, Carolina se levantó con dolor de espalda.

—¡Ay, Hugo! ¡Qué dolor tengo en la espalda!— exclamó.

Él la miró atentamente y luego le preguntó:

—¿En qué zona te duele?—

—Aquí, — respondió ella señalando la parte lumbar —por detrás de los riñones.

—¡Umm!— dijo, él pensativo — Dime, ¿te has sentido poco apoyada en algo?

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—El dolor lumbar indica que has tenido algún tipo de conflicto en el que has sentido la falta de apoyo de alguien. O también puede ser que lo que hayas sentido sea al contrario, que tú no has apoyado a alguien… Creo que va a ser más bien lo primero… Quizás en relación con lo de la academia… — dijo él.

Ella se quedó pensando y enseguida localizó el conflicto.

—Sí, es verdad. — confesó —Cuando te propuse que buscásemos un local más barato y lo pagásemos nosotros y me dijiste que no podía ser, sentí que no me apoyabas y que por primera vez me negabas algo que era muy importante para mí. La verdad es que me sentí muy mal, e incluso tuve aquella pesadilla, relacionada con todo eso.

—Comprendo. — respondió él —Lo siento, hadita, no quería causarte más conflicto y por eso no te expliqué que también habíamos perdido la subvención de la clínica, y que no podíamos embarcarnos, al menos de momento, en buscar el local para pagarlo nosotros. Sin embargo, no me di cuenta de que te estaba provocando otro conflicto, al no darte explicaciones de mi negativa. ¡Vaya! ¡Debiste verme como un tirano!

Ella sonrió.

—Es verdad lo que dices, lo reconozco, — dijo Carolina — te vi como un tirano, pero en realidad, el fallo estuvo en que yo me identifiqué plenamente con la situación, y estaba tan metida en mí misma que no me di cuenta de que tú también tenías otros problemas. Yo te veía raro, como enfadado y preocupado, pero no se me ocurrió que podía ser por otra cosa.

—Pero el caso es que ya has tenido que resolverlo, porque si te duele, quiere decir que ya estás en la fase de curación.

Carolina se quedó pensando en qué momento pudo producirse la resolución de su conflicto y luego respondió:

—Sí. De alguna manera, cuando me dijiste por la noche que yo era lo que más querías en el mundo, me enterneció y entonces me di cuenta de que tanto mi pesadilla como mi frustración anterior, eran producto de diferentes yoes, y que esa supuesta falta de apoyo tuya, no era real. Y cuando hablamos de nuevo sobre el tema de la

academia y de que no podíamos pagar el local, comprendí que, efectivamente, no era cierto que tú no me apoyabas y que tampoco era cierto que querías dominar sobre mí. En fin, ¡que no eres un tirano!— dijo riéndose y abrazándolo.

—Perdóname. No fue mi intención causarte todo ese dolor.— contestó él abrazándola también.

—¡Que no, Hugo! ¡Que no es culpa tuya! Es que estaba tan metida en mi mundo interior, que no me daba cuenta de lo que pasaba de verdad. Todo fue porque me monté una historia y me lo tomé así, pero no estaba siendo objetiva. Incluso aunque no os hubiesen negado la subvención, sería demasiado esfuerzo económico para nosotros. Estaba empeñada en continuar con la academia y quería seguir fuera como fuese. Eso es todo. No te preocupes, de verdad.

—Está bien. Lo importante es que resolviste. Ahora no te sientas desvalorizada por el dolor. Seguramente no durará mucho, porque el conflicto sólo duró unas horas, ¿no?

—Sí.— contestó Carolina.

—Bueno, pues entonces, tranquila. Sólo necesitas reposo.

—Vale. Sí, la verdad es que así no me apetece mucho ir a la playa.

Él sonrió.

—Ya iremos la semana que viene.— respondió él—Ahora voy a prepararte un buen desayuno.

Carolina se rio.

—Vale. Hazme también un zumo de naranja.

—¡Eso está hecho en un minuto!— exclamó él.

La joven volvió a tumbarse en la cama, cerró los ojos, y se concentró en su interior, activando el recuerdo de sí misma.

Luego empezó a reflexionar sobre el hecho de que vivía más en su mundo interior que en el mundo exterior. Que los diferentes yoes, habitantes de su mundo interior, sólo se preocupaban de sí mismos. Y que cuando se identificaba con ellos, y se sentía cualquiera de ellos, perdía la objetividad de todo lo que ocurría en el mundo exterior.

Por ejemplo, cuando sintió que Hugo no la apoyaba, en realidad estaba siendo manejada por un defecto psicológico de autoconsideración interior, que le hacía verse como una víctima. Y cuando sintió que iba a perder la academia, de hecho un "yo" de apego a su trabajo de tantos años, y otro "yo" de apego a los niños, estaban queriendo precipitarla hacia la desesperación. E incluso otro agregado psicológico de autoimportancia que estaba convencido de que, sin ella, los niños serían muy desgraciados, le urgía a hacer lo que fuera, sin importar las consecuencias.

Hasta ahora, sus discursos mentales habían sido: "pobrecita yo, pobrecita de mí, mi academia, mis niños, ¿qué soy yo sin mi academia?, ¿qué va a ser de mis niños sin mí?..."

Inmediatamente, se puso en acción y pidió a su Madre Divina la eliminación de cada uno de esos defectos psicológicos, uno por uno, con orden y dedicación.

Después oró a su Padre interno pidiéndole que le ayudase a estar más atenta durante el día, para no volver a caer en los mismos errores de siempre.

Poco después, Hugo le dijo:

—¿Te levantas para desayunar, o prefieres tomar el desayuno en la cama?

Ella sonrió y contestó:

—Me levanto.

Y así hizo. Eso sí, en estado de autoobservación interior y en recuerdo de sí misma.

Capítulo 9

Mientras desayunaban, estuvieron hablando de lo que Hugo iba a hacer con respecto a los cursos de la clínica. Finalmente, tras pensarlo detenidamente, y teniendo en cuenta las razones del padre de Carolina, decidieron que Hugo iría a la clínica para pasar consulta, pero que no daría cursos. Al menos, no allí. Lo haría en cuanto pudiese, y en donde pudiese. Se dijeron que además, si a partir de ese momento él iba a tener que trabajar, también tendría menos tiempo para hacer todo.

—Lo que me da un poco de pena de todo esto,— dijo Carolina —es que nuestros proyectos al final parece que se fueran al traste.

—No te preocupes por eso, hadita. Esto no es el final de nada, es el comienzo de algo nuevo. Los dos vamos a empezar de nuevo. Cada cierto tiempo, son necesarios los cambios. Eso es lo que hace que todo avance. Pero en esos cambios se necesita sacrificar algo viejo para que surja algo nuevo. ¿Entiendes?

—Sí, llevas razón.

—Así que ni tengas miedo al futuro, ni te duela dejar lo viejo. ¿De acuerdo? —le dijo Hugo —Además, ya sabes que no estamos solos. Nuestros Padres internos, no nos abandonarán.—

—Está bien. — contestó ella, convencida.

Poco después de esta conversación recibieron una llamada telefónica. Era Carlos.

—¿Vais a salir?— preguntó.

—No.— respondió Carolina —Vamos a estar en casa. ¿Queréis pasaros por aquí?

—Sí, vale. Yo tenía ganas de hablar con Hugo. No pretendo convencerlo de nada, pero me gustaría cambiar impresiones con él. Y Nita también tenía ganas de hablar contigo en plan tranquilo, porque ayer, con unos y con otros… no era lo mismo.

Carolina sonrió y contestó:

—Vale. Venid cuando queráis. Estamos aquí.

—De acuerdo, vamos para allá. Pero dile a Hugo que no se inquiete, que no voy a intentar convencerlo a la fuerza de nada.

—Vale. No te preocupes.— contestó Carolina.

—¡Hasta ahora!— dijo su hermano.

—¡Hasta ahora!— respondió ella.

Media hora más tarde llegaban Carlos y Nicoleta.

Los cuatro se sentaron en el salón.

—¡Bueno!— exclamó Carlos —¿Y qué? ¿Has decidido algo?— preguntó dirigiéndose a Hugo.

Éste sonrió y miró a Carolina que también se sonrió.

—¡Qué impaciente eres, Carlos!— dijo Hugo riéndose —Os pedí un día.

—Sí, sí, ya lo sé. Pero también estoy seguro de que ya lo habéis hablado y ya lo tienes decidido.

Hugo continuó riéndose.

—¡Cada día te pareces más a tu padre!— dijo.

Carlos se sorprendió de primeras, pero luego se rio. Nicoleta y Carolina también se rieron.

—¡Bueno, venga! —dijo Carlos —No te andes con rodeos.

—Está bien. Sigo decidido a no cobrar los cursos. — contestó Hugo.

Carlos sonrió y miró a Nicoleta.

Entonces ésta asintió mirando a su marido con complacencia, y él declaró:

—Yo tampoco voy a cobrarlos.

Hugo y Carolina lo miraron sorprendidos.

—¡Carlos!— exclamó su hermana —¿Estás seguro?

—Sí.— respondió el, con firmeza.

Carolina y Hugo se quedaron callados unos momentos y luego éste dijo:

—La verdad es que no sé qué decir. No esperaba esto…

—Nita y yo también lo hemos hablado. —dijo Carlos —Estuve pensando en las razones que tú me dijiste y después de reflexionarlo, estoy de acuerdo contigo. Estamos de acuerdo contigo, ¿verdad Nita?

—Sí. Es verdad. — respondió ella.

—Esta medicina tiene que llegar al máximo de gente, para que verdaderamente pueda ayudar de forma efectiva. — dijo Carlos —Si sigue siendo sólo una medicina para minorías, incluso estas minorías lo tienen más difícil. A ver, ¿cuál es el problema principal con el que se encuentran las personas que deciden tratarse desde el punto de vista de la Nueva Medicina Germánica? No me refiero a la sintomatología del programa biológico por el que estén pasando. No me refiero a los dolores, la fiebre, las hemorragias y todo lo demás, no. Te estoy preguntando por los problemas externos.

—¿Me estás hablando de la influencia de las personas que rodean al teórico enfermo?— preguntó Hugo.

—¡Eso es!— dijo Carlos —Tú y yo sabemos la importancia que tienen los familiares y los amigos que rodean a la persona que intenta tratarse desde el punto de vista de esta medicina.

—Eso es cierto.— intervino Carolina —Cuando tuve la leucemia, si papá y tú no me hubieseis ayudado, seguramente habría tenido que seguir con el protocolo oficial de quimio y de lo que hubiera hecho falta.

—Exactamente. — respondió Carlos —¿Cuánta gente que se trataría con la Nueva Medicina, no lo hace por la presión de sus familiares y amigos? ¿Por qué? Porque todos ellos están desinformados. La mayoría de la gente sigue creyendo que las teorías de la medicina oficial son algo real, comprobado científicamente, y que hacer otra cosa es una locura.

—Sí, es cierto.— contestó Hugo.

—Por ejemplo, — dijo Carlos — la teoría de la metástasis. La mayoría de la gente se cree que eso está comprobado, y no saben que sólo es una hipótesis que no ha sido demostrada. O el caso de la fiebre, muchos tienen la idea equivocada de que hay que quitarla como sea, porque no saben que ésta tiene un porqué, y por lo general, si no es excesiva, no es perjudicial, como creen. O la teoría de las enfermedades infecciosas y de los virus…

—Sí, llevas razón. Ahí tenemos la teoría del sistema inmunológico, — dijo Hugo, asintiendo — en el que se cree que las defensas están bajas y puedes coger enfermedades…

—O la teoría de las enfermedades incurables, — dijo Carolina — como la diabetes, la hipertensión, el colesterol, la artrosis y otras más, que te obligan a estar tomando medicamentos de por vida…

—O la teoría del SIDA y del virus VIH que nunca ha sido aislado y que las fotos que muestran son hechas por ordenador. — añadió Nicoleta.

—O la falsa idea que se ha creado de que la morfina, la quimio, o la radio pueden ayudar a eliminar el cáncer. — dijo Carolina.

—O el hecho de creer que el cáncer es una enfermedad terrible que conduce a la muerte. — dijo Nicoleta.

—No olvidéis también el hecho de que la enfermedad es un programa biológico especial de la naturaleza y que no tiene por qué verse como algo maligno.— recordó Carlos.

—Y de la importancia que tiene, que la persona afectada por ese programa biológico comprenda lo que le ocurre, y sea ella quien tome las riendas, no dejando su responsabilidad en las manos de otro, sea el médico, o sea un familiar, o un amigo. — concluyó Hugo.

Todos se quedaron callados unos momentos y después Carlos dijo:

—Por eso, estoy de acuerdo contigo en que esto tiene que llegar al máximo de gente. Si cobramos, estamos seleccionando, pero si los cursos son gratuitos, todo el mundo podrá tener la oportunidad. Me atrevo a decir que incluso es más importante el informar bien, que el que pasemos consultas, porque si todo el mundo conociese esto, en muchos casos, por no decir la mayoría, no necesitarían un médico, pues ellos mismos sabrían reconocer lo que les pasa, y sabrían qué hacer.

Hugo asintió sonriendo y Carolina también se sintió complacida por las palabras de su hermano.

Capítulo 10

—Pero Carlos,— dijo Hugo —Vosotros estáis esperando una nueva criatura. No te puedes permitir el lujo de quedarte sin…

—¿Y tú, sí?— le interrumpió su cuñado — Yo también trabajaré de forma externa. Tengo un plan, para los dos. Mejor dicho, para los tres.

Hugo le miró sorprendido, con una media sonrisa.

—¿Un plan? — repitió.

—Sí. Lo que pasa es que el plan tiene sus dificultades.

Hugo se rio y Carolina los miró intrigada.

—A ver, — dijo Hugo —¿cuál es el plan y cuáles son las dificultades?

—Las dificultades son dos: mi padre… y tú. — dijo.

—¿Tu padre y yo?— exclamó Hugo, con cara de sorpresa — ¡Carlos, hoy no dejas de sorprenderme!

—¡Es verdad, Carlos!— intervino Carolina —¿por qué dices eso?

—Porque temo la negativa de los dos. — contestó su hermano.

Hugo lo miró con un gesto entre risueño y de intriga.

—Bueno, suéltalo ya. — dijo —No te andes con tanto misterio.

Carlos suspiró y respondió:

—He pensado lo siguiente: vamos a trabajar en dos clínicas. Una será de pago y la otra será gratuita. En la clínica de pago, pasaremos consulta a personas que se lo pueden permitir y a las que se les explicará que con su dinero podrán ayudar a que la Nueva Medicina Germánica pueda extenderse y llegar a las personas más desfavorecidas, lo cual hará que vean su aportación no como un pago por nuestras consultas, sino como una subvención para la otra clínica. Por supuesto, finalmente ese dinero viene a ser nuestro salario, pero si te fijas, en realidad gracias a ese pago, podemos llevar a cabo la otra labor humanitaria. Nosotros ponemos nuestro tiempo y esfuerzo, y ellos ponen el dinero, de manera que todos estamos colaborando en que esta medicina se reparta más y más.

Hugo se quedó callado, reflexivo. Luego miró a Carolina.

—Sabemos que tú nunca has querido cobrar. — dijo Nicoleta — Pero si te paras a pensar, si lo que pretendes es buscar otro trabajo de otra cosa, en realidad, puedes dedicar menos tiempo a pasar consulta. De esa manera, no estás sacando partido y beneficio propio de los cursos, ni te vas a enriquecer con ello, sino que de alguna manera, también estás dándoles la oportunidad a personas que tienen posibilidades económicas, para que ayuden a otras que no las tienen.

Hugo cogió la mano de Carolina y por fin respondió:

—Entiendo lo que decís. Es un punto de vista que no se me había ocurrido… Tal vez no sea una mala idea… Tampoco puede uno fanatizarse en nada… Ciertamente lo he querido hacer siempre gratuitamente, pero también es cierto que el sistema que decís se puede tomar como una especie de subvención. Incluso mejor, porque de esa forma también ayudamos a los que nos subvencionan y todos salen ganando… Todos salimos ganando… ¿Tú qué dices, hadita?

Ella suspiró y contestó:

—Sí. Yo también estoy de acuerdo.

Carlos sonrió y se levantó para darle un abrazo a Hugo. Éste le respondió a su abrazo, y le dijo riéndose:

—Bueno, parece que una de las dificultades ya ha desaparecido, ¿no?

Carlos se rio y dijo:

—Sí. Ahora falta hablar con mi padre, porque la clínica privada con la que cuento es la suya. Vamos a ver lo que dice, ¡uf!

Hugo, Carolina y Nicoleta se rieron.

Luego los anfitriones de la casa les propusieron a Carlos y a Nicoleta de encargar unas pizzas y comer juntos, y éstos aceptaron de buen grado.

Y después de comer Carlos miró a Hugo y dijo:

—Bueno, supongo que será mejor que vaya a ver al "general", para hablarle de nuestro proyecto, cuanto antes.

Hugo sonrió.

—Y yo supongo que debería ir contigo, ¿no?

Carlos sonrió y respondió:

—¡Hombre! ¡Eso sería un detalle, por tu parte!

Los cuatro se rieron.

—Yo creo que va a aceptar. — dijo Carolina —Aunque se haga de rogar un poco, y os eche alguna bronca.

—Sí, seguro que la va a liar al principio. — contestó Carlos —Pero yo también cuento con que aceptará… ¡Al menos, eso espero!

—Yo también creo que dirá que sí. — dijo Hugo —Sin embargo, no debemos olvidar que vuestro padre disfruta de un nivel de vida algo superior al nuestro. Tal vez él crea que va a perder de esta manera. Por eso, Carlos, quiero aclararte que yo estoy dispuesto a ceder en todo lo que haga falta, en relación con la cantidad de consultas que cada uno haga, y con las tarifas. Nosotros no necesitamos demasiado…

Aquí se paró y miró a Carolina y luego se mordió el labio.

—Aunque… ahora que lo pienso… — continuó —Quizás sí nos haga falta un poco más de lo que pensaba…

Carlos lo miró extrañado.

—¿Qué ocurre, Hugo? ¿Por qué dices eso?

—Pues… es que…

Hugo miró de nuevo a Carolina.

—Es que no os lo habíamos comentado.— respondió ella —Pero a mí también me han quitado la subvención de la academia.

Carlos y Nicoleta la miraron sorprendidos.

—¡Vaya! ¿A ti también?— exclamó Carlos.

—¡Lo siento mucho, Carolina!— dijo Nicoleta.

Carolina sonrió.

—Nosotros — intervino Hugo — habíamos pensado buscar trabajo, y cuando cualquiera de los dos lo consiguiera, entonces alquilaríamos un local más barato y trasladaríamos allí la academia.

—¡Vaya!— volvió a exclamar Carlos —Entonces, la cosa se ha complicado un poco más. Pero no importa, vamos a proponerle esto a mi padre y si está de acuerdo, creo que dará para todo.

—Sí. Al menos habrá que intentarlo. — contestó Hugo.

—Bueno, pues voy a llamarle por teléfono para ver si está en casa esta tarde.— dijo Carlos.

Éste llamó y su padre le respondió que sí, que iba a estar en casa.

—Hadita, ¿quieres venir con nosotros o prefieres quedarte aquí?— le preguntó Hugo, cuando se encontraban solos en la cocina.

—Yo también voy. — dijo ella.

—¿Seguro?— insistió él

—Sí. El dolor no es tan fuerte. Y si vamos en coche, pues tampoco es tanto el esfuerzo. Además, quiero ver lo que dice mi padre.

—Vale. Como quieras. — admitió él.

Poco después, los cuatro partían hacia la casa del padre de Carolina.

Capítulo 11

Finalmente, el padre de Carolina se reunió con su hijo y con su yerno en su despacho a puerta cerrada, así que Carolina se quedó con las ganas de saber qué estaría pasando.

Sin embargo, como se quedó en el salón con Nicoleta y con Noelia, también estuvo muy a gusto.

—Bueno, Nicoleta,— dijo Noelia —¿cómo te encuentras? La noticia de tu embarazo me ha dado mucha alegría. También el de Anastasia, por supuesto.

Nicoleta sonrió y respondió:

—Gracias. Nosotros también estamos muy contentos.

—¡Estoy deseando que nazcan ya!— dijo Carolina — ¡Con lo lindos que son los bebés!

Noelia se rio.

Carolina vio que Nicoleta se sonreía, pero estaba pensativa con la mirada perdida.

—Ya le he dicho a tu padre,— dijo Noelia, dirigiéndose a Carolina — que vamos a preparar dos dormitorios para cuando vengan nuestros nietos de visita.

Carolina sonrió.

—Papá también está contento, ¿verdad?— dijo.

—Sí. Está muy contento. — respondió Noelia —Aunque también es verdad que le preocupa un poco…

No terminó la frase.

Carolina se quedó esperando que continuara, pero no lo hizo y la joven vio que su madrastra miraba a Nicoleta.

Sin embargo, ésta parecía ausente y se había levantado, se había acercado hasta el aparador y había cogido la foto en la que estaban Carolina y su madre.

Carolina se extrañó un poco y se acercó hasta ella, para ver qué miraba.

Entonces Nicoleta reaccionó y dejó la foto de nuevo sobre el aparador.

Carolina la cogió y dijo:

—Aquí tenía yo doce años. Estábamos en la playa y mi madre le pidió a mi padre que nos sacara una foto, juntas.

Noelia se acercó también y la miró.

—Tu madre era muy guapa. — dijo —Y tú te pareces mucho a ella.

Carolina sonrió y le respondió, sin dejar de mirar la foto:

—Gracias.

Las tres se quedaron calladas un momento, hasta que Nicoleta dijo, de repente:

—Carolina, ¿no te gustaría volver a encontrarte con ella?

La joven la miró, sin comprender a qué venía eso. Tampoco deseaba regodearse en la pérdida de su madre. Ciertamente había sufrido mucho cuando murió, pero poco a poco ese dolor había desaparecido y sólo quedaba el cariño y la gratitud a su amada madre.

—Eso ya está superado.— contestó — Me acuerdo de mi madre y no siento esa pena que sentía antes. Sólo estaba explicándoos la foto. Nada más.

Nicoleta sonrió y asintió.

—Carolina, te diría que si quieres llevarte esta foto a tu casa, pero sé que a tu padre le gusta que esté ahí.— dijo Noelia.

La joven no supo qué contestar a eso. ¿Era eso un reproche indirecto de Noelia, porque su padre quería mantener la foto de su primera esposa?

—¡Ah!— exclamó finalmente — Pues tal vez si se la pido yo… me la dé.

Dijo eso, creyendo que así le haría un favor a Noelia.

—Como quieras. — respondió ésta — Entiendo que es algo más bien entre vosotros dos. Aunque si quieres mi opinión, creo que sería mejor que la dejaras aquí. A tu padre le gusta verla.

—Pero… tal vez tú prefieras que no esté aquí, ¿no?— se atrevió a preguntar Carolina.

—¿Yo? ¿Y por qué no? — dijo Noelia.

Luego sonrió y cogió a su hijastra por el hombro y continuó:

—Si piensas que me supone un problema, estás equivocada. No tengo ningún tipo de celos. Sé que fue su primer amor, sí. Pero recuerda que yo también tuve el mío: mi primer marido, al que recuerdo con ternura, pero eso no me hace querer menos a tu padre. ¡Tranquila! ¡Tu padre y yo nos queremos muchísimo!

Carolina sonrió aliviada y contestó:

—Entonces dejemos la foto donde está.

—Muy bien.— respondió Noelia.

El teléfono sonó y Noelia se disculpó para ir a atenderlo.

Carolina miró a Nicoleta y vio que de nuevo estaba con la mirada fija en la foto.

—¿Qué te pasa, Nicoleta?— inquirió Carolina, mirando la imagen —¿En qué piensas? ¿Por qué miras tanto esta foto?

Nicoleta miró a su cuñada y amiga y le preguntó de nuevo:

—Carolina, dime ¿no te alegraría volver a encontrarte con ella?

Ésta suspiró extrañada por la insistencia y preguntó a su vez:

—¿Pero a qué viene que me preguntes tanto eso?

—Piénsalo. ¿No te gustaría?

—Pues… sí, claro que sí. Pero es una tontería pensar en ello. No sé por qué insistes tanto.

Nicoleta la miró como nerviosa y por fin declaró:

—Es que es muy posible que la vayas a ver de nuevo, muy pronto.

Carolina se quedó asombrada.

—¿De qué hablas?— dijo — ¿Nicoleta, te sientes bien?

Ésta asintió y respondió:

—Carolina, estoy prácticamente segura de que el bebé que espero, fue antes tu madre.

La joven se quedó atónita.

—¿Qué?— exclamó— ¿Eso es una broma? Porque es una broma un poco rara, la verdad.

—No es ninguna broma.— respondió Nicoleta —Anoche salí en astral y vi el cordón de plata de mi bebé que se alargaba hacia muy lejos. Entonces estuve

investigando hasta ver dónde iba, y entonces me enteré de que la conciencia que estaba al otro lado, había sido tu madre en su existencia anterior.

Carolina se sentó en el sillón, completamente maravillada por las declaraciones de su cuñada.

—Carolina, no creas que pretendo burlarme de ti.— dijo Nicoleta —Yo misma, cuando me desperté, me quedé de piedra. Por un lado me dio alegría, pero por otro, no sabía si contárselo a alguien o no. De momento no le he dicho nada a Carlos, pero… ahora contigo… que al fin y al cabo también estás en este camino de la búsqueda del autoconocimiento… me he atrevido a decírtelo.

—Pero, ¿estás segura?— preguntó Carolina —Mira que yo el otro día salí del cuerpo y sabía que estaba en astral, pero lo que vi sólo fueron proyecciones mentales de mi propio ego y nada de lo que vi era real. ¿Estás segura de que no te ha pasado lo mismo?

—Sí. Bueno, estoy bastante segura. Estoy segura, porque otras veces me ha pasado lo mismo que a ti te pasó, que sabía que estaba en el mundo de los sueños, que mi cuerpo dormía en la cama, pero todo lo que veía era sólo una proyección mental. Durante ese sueño, intuía que aquello no era real, pero al despertarme tenía la certeza de que efectivamente no era cierto. Sin embargo, esta vez sí estoy segura, porque el sabor psicológico durante la experiencia y al despertarme, eran distintos de cuando sólo eran proyecciones.

—¡Dios mío! ¡Si fuera cierto!— exclamó Carolina, sonriendo —¡Pero Nicoleta! ¡Tienes que decírselo a mi hermano! ¡Él tiene que saberlo!

Nicoleta sonrió y asintió:

—Sí. Se lo diré. Pero esperaré un poco, pues aunque estoy prácticamente segura, quiero comprobarlo de nuevo.

Carolina asintió y luego se rio de la alegría, y Nicoleta también.

Capítulo 12

Un rato después, salían los hombres del despacho. Carlos estaba sonriente, su padre parecía conforme, pero Hugo estaba pensativo.

Carolina no sabía qué interpretar de los rostros tan diferentes de los tres.

—¡Bueno! ¿Qué habéis decidido?— preguntó.

—Pues… más o menos lo que ya habíamos hablado antes. — contestó Carlos, acercándose a Nicoleta y poniendo su brazo sobre su hombro.

Carolina miró a su esposo, que seguía pensativo.

—Entonces,— dijo la joven — ¿vais a llevar las dos clínicas?

—Sí.— respondió su hermano — Vamos a trabajar en varios turnos.

—¿Y así no tendréis que cobrar los cursos?

—Bueno… sí y no.— dijo Carlos, mirando alternativamente a su padre y a Hugo.

Carolina volvió a mirar a su marido y luego a su padre.

—Sí, bueno, — intervino el padre —lo que vamos a hacer es dar gratuitamente los cursos básicos, para que puedan llegar a todo el mundo, y cobraremos los cursos más especializados dirigidos a profesionales de la salud, o sea: médicos, enfermeras, terapeutas, etc.,,

Carolina se acercó hasta Hugo y se enganchó en su brazo y dijo:

—Bueno, tampoco está mal la idea, ¿no?

Él la miró y le sonrió y negó con la cabeza.

—No, supongo que no.

—Lo que a tu esposo no le gusta es la tarifa que hemos dispuesto para las consultas y los cursos. — dijo el padre —Parece que le resulta excesiva. Pero ya le he explicado que eso es así. Si cobras demasiado poco, los pacientes no aprecian el valor de lo que se les está diciendo, y los alumnos tampoco.

Hugo suspiró y dijo:

—Suegro, vamos a dejarlo así. Yo sé lo que tú opinas. Tú sabes lo que yo opino. He aceptado porque realmente Carolina y yo necesitamos este trabajo. Eso es todo.

—Y haces bien. — dijo el padre —Y no te vas a arrepentir. ¡Tienes que salir un poco de esa forma tan idealista de pensar, y bajar de las nubes!

Hugo se sonrió, con cierta frustración.

—¡Sí, ya!— contestó, pensativo.

Carolina se dio cuenta de la lucha interna por la que su marido estaba pasando, y lo miró pidiendo en su interior por él. Entonces se le ocurrió decir:

—Bueno, y yo digo una cosa. ¿Por qué tenéis que tener la misma tarifa si vuestras consultas son independientes?

—¡Hombre, Carolina!— exclamó su padre —Pues porque aunque son independientes, si esto es una clínica, debe de haber una tarifa estándar.

—Pero papá, ¿cómo va a haber una tarifa estándar si no hay un tiempo estándar? ¿O es que tenéis un tiempo limitado para cada paciente?

El padre se quedó callado y Hugo la miró sorprendido y luego le sonrió con ternura.

—No hay un tiempo definido, no.— dijo el padre —Se paga por la consulta estés más o menos tiempo.

—Pues eso tampoco sería justo, ¿no?— contestó ella.

—Pero… — dijo el padre sorprendido — ¡Ya estamos! ¡Vamos a ver, Carolina! ¡Tú no te metas en esto!

Hugo se sonrió, divertido.

—Pero papá, ¿cómo no me voy a meter si esto me afecta directamente?— dijo Carolina.

Él la miró reflexivo, primero con aire enfadado, pero poco a poco, se le fue dibujando una leve sonrisa en su rostro.

—Carolina, hija, sigues siendo tan sutilmente rebelde como desde pequeña.

La joven sonrió, mientras pensaba: "creo que está empezando a ceder".

—Se me ocurre ahora mismo— dijo ella — que lo que podéis hacer es cobrar la voluntad, es decir, dejar al paciente que sea él quien valore la ayuda que le prestáis. Además si les hacéis el planteamiento inicial de que con su dinero van a colaborar en que la Nueva Medicina llegue a gente más desfavorecida, creo que les daréis la oportunidad de valorar con el corazón.

Hubo un silencio general.

El padre empezó a dar vueltas, pensativo y Hugo miró a Carolina sonriendo. Ésta también le sonrió.

—¡Hombre!— dijo Carlos —¡A mí no me parece mal!

—Yo creo que es una buena idea— apoyó Noelia.

El padre de Carolina miró a su mujer.

—Yo también creo que es una buena idea.— dijo Nicoleta, con timidez.

Entonces el padre dirigió su mirada a su nuera, y finalmente miró a Hugo.

—Supongo que a ti también te parecerá una buena idea, ¿no?

Hugo asintió.

—¡Sí, claro!

El padre resopló y dijo:

—¡Esto parece un complot!

Carolina se rio, Hugo se sonrió y los demás miraron expectantes al padre. Pero éste no estaba realmente enfadado, porque sonrió y dijo:

—Bueno, pues que se haga así. Se cobrará la voluntad.

Los demás asintieron contentos y Hugo le cogió la mano derecha a Carolina y se la besó. Luego le susurró al oído:

—Esto es, una vez más, el producto de la magia de mi pequeña hada.

Ella le miró sonriendo, y luego se agarró a su cintura, con fuerza, mientras él la envolvía con uno de sus brazos, mirándola con ternura.

Ellos no se dieron cuenta, pero el padre los observaba sonriendo.

Capítulo 13

Por la noche, Carolina le contó a Hugo su conversación con Nicoleta.

—¡Vaya! ¿En serio?— exclamó él — ¡Es fantástico!

Carolina sonrió, contenta.

—Pero ¿está segura?— preguntó él.

—Pues dice que prácticamente sí, pero que iba a investigar de nuevo para cerciorarse del todo… ¿Te imaginas, Hugo? ¡Qué guay, verdad!

Él se rio con la expresión de su mujer.

—¡Sí! ¡Está guay!

Los dos se rieron. Luego Carolina dijo:

—La verdad es que esto me ha hecho reflexionar un poco más. ¿Recuerdas la experiencia que tuvimos cuando fuimos en astral a aquel hospital y nos encontramos los bebés?

—Sí, claro que me acuerdo. No he olvidado ningún detalle de aquella maravillosa experiencia.

—Pues, la verdad es que a mí me gustaría recordar mis vidas pasadas. Aquellas conciencias que todavía no habían sido atrapadas por el ego, recordaban sus vidas anteriores. Creo que puede ser muy útil el recordarlas, porque así, sabremos qué fallos tuvimos en esas existencias, para corregir en ésta.

—Sí. Tienes razón.

—Además, seguramente así comprenderíamos muchas más cosas de lo que nos ocurre.

—Y también perderíamos el miedo a la muerte.— dijo Hugo.

—Es verdad. — respondió Carolina.

Los dos se quedaron unos momentos reflexivos.

—Hasta ahora, no me había planteado nada en este sentido. — dijo Carolina —Sin embargo, este posible retorno de mi madre, me ha despertado una inquietud por conocer mi pasado, antes de esta vida. Hugo, ¿te acuerdas de cómo era aquella práctica que aprendimos para recordar vidas pasadas?

—¡Umm! Sí. Estaba en uno de los libros de aquel Maestro, ¿no? Creo recordar que se trataba de hacer una retrospección minuciosa hacia atrás para recordar todo, ¿no?

—Sí.— dijo Carolina — La técnica, en realidad no parece difícil, aunque como siempre, depende de la concentración del que la hace y de la constancia y paciencia que ponga en ella. Para conseguir resultados hay que hacer todos los días el ejercicio de retrospección, porque de una sola vez… no vas a llegar, claro. Entonces, empiezas a recordar todo lo ocurrido en ese día desde el último momento, hacia atrás. Luego continúas con el día anterior, y con el anterior, y así hasta ocho días antes, después quince días antes, después un mes, luego dos meses, un año, diez años, veinte… hasta recordar los primeros años de nuestra niñez. Esos primeros años, serán más difíciles de recordar, pero entonces habrá que continuar haciendo la retrospección en el momento de transición entre la vigilia y el sueño. Y como durante el sueño entramos en contacto con el subconsciente, donde están almacenados los recuerdos, será

entonces cuando se recordará con detalle todo lo ocurrido durante esos años. Luego, continuando esa retrospección y profundizando, podrá uno recordar los últimos instantes de su anterior cuerpo físico, y si persevera, le vendrán también imágenes anteriores.

—Sí, definitivamente, así como lo cuentas, no parece difícil.— respondió Hugo —Pero como tú dices, lo importante es la concentración y el perseverar un día y otro, hasta conseguir el resultado que buscamos.

—Bueno, pues es cuestión de ponerse.— replicó ella — Yo estoy realmente interesada en ello. Yo lo voy a hacer.

—¡Hadita, me estás contagiando! — exclamó Hugo —¡Yo también lo voy a hacer!

Los dos se rieron.

—Hablando de otra cosa, — dijo Hugo —Mientras nos ponemos en marcha con el nuevo plan de las dos consultas, quizás necesitemos un tiempo prudencial para empezar a sacar un salario mínimo con el que podamos pagar los gastos de la clínica benéfica, los nuestros propios y después la academia. En cierto modo, es providencial que justo dejen de darnos las subvenciones, cuando empiezan las vacaciones de los colegios, porque así, nos deja algo de tiempo para dar a conocer las consultas privadas, que va a ser una de nuestras fuentes de ingresos. Ciertamente están los cursos de especialidad que finalmente también los vamos a cobrar, pero éstos seguramente van a ser menos que los cursos dedicados a las "Cinco Leyes de la Nueva Medicina Germánica" que se darán de forma general. Con esto te quiero decir, que es posible que tengamos que esperar unos meses hasta estabilizarnos económicamente para poder sufragar todos los gastos de la academia, ¿entiendes?

—Sí.— contestó Carolina, conforme.

—Tal vez el plan de la clínica privada, dé frutos rápidamente, pero ahora mismo partimos casi de cero. Bueno, tu padre no, porque él ya tiene su consulta, pero Carlos y yo sí tendremos que darnos a conocer en ese sentido, desde ya.

—Lo comprendo. No te preocupes.— dijo la joven —De todas maneras, como yo tengo los teléfonos de contacto de los padres de los niños, en el momento en que abra de nuevo la academia, se lo hago saber.

Hugo sonrió, asintiendo.

INTERMEDIO

Los días siguientes fueron un poco más movidos de lo normal.

Carolina empezó a advertir a los padres de los niños que la academia cerraría cuando terminase el mes y que ella iba a hacer el esfuerzo de que todos los niños estuviesen con todas sus lecciones aprendidas. También les dijo que seguramente en breve se volvería a abrir en otro lugar. Los padres se sintieron apenados, por un lado, pero también agradecidos por el esfuerzo de la maestra.

En cuanto a Hugo y a Carlos, éstos tuvieron que empezar a promocionarse para la consulta privada. Dieron charlas de introducción a la Nueva Medicina Germánica en lugares públicos y privados y allí entregaron sus tarjetas profesionales con la dirección de la clínica del padre de Carlos. También hicieron folletos de información sobre la Nueva Medicina, con todos los datos de la clínica privada y las hicieron repartir por gran parte de la ciudad, especialmente en las zonas más acaudaladas.

Sin embargo, Carolina y Hugo tenían muy claro desde hacía mucho tiempo, qué era lo más importante en su vida. Y no se trataba del trabajo, ni de ninguna otra cosa del mundo exterior. Era el despertar de su conciencia lo que más les importaba. Sabían que allá donde estuviera su conciencia, allí estarían ellos. Y si su conciencia estaba dormida identificada con los asuntos de la vida, ellos estarían dormidos y serían víctimas de las circunstancias. Así que en todo lo que hacían, ellos procuraban hacer el esfuerzo de mantenerse autoconscientes, atentos y en estado de alerta novedad de su interior. Y ante la manifestación de cualquier "yo" que captaran, ellos aplicaban la técnica de disolución a través de su Madre Divina particular.

Además, también dedicaban ciertos momentos del día para hacer otras prácticas en las que se necesitaba estar tranquilo y relajado. Ellos no veían la tele, porque se dieron cuenta de que era una fuente de hipnotismo colectivo a través de la cual se desinformaba y se programaba psicológicamente a las gentes, lo cual hacía que se les durmiera más aún la conciencia. De esta manera, siempre encontraban algún momento, fuera antes de levantarse, o después de comer, o en cuanto tenían oportunidad, para dedicarse a hacer meditación, o el ejercicio de retrospección con la firme idea de conseguir recordar sus vidas pasadas. No dejaban tampoco de hacer cada noche su práctica de desdoblamiento astral. No siempre lograban su propósito, por falta de concentración o exceso de cansancio, pero ellos continuaban día tras día en su empeño.

Por supuesto, también estaba otra práctica totalmente mística y mágica que era la de la transmutación de sus energías sexuales. En la cual, ellos practicaban el tantrismo blanco, que consistía en la unión sexual de los dos, sin llegar a la pérdida de la energía creadora, por medio de respiraciones y de la imaginación consciente, y amparados en la poderosa fuerza de su Madre Divina. [1]

Esta técnica la habían aprendido poco antes de casarse y la llevaban a cabo fielmente desde entonces. Su fin era su regeneración interior y también la del cuerpo

[1] http://judas-iscariote.org/para_emprender_el_vuelo.html

físico, y la creación de cuerpos sutiles para otras dimensiones, entre ellas, el astral. Pues ellos sabían bien que si se desdoblaban en astral, no era porque tuvieran un cuerpo astral, ya que, ciertamente no lo tenían, pues no siempre lograban hacer el desdoblamiento de forma consciente, sino que se movían en un simple vehículo de tipo fantasmagórico conducido por el ego, y, con suerte, a veces por la conciencia. Cosa que también le pasa a la mayoría de los humanos.

De esta manera, se puede decir que ellos tenían puesto el centro de gravedad de sus vidas en su trabajo psicológico interior, en su anhelo por despertar y liberarse de sus yugos interiores.

Pasó el mes y Carolina tuvo que cerrar la academia. Sin embargo, en contra de lo que se pudiera pensar, ella no estaba triste, pues confiaba en que era algo temporal, y además, la joven ya había trabajado interiormente ciertos agregados psicológicos ligados o apegados a la academia.

Junio comenzó, y también se acabó la subvención de la clínica benéfica. Sin embargo, parece que las plegarias de todos hicieron su efecto, porque no tardaron en salir consultas para la clínica privada, tanto para Hugo, como para Carlos, y por supuesto para su padre.

Todos estaban contentos del buen resultado que estaba dando el plan de Carlos.

Incluso a mediados del mes siguiente, decidieron que aún les daba para tomarse cada uno quince días de descanso, por supuesto, turnándose.

Carolina y Hugo, después de reflexionarlo, decidieron marcharse unos días de vacaciones a un bonito pueblo situado entre montañas. Allí disfrutaron del aire puro y de la tranquilidad.

Sin embargo Hugo no pudo evitar hablar de la Nueva Medicina Germánica con algunos de los habitantes del pueblo que manifestaron tener alguna dolencia. Por lo que finalmente, y sin haberlo previsto, se vio pasando una especie de consulta a varias personas de allí.

Entre ellas, había otro turista que venía de una gran ciudad del norte. Éste se entusiasmó tanto con las explicaciones de Hugo, que le insistió para que fuera a dar un curso en su ciudad. Hugo lo habló con Carolina y finalmente aceptó. Sólo restaba que le organizaran el curso y cuando todo estuviera listo, le avisara.

Luego regresaron de las vacaciones y llegó Septiembre. Entonces estuvieron haciendo cálculos para ver si ya podían abrir la academia, pero cuando empezaron a sumar los gastos iniciales del local, el mobiliario, y el material escolar básico, se dieron cuenta de que iban a necesitar más dinero del que habían pensado en un principio, así que tuvieron que esperar para ahorrar un poco más.

Por entonces Nicoleta empezaba ya el quinto mes de embarazo y le resultaba algo fatigante el trabajo de recepcionista de la clínica benéfica, así que Carolina se ofreció a reemplazarla. De manera que a mediados del mes empezó su nuevo trabajo, y también recibió un pequeño salario, el cual le venía muy bien para sus proyectos.

Su nuevo trabajo le supuso una nueva fuente de posibilidades de poder ayudar a otros, pues la mayoría de los pacientes que llegaban, venían a la desesperada, con la gran losa del diagnóstico que les había dado su médico, y con la esperanza de encontrar en la consulta el consuelo a su miedo, su preocupación y su inseguridad.

Como Carolina también había pasado aquella experiencia tan traumática del desasosiego provocado por el dictamen médico cuando le diagnosticaron la leucemia,

podía fácilmente ponerse en la piel de aquellos infelices, y darles el ánimo y la esperanza que necesitaban. Y de esa forma los pacientes se sentían consolados, pues la joven, de alguna manera, comenzaba su terapia en la sala de espera. Esa terapia era la terapia de "la escucha".

Y así, fueron pasando las semanas…

SEGUNDO RETO

Futuro: La incertidumbre del mañana

Capítulo 1

A finales de Octubre, Hugo recibió una llamada telefónica. Era el turista que Carolina y él habían conocido aquel verano. Éste le comunicó que ya tenía organizado el curso.

Tal y como habían hablado, el seminario duraría diez días con uno de descanso en medio. Para Hugo iba a ser realmente intenso, pues hasta ahora siempre había dado los cursos por la tarde y tres veces a la semana. Pero eso a él no le importaba pues era una forma de llegar a más gente.

Con gran pena para Carolina, decidieron que iba a ir él sólo por diferentes motivos, entre ellos el económico, pues aunque los gastos del viaje y de la estancia se los cubrían, el resto de dinero que le iban a pagar, querían guardarlo para la academia.

Finalmente el día de su partida llegó, y Carolina no pudo evitar sentirse bastante triste.

En la estación del tren, mientras esperaban, Carolina suspiraba con pena.

Él se reía y le decía:

—¡Anda, hadita, que por fin te vas a librar unos días de mí!

Ella no se reía para nada, sino que más bien ponía cara lastimosa. Y Hugo se reía más.

—Espero que me llames todos los días.— le dijo la joven.

Él asintió con la cabeza y le contestó:

—Será como cuando estuviste con la leucemia. Esto nos va a hacer recordar viejos tiempos.

—Sí, es verdad. —respondió ella, mientras venían a su memoria aquellos días, y suspiraba.

Hugo le miró con ternura, luego le acarició la mejilla y le dijo:

—Verás cómo estos días pasan en nada, y cuando quieras acordarte ya estaremos juntos otra vez.

—Ya lo sé. — contestó Carolina — Sé que soy una tonta y que esto sólo son apegos… pero es que…

Él sonrió y la abrazó con fuerza.

—Te llamaré todos los días. — le dijo —Y estaremos horas hablando. Tú me contarás lo que has hecho, como en los viejos tiempos, y yo te contaré… bueno, yo te contaré cómo es la gente de allí, porque ya sabes lo que voy a estar haciendo todo el rato: hablando y… hablando y… hablando…

Carolina se rio.

—¡Qué tonto eres!— exclamó.

Hugo se rio.

En los altavoces anunciaron la próxima entrada del tren que el joven tenía que tomar.

Los dos se abrazaron y se dieron un largo beso y se declararon una vez más su amor.

Luego Hugo cogió su maleta y una bolsa de viaje y se dirigió hacia la entrada de pasajeros, mientras Carolina se quedaba allí mirándole, con un nudo en la garganta.

Lo siguió con la mirada hasta que lo perdió de vista y luego, con ciertas ganas de llorar, se marchó en dirección a la parada de autobús.

Como era día de diario, se fue a la clínica de beneficencia.

Cuando llegó, abrió, pues los demás aún no habían llegado.

Olvidada de sí misma y con sus pensamientos enfrascados completamente en Hugo, se puso a limpiar un poco la recepción.

Enseguida llegó Carlos.

—Hola Caro. ¿Ya se ha ido Hugo?

—Sí.— respondió ella.

Su hermano sonrió y le dijo:

—No te preocupes, diez días pasan rápido.

—Sí, claro.— dijo la joven.

—Oye, ¿quieres venirte a casa con nosotros?— le propuso Carlos.

Carolina lo miró y contestó:

—No. No me importa estar sola, de verdad. No te preocupes. Es que es demasiado jaleo.

—No es ningún jaleo. Te preparas una maleta y te vienes con nosotros y luego nos venimos juntos a la clínica.

La joven se quedó pensando.

—Además, así seguro que no echas tanto de menos a Hugo.— añadió Carlos.

Carolina lo reflexionó y respondió:

—No. Gracias Carlos, pero prefiero quedarme en casa. No me importa estar sola, y allí tengo mis cosas y me encuentro mejor en casa. Pero quizás algún día me vaya a comer con vosotros.

—Vale, como quieras.— dijo su hermano.

La mañana pasó lenta para la joven. Y cuando llegó a su casa, le pareció que estaba muy vacía. Algo bastante curioso, porque normalmente ella llegaba antes que Hugo y la casa estaba igual que siempre, pero ese día ella sabía que él no iba a regresar y eso le hacía parecerle que la casa estaba distinta… Las subjetividades y absurdos del ego…

Se preparó algo de comer, pero la verdad es que tampoco tenía hambre. Entonces se dijo: "Voy a acostarme un rato. Esta noche he dormido muy mal."

Cuando se acostó, se puso a hacer una relajación, y haciéndose consciente de la identificación que había mantenido durante todo el día con la partida de Hugo, se lamentó de haberlo hecho y decidió comenzar una práctica de meditación con el mantram "Gate, Gate, Paragate, Parasamgate, Bodhi, Swaja.".

Así, con la mente silenciándose, se fue quedando dormida.

Un buen rato después, se levantó, comió algo y se marchó de nuevo a la clínica.

Esta vez se encontró con su padre.

Éste también le dijo que se fuera a su casa durante los días que Hugo estaba fuera. Carolina declinó, una vez más, la invitación. Pero su padre le contestó:

—Carolina, hija, me gustaría que aceptaras. No me gusta verte sola, y además tú sabes que nuestra casa también sigue siendo tu casa. Tu habitación está intacta, tal y como la dejaste cuando te casaste. Me gustaría que te vinieras con nosotros y que tuviéramos esas conversaciones en las que te encantaba llevarme la contraria.

Carolina se rio.

—¡Ay, papá! ¡No me digas ahora que te has vuelto melancólico!

Él sonrió de manera enigmática.

—La verdad es que desde que tus hermanos me dijeron que estaban esperando cada uno un hijo, no sé lo que me pasa, pero me acuerdo mucho de vosotros cuando erais pequeños, y también de tu madre…

Los dos se quedaron en silencio. Carolina pensó: "¿Será que intuye algo del hijo de Carlos y Nicoleta? ¿Es posible que capte que hay alguna relación entre ese bebé y él?"

—Está bien. — contestó la joven —Me iré contigo, mientras Hugo esté fuera.

Su padre sonrió y asintió.

—Muy bien.— dijo —Cuando terminemos aquí, iremos a tu casa y preparas una maleta con lo imprescindible.

—Vale. — respondió ella, más animada.

A media tarde Hugo la llamó, y le dijo que ya había llegado y que todo estaba bien. Carolina le contó que iba a quedarse en casa de su padre y a él le pareció una buena idea.

—¡Hadita, ahora sí que va a ser igual que en los viejos tiempos!— le dijo él, riéndose.

Ella también se rio.

Capítulo 2

Carolina se instaló en la casa de su padre, en su antigua habitación. Eso la hacía sentirse como cuando era soltera y estaba estudiando. Y la verdad es que por un lado se sentía a gusto, pero por otro, se daba cuenta que no tenía la misma libertad que cuando vivía en su propia casa con su esposo.

Los días fueron pasando, y Carolina recibía la llamada puntual de Hugo todas las noches, sobre las diez. Se estaban un buen rato hablando de unas cosas y otras, y por supuesto no olvidaban recordarse el uno al otro que se querían...

La noche anterior al día de descanso del curso que estaba haciendo Hugo, él le comentó a Carolina que iba a hacer un poco de turismo por la ciudad para conocerla un poco, por su cuenta y riesgo, pues su anfitrión iba a acompañarle en un principio, pero a última hora le había surgido un problema familiar. Y también le dijo que como tenía todo el día libre, que la llamaría a medio día, cuando él calculara que ella estaría fuera de la consulta.

Pero al día siguiente, a medio día, Hugo no la llamó. Carolina le telefoneó, pero él no cogía el teléfono. Lo intentó varias veces, pero no consiguió ningún resultado. Se dijo: "Debe de estar entusiasmado con lo que está viendo. Bueno, pues ya me llamará cuando pueda."

Por la tarde se fue a la consulta con su padre y cuando regresó por la noche, ella esperó pacientemente hasta las diez. Pero Hugo no llamaba. Carolina empezó a ponerse nerviosa. Estuvo un rato charlando con Noelia y con su padre en el salón, con el móvil cerca.

Pero el tiempo pasaba, y Hugo no llamaba.

Carolina decidió volver a llamarlo, y el móvil ya no daba señal.

"Ahora se le ha acabado la batería. ¡Vaya!", se dijo.

La joven se acostó aquella noche muy preocupada. "Hugo, ¿Por qué no me llamas?", pensó. Sin embargo, no dijo nada ni a su padre, ni a Noelia, para no levantar falsas alarmas.

Cuando cerró los ojos, se dirigió a su Padre interno y le rogó: "Dios mío, que no haya pasado nada grave. ¡Que esté bien! ¡Ya no me importa que se haya despistado y no me llame porque se le ha olvidado, pero que esté bien, te lo suplico!".

Luego se puso de nuevo a hacer "Gate, gate…", para calmar su mente y su corazón.

Llegó el día siguiente, y nada más despertarse, llamó por teléfono a Hugo, pero el móvil de él seguía sin dar señal.

Carolina empezó a sentir un pellizco en el estómago. Se levantó muy nerviosa y orando intensamente: "¡Dios mío, te lo ruego, que no le haya pasado nada!".

Luego se fue a la cocina. Noelia y Eloisa, estaban allí.

Ella intentó disimular su preocupación, aunque ellas se dieron cuenta de que casi no había desayunado nada, pero la joven les dijo que ya comería algo a media mañana.

Poco después se marchó a la clínica. Con la gente llegando, logró distraerse un poco y a medio día volvió a casa de su padre.

Cuando estaban comiendo, recibieron una llamada telefónica. Noelia cogió el teléfono:

—¿Dígame?... Sí… Sí, espera un momento. Querido,— dijo a su marido — es Carlos, quiere hablar contigo.

El padre se levantó y cogió el teléfono.

—Dime Carlos, ¿qué pasa?...

El padre hizo un largo silencio.

Carolina empezó a sentir una extraña sensación y el corazón se le encogió. Miró a su padre y éste la miró a ella. Luego él se giró y continuó hablando:

—Espera, Carlos,… voy a hablar desde mi despacho…

Y salió del comedor con el teléfono, para dirigirse a su despacho.

Carolina miró a Noelia con cara de asustada, y ésta la miró a ella.

—¿Qué pasa, Carolina?

—Espero que nada. — contestó la joven, con mucho miedo.

Noelia se quedó pensativa y Carolina también.

—Seguramente Carlos querrá cambiar el turno, como otras veces. — dijo Noelia.

Carolina asintió, rogando que fuera eso.

Por fin apareció el padre de Carolina. Éste tenía un semblante serio. Carolina presintió que sus miedos se habían hecho realidad. Pero no se atrevía a preguntárselo.

Él se sentó a su lado, le miró a los ojos y le cogió las dos manos a su hija.

—Carolina, hija…

—¿Es Hugo, verdad?— dijo ella, por fin —Espera un momento.

La joven cerró los ojos y se encomendó a su Madre Divina, y haciendo un súperesfuerzo para estar en recuerdo de sí y en autoobservación, para transformar la impresión que estaba a punto de llegarle, continuó:

—¿Qué ha pasado?

Al padre parece que se le hizo un nudo en la garganta para hablar, y por fin contestó:

—Hugo… ha sufrido… un accidente.

Carolina se puso blanca.

—¿Está… — no pudo continuar la pregunta.

—¡No, hija, tranquila! ¡Está vivo! ¡Y dentro de lo que cabe, está bien!

Ella respiró y pensó: "¡Gracias, Dios mío!"

—¿Dónde está? ¿Qué le ha pasado?— preguntó, a punto de llorar.

—Pues por lo visto ayer atracaron a Hugo cuando estaba en el metro. Él quiso defenderse y el atacante le empujó, de manera que cayó al raíl del metro, y se golpeó la cabeza.

—¿Qué?— exclamó ella asustada.

—¡Tranquila, hija!— continuó su padre — Entre varias personas lo sacaron de allí, porque sabían que el tren no tardaría en llegar. Pero él estaba inconsciente. Llamaron a una ambulancia y se lo llevaron al hospital. Según me ha dicho Carlos, estuvo en estado de coma varias horas y cuando despertó tenía amnesia y no recordaba casi nada.

—¡Oh, Dios mío!— exclamó Carolina.

El padre le cogió las manos y le dijo:

—Ha pasado la noche en el hospital, y esta mañana, cuando han visto que no iba al curso, el organizador se ha movilizado y ha pasado la mañana preguntando a la policía y en los hospitales, hasta que al final dio con él. Por supuesto Hugo no le recuerda. Luego se ve que este hombre ha intentado llamarte a tu casa, y como no te encontraba, ha tenido que contar ya con la ayuda de la policía, que ha localizado el teléfono de tus suegros, y éstos han llamado a Carlos.

Carolina no pudo más de la tensión y se puso a llorar.

Su padre la abrazó y le dijo:

—No te preocupes, hija mía, seguro que recupera enseguida la memoria y pronto volverá a ser el de siempre.

—Claro que sí,— añadió Noelia, que también estaba impresionada — Seguro que en cuestión de días o incluso de horas empiezan a venirle todos los recuerdos.

Carolina los miró y dijo con firmeza:

—Tengo que ir con él.

—Sí, por supuesto. —dijo el padre —Iremos a por él. Pero, Carolina, hija, también tenemos que hablar con su familia. Ellos también deben estar muy preocupados.

—Sí, es verdad. — respondió ella, pensativa. —Pero ahora mismo estoy tan nerviosa que no sé…

—Bueno, no te preocupes por eso. Yo hablaré con tu suegro. — contestó su padre.

—Querido, — intervino Noelia — ¿Han bloqueado sus tarjetas o su teléfono móvil?

—Pues… tienes razón, eso también hay que hacerlo ya. Carolina, hija, dame los datos y yo mismo lo anulo.

—Está bien, papá— contestó ella, con un suspiro de nerviosismo — Aunque ahora mismo lo que menos me importa es eso.

—Sí, hija, pero lo que sería el colmo es que ese delincuente lograra vaciaros la cuenta.

—Tienes razón. — dijo la joven.

Capítulo 3

Mientras el padre de Carolina hacía todas las gestiones, Carlos se presentó en la casa.

—Caro, ¿estás bien?— le dijo él a su hermana, con gesto preocupado.

—Un poco asustada. — respondió ella.

—¡Tranquila, Caro! —contestó el joven, cogiéndola por los hombros— ¡Verás cómo enseguida se repone y recupera la memoria!

Ella sonrió, pero sin mucho convencimiento.

Su padre colgó el teléfono y explicó la situación a sus hijos y a su esposa.

—Bien, el plan que tienen es el siguiente: los dos hermanos de Hugo van a ir a por él. Se están preparando ahora mismo para salir de viaje. Creen que de momento será necesario que él se quede en el hospital unos días, para ver cómo evoluciona, pero aunque van a intentar traérselo, si no pueden, están dispuestos a quedarse allí unos días.

—Yo iré con ellos. — dijo Carolina.

Su padre la miró y le contestó:

—Comprendo perfectamente que quieras ir, pero no sé si estás en condiciones para ello.

—Yo estoy bien. Es él quien está mal. Estaré a su lado. Tengo que estar con él. —dijo Carolina.

Su padre se quedó callado unos momentos y luego le dijo:

—Carolina, hija, no quiero alarmarte, pero ¿te has planteado que quizás él no se acuerde de ti?

La joven se quedó callada, mientras reconocía que podía darse el caso. Y entonces se le vino el mundo encima.

—Yo iré también. — intervino Carlos, cogiendo la mano de su hermana — Iremos los dos. Y yo cuidaré de Caro. Así que no te preocupes, papá.

Carolina miró a su hermano, con gesto agradecido, y su padre suspiró.

—Está bien.— contestó —Sí, Carlos. Ve con ella. Al menos me quedaré más tranquilo.

—Sí. — respondió su hijo levantándose. —Escucha, llama a los padres de Hugo y diles que nosotros también vamos. Yo voy a ir a casa a prepararme lo imprescindible para el viaje y a llevar a Nita a casa de sus padres, para que no se quede sola. Caro, tú prepara también lo que necesites. Si quieres ir a tu casa para recoger lo que sea, puedo llevarte.

—Está bien. — respondió Carolina.

Dos horas después, Carolina, Carlos y los dos hermanos de Hugo partían en el tren de alta velocidad, hacia la ciudad en la que se encontraba Hugo. Carolina estaba aún conmocionada, y aunque su hermano y sus cuñados iban hablando todo el tiempo, ella sólo miraba por la ventana, en silencio, orando para que Hugo estuviera bien y se recuperara rápido.

Cuando llegaron, ya era de noche. El organizador del curso, con el que habían hablado por el camino a través del móvil, los esperaba en la puerta de la estación.

Mientras los llevaba en su coche al hospital, éste les explicó que Hugo seguía sin recordar apenas. Estaba muy desorientado y confuso, y le habían hecho varias pruebas. El golpe fue bastante fuerte y estuvo casi doce horas en estado de coma. No recordaba ni el momento de la agresión, ni cuando cayó, pero tampoco la mayor parte de su vida. Tan sólo había logrado decir su nombre y la ciudad en la que nació. Y cuando él fue a verlo, Hugo no lo reconoció y no tenía ni idea de por qué estaba allí.

Carolina se agarró al brazo de su hermano con fuerza. Carlos la miró y le dijo:

—Tranquila Caro. Se va a poner bien. Ya lo verás.

El organizador también les dijo que el hospital había hecho la denuncia a la policía, con todos los datos que él mismo pudo darles. Y que algunos testigos del atraco habían dejado sus teléfonos por si tenían que testificar. Pero además, toda la escena se había grabado en las cámaras de seguridad del metro. Así que había posibilidades de encontrar al agresor.

Los hermanos de Hugo estaban muy alterados ante esta noticia. Pero Carolina sólo pensaba en Hugo, sintiendo mucho miedo a que él no la reconociese realmente.

Cuando llegaron al hospital, fueron conducidos hasta el despacho de uno de los médicos que estaba pendiente de Hugo. Él les volvió a explicar más o menos lo mismo que les había dicho el organizador del curso. Les advirtió que Hugo estaba muy desorientado, y que si veían que él no les reconocía, ellos no debían presionarle, pues quizás poco a poco él pudiera ir recordando a su ritmo. Pero también les dijo que, por otro lado, ellos iban a tener que ayudarlo con paciencia para que pudiera volver a tener, si no su vida anterior, al menos sí una vida más o menos normal.

Carolina tenía el alma en los pies. No quería venirse abajo, pero el peso de las circunstancias ya le estaba resultando muy grande. Sin embargo, ella no dejaba de pedir internamente ayuda para que Hugo pudiera restablecerse pronto.

Le preguntaron al médico si podrían llevárselo a su ciudad, y éste les respondió que prefería tenerlo otras veinticuatro horas más, bajo vigilancia, y que si todo iba bien, después podría trasladarse hasta su ciudad, aunque tendrían que pagar los gastos extras de la ambulancia. Carlos le explicó que él era médico y que bien podría viajar en el tren bajo su supervisión. El médico de Hugo les contestó que según como se desarrollaran las siguientes veinticuatro horas, se vería.

Por fin, y a pesar de que ya era realmente tarde, el médico, teniendo en cuenta las circunstancias, los dejó ir a ver a su paciente.

Cuando la joven se encontraba frente a la puerta de la habitación en la que se encontraba Hugo, sintió que sus piernas flaqueaban, y sus manos temblaban. Carlos la cogió de una mano y ella la agarró con fuerza.

Los hermanos de Hugo entraron primero con el médico, y tras ellos, Carlos y Carolina.

Hugo estaba acostado en una cama con la cabeza hacia un lado y al escucharlos entrar, los miró.

El médico se acercó hasta él y le dijo:

—Hola, Hugo. ¿Cómo te encuentras?

Él miró primero a los cuatro recién entrados, uno por uno, y se detuvo un poco en Carolina.

Ésta notó que se le cortaba la respiración, anhelando que él la reconociera. Pero después de unos segundos sin decir nada, Hugo dirigió su mirada al médico y le contestó:

—Aparte del dolor de cabeza, estoy un poco más tranquilo.

—Bien. — dijo el médico —Bueno, Hugo, ahora quiero que sigas estando tranquilo, pero fíjate bien, ¿recuerdas alguna de estas personas?

Él volvió a mirarlos detalladamente, uno tras otro, mientras hacía un suave movimiento en señal de negación con la cabeza. Al llegar a Carolina se detuvo de nuevo un poco más y luego se fijó en que ésta estaba cogida de la mano de Carlos.

—No.— contestó — ¿Debería conocerles?

—Bueno, ellos son personas cercanas a ti. — respondió el médico.

Hugo hizo un gesto como si se emocionara y estuviese a punto de llorar, y cerró los ojos.

Carolina sintió que se le rompía el corazón.

Después de unos momentos, Hugo dijo, con la voz tomada:

—No. Lo siento. No me acuerdo de ninguno de ellos.

Y finalmente rompió a llorar, torciendo la cabeza hacia un lado y tapándose la cara.

—Está bien.— dijo el médico con suavidad —Tranquilo. No te preocupes. Ahora descansa y mañana será otro día.

Carolina sintió que las lágrimas empezaban a brotar también de sus ojos, y Carlos la empujó suavemente hacia afuera de la habitación.

—Caro, no desesperes. — le dijo su hermano —Es normal que necesite un poco de tiempo. Como nos dijo el médico, debemos tener paciencia para poder ayudarle.

—¡No lloro por mí!— contestó ella, entre sollozos —¡Es por él! ¡Es que no puedo soportar verlo sufrir de esa manera!

Su hermano la abrazó y le dijo:

—Sé fuerte. Ya verás que esto pasará pronto.

—¡Ruego a Dios que así sea!— dijo ella.

Capítulo 4

Los cuatro se instalaron en el mismo hotel en el que había estado Hugo. Antes de partir, habían hecho la reserva de las habitaciones, y Carlos le había explicado al dueño del hotel la situación de su cuñado, de manera que cuando llegaron, les dieron la llave de la habitación que había utilizado Hugo y ellos pudieron recoger sus cosas.

Carolina iba a quedarse en esa habitación, pero Carlos la vio tan afectada que le dijo que era mejor que cogieran una doble para ellos dos, y así no estaría sola. La joven aceptó, agradecida.

Una vez solos en su habitación, Carolina le dijo a su hermano:

—¿Y ahora qué podemos hacer? No nos conoce… Yo creía que tal vez al vernos se acordaría… pero ni a sus hermanos, ni a nosotros… ¡Es tan extraño esto! ¡Me siento tan… confundida!

Carlos suspiró y le contestó:

—Escucha, hoy ha sido un día de emociones muy fuertes. Ahora mismo estamos todos agotados física y emocionalmente y no podemos encontrar una solución. Creo que nos vendrá bien dormir y seguro que mañana veremos las cosas de otra manera. Además es posible que mañana él también se encuentre mejor.

—Sí. Puede ser. — dijo Carolina —Pero creo que me va a costar dormirme.

—Escucha, vas a darte un baño de agua calentita. Eso te relajará y te ayudará a dormir, ¿quieres?

—Está bien. — contestó Carolina, dócilmente.

Y así hizo. Mientras estaba metida en el agua, cerró los ojos y estuvo pidiendo ayuda a su Padre interno para Hugo y también para saber si había algo que ella pudiera hacer.

Un rato después se acostó bastante más relajada, y cuando cerró los ojos, se puso a hacer una práctica de desdoblamiento astral consciente. Su mente quería llevarla hacia Hugo, pero ella estaba resuelta a investigar en el astral qué podía hacer por él. Así que supo dominar su mente y continuar concentrada hasta que el sueño la envolvió y ella se desdobló.

Una vez desdoblada, se dirigió hacia el hospital para ver a Hugo. Cuando llegó a su habitación vio que el cuerpo físico de su marido estaba tumbado en la cama, dando vueltas y vueltas. Ella lo llamó:

—¡Hugo!

Entonces el cuerpo del joven empezó a calmarse poco a poco, como si empezara a conciliar el sueño.

Carolina esperó pacientemente que él se durmiera y se desdoblara.

Y efectivamente, poco después vio que Hugo se salía del cuerpo físico.

Éste la miró y le sonrió.

—Hola, hadita.— dijo.

Carolina se emocionó y fue a abrazarlo, mientras exclamaba:

—¡Hugo, mi amor! ¡Puedes reconocerme!

—Claro que sí, hadita.— respondió él, abrazándola también.

Ella se quedó así unos momentos y luego le dijo:

—Pero cuando hemos venido antes no nos has reconocido a ninguno.

—Sí, es posible. — contestó él —El problema está en mi cerebro. Creo que tengo un gran edema debido al golpe que me di. Y eso está bloqueando la memoria de mi cuerpo físico. No me llega la información. Es como cuando no recordamos los sueños que hemos tenido, no nos llega el recuerdo, pero éste permanece en el subconsciente. O seguramente como cuando no recordamos nuestras existencias anteriores. Todo está ahí, pero la memoria nos está fallando.

—¡Ah! Pero ¿qué podemos hacer nosotros?— preguntó Carolina.

—No lo sé muy bien. Creo que cuando el edema baje, tal vez pueda recuperar la memoria, pero el problema es que como mi cuerpo se siente desorientado y perdido, ahora mismo estoy en fase de conflicto activo de túbulos colectores de riñón. ¿Recuerdas qué ocurría con eso?

—¿Los túbulos colectores?— repitió Carolina, intentando recordar las explicaciones que Hugo le daba a menudo de la Nueva Medicina Germánica —Sí, es cuando uno se siente desubicado, ¿no?

—Sí. Pues bien, el problema es que ya antes del accidente me sentía un poco desubicado, como tú dices. Me sentía fuera de casa y de alguna forma había comenzado un pequeño conflicto de túbulos colectores. Pero ahora, con el accidente se me ha producido un segundo conflicto de colectores de riñón, ¿entiendes?

—Sí.

—De manera que con los dos conflictos de colectores, he entrado en Constelación, ¿te acuerdas de lo que era eso?

—Sí. Es cuando una persona tiene dos conflictos activos de la misma naturaleza y entonces entra en una Constelación que consiste en un trastorno de tipo mental.

—Eso es. El primer conflicto impacta en un hemisferio cerebral y el segundo impacta en el hemisferio contrario. En este caso son conflictos ligados al tronco cerebral y la constelación hace que me sienta consternado, y desorientado, y que retenga líquidos, lo cual complica el tema, ya que el edema del cerebro producido por el accidente no sólo no va a disminuir de esta manera, sino que es probable que aumente más.

—¡Oh, Hugo! ¿Entonces qué podemos hacer?

—No sé. Si pudiéramos hacer que cuando estoy en el cuerpo no me sintiera tan perdido… Pero no sé cómo puedo solucionar ese tema… Si al menos pudiera reconocer algo… o recordar algo…

Carolina pensó y le contestó:

—Intentaremos ayudarte lo más posible. Pero el médico nos ha dicho que no podemos presionarte.

—Sí, es cierto. Ten en cuenta que cuando estoy dentro del cuerpo, para mí sois completamente desconocidos.

—Tal vez si te llevamos a casa…

—Sí. Es posible.— respondió él.

—¡Oh, Hugo! ¡No dejo de pensar que si hubiera venido contigo, esto no habría pasado!

Él sonrió.

—No hadita. Quizás esto no sea un mero accidente. Quizás tenía que pasar por esto para aprender algo, o quizás esto sea una consecuencia de algo que haya hecho anteriormente, en otra vida… En todo caso, no pienses más en ello.

—Te quiero mucho, Hugo. Y me duele mucho verte así.

—Yo también te quiero, hadita. Pero por favor, no sufras tanto. Este proceso seguro que me está sirviendo. Además, dentro de lo que cabe, tenemos la suerte de haber aprendido a desdoblarnos de forma consciente y al menos podemos tener este tipo de experiencias. Quizás traiga el recuerdo de esto a mi cuerpo. Ojalá que sí.

—Sí, ojalá que sí. — dijo Carolina.

En ese momento, vieron a dos enfermeras entrar en la habitación de Hugo, para mirarlo.

—Parece que ya se ha dormido, por fin. — dijo una de ellas.

—¡Sí!, ¡pobre hombre! ¡Con lo joven que es! ¡Al menos mientras duerme, no sufre!— contestó la otra.

—Sí, ya veremos cómo termina éste. ¿Te acuerdas del caso que hubo hace tres años? Ése no llegó a recuperar la memoria y al final creo que tuvieron que internarlo en una residencia.

Carolina miró a Hugo asustada y en ese momento sintió el tirón que la hizo despertarse.

Capítulo 5

Carolina se despertó y comenzó a llorar. No queriendo despertar a su hermano, se fue al baño, cerró la puerta y continuó llorando.

Pero Carlos la escuchó y se levantó para ver qué ocurría.

Carolina se abrazó a él, presa de la pena y el desconsuelo.

—Caro, — le decía él, acariciándole la cabeza — No te desesperes. Seguro que Hugo se va a recuperar. No pierdas la fe. ¿Es que has olvidado todas las cosas maravillosas que te han pasado?

Carolina se separó un poco de él, para mirarle y, sorbiendo por la nariz, le dijo:

—Tienes razón. Me estoy dejando llevar por la desesperación y esto no me conduce a nada. Así no puedo encontrar soluciones.

—¡Claro!— contestó él —¡Venga, Caro! ¡Ahora es el momento de que te mantengas serena para poder ayudar a Hugo de manera efectiva!

—Sí, es verdad. He sido una tonta. — dijo ella, secándose las lágrimas con la mano.

—Anda, venga, lávate esa cara y acuéstate. Tienes que descansar. ¿Por qué no haces un poco de meditación para calmar tu mente?

—Sí. Voy a hacerlo.— contestó ella.

La joven se lavó la cara y luego volvió a acostarse. Luego cerró sus ojos y se concentró en los Maestros de la medicina que ya le ayudaron a ella una vez cuando era pequeña, y que además los vio directamente en astral en una experiencia que tuvo, en la que también estaba Hugo. Les pidió ayuda para su marido, y así, pidiendo, se fue quedando dormida.

A la mañana siguiente, Carolina, Carlos y los hermanos de Hugo se fueron temprano al hospital. La joven iba mucho más calmada, y en estado de alerta de sí misma.

Cuando llegaron a la planta en la que se encontraba Hugo, Carolina se fijó en una mujer, que parecía muy preocupada, junto al mostrador de enfermería, hablando con una de las enfermeras. Esta se dio cuenta de que Carolina y los demás estaban entrando en el pasillo y le dijo a Carolina:

—Esta señora estaba preguntando por su marido.

La mujer miró a Carolina con cara de susto y se quedó callada.

—¿Conoce usted a Hugo?— preguntó Carolina, extrañada.

—Yo… vi el accidente y quería saber cómo estaba.— contestó ella, muy nerviosa.

Carolina sonrió agradecida y le contestó:

—Muchas gracias por interesarse. Es usted muy amable. Él, como quizás le habrán dicho, está bien físicamente, pero tiene amnesia y no recuerda nada.

La mujer asintió con un gesto, que a Carolina le pareció extraño, y luego se despidió y se marchó rápidamente. Los cuatro se extrañaron un poco, pero lo olvidaron enseguida cuando la enfermera les dijo que el joven se había levantado y se había ido a una sala de espera que había al final del pasillo. Desde allí se podían apreciar vistas de la ciudad, a través de unos grandes ventanales.

Los cuatro se dirigieron hasta la sala.

El joven estaba sentado en un sillón, mirando hacia una de las ventanas. Ellos se acercaron hasta él.

Hugo los miró y se quedó callado.

—Hola Hugo. — dijo Carlos.

Hugo miró a Carolina y ésta le sonrió, pero no le dijo nada.

—¿Cómo te encuentras?— le preguntó su hermano mayor.

Hugo lo miró y le dijo:

—Vosotros sois los que vinisteis anoche, ¿verdad?

—Sí. — contestó su hermano mayor —¿Te sientes mejor?

—Más o menos. — respondió Hugo. —Pero… todavía no… lo siento, pero no sé quiénes sois.

Y volvió a mirar a Carolina.

Ella se agachó a su lado, puso una mano sobre otra de él, y le dijo mirándole a los ojos:

—Hugo, escúchame bien. No importa que no nos recuerdes ahora mismo. Eso no es lo más importante ahora. Lo más importante es que sepas que aunque no nos recuerdes, nosotros somos tu familia y te queremos y vamos a ayudarte en todo lo que haga falta. Que no estás solo, que puedes contar con nosotros para todo lo que necesites, que puedes tener toda la confianza en nosotros, porque estamos aquí para estar contigo y no te vamos a dejar solo, ¿comprendes?

Él la escuchó atentamente y luego asintió, mientras los ojos le brillaban.

Carolina, no pudo evitar, por puro instinto, acercar otra mano hasta la cara de él y acariciársela.

—Confía en nosotros, por favor. — añadió.

Hugo no dejaba de mirarla, y luego contestó:

—Sí.

—Tal vez, — intervino el hermano mayor, mirando a Carlos — deberíamos decirle quiénes somos, ¿no?

—Sí. Creo que será lo mejor.— contestó Carlos.

—Bueno, pues si os parece, empezaré yo. Hugo, mira yo soy Esteban, tu hermano mayor.

Hugo lo miró atentamente.

—¿Mi hermano?— repitió.

Y luego asintió en señal de aprobación.

Todos sonrieron al ver la reacción de él.

—Yo soy Domingo, y también soy tu hermano.

Hugo lo miró con la misma atención que al otro y asintió, de nuevo.

Luego miró a Carlos y le preguntó:

—¿Tú también eres mi hermano?

Carlos sonrió.

—No, pero casi. Nosotros nos conocimos hace muchos años, en la facultad, y enseguida nos hicimos amigos.

Hugo se quedó pensando.

—¿En la facultad?

—Sí. En la facultad de medicina.

Hugo hizo un gesto de sorpresa y preguntó:

—¿Soy médico?

—Sí.— contestó Carlos —Y muy bueno, por cierto.— dijo sonriendo.

En los labios de Hugo se dibujó una leve sonrisa y se quedó pensativo, como queriendo rebuscar en su interior aquella información y luego exclamó:

—¡Sí! ¡Soy médico!

Luego miró otra vez a Carolina y le preguntó a Carlos:

—¿Y ella? ¿Es tu mujer?

Carlos se rio.

—¡No, claro que no!— exclamó —Ella es Carolina. Ella es…

—Soy la hermana de Carlos. — le interrumpió ella.

Carlos la miró sorprendido.

Hugo también miró detenidamente a la joven y repitió:

—¿Su hermana?

Y luego continuó:

—Creo… que… no sé, pero… me parece que tu cara… no recuerdo exactamente, pero creo que tu cara sí me suena.

Carolina sintió que la alegría caía sobre ella como una lluvia fina que la envolvía toda y comenzó a reír de contenta.

Hugo se sorprendió, pero poco a poco él también empezó a sonreír, mientras la miraba como fascinado.

Los demás también sonrieron. Indudablemente, aquello ya era una buena señal.

Capítulo 6

Los cuatro permanecieron con Hugo allí durante un par de horas. Estuvieron contándole cosas sobre él y su familia. Sus hermanos le relataron anécdotas de cuando él era pequeño, y todos, incluido Hugo, se rieron por sus ocurrencias. También Carlos contó historias de la facultad. Hugo escuchaba con atención y se quedaba pensativo.

Mientras uno de los hermanos contaba otra historia, Carlos apartó un poco a su hermana y le preguntó:

—¿Por qué no le has dicho que eres su mujer?

Carolina lo miró y le contestó:

—Porque no quiero que se sienta presionado.

—Pero tal vez eso le haga recordarte mejor.

Ella sonrió y le dijo:

—Él ha dicho que parecía que me recordaba un poco, ¿no has visto? Vamos a esperar un poco más. Ya se lo diremos más adelante.

—Es posible que él intuya algo.— contestó Carlos, mirando a Hugo —Me he dado cuenta de que te mira mucho.

Carolina miró también a Hugo y respondió:

—¡Ojalá que sí!

Después de un rato, Hugo parecía cansado de tanta conversación. Entonces Carolina le preguntó:

—Hugo, ¿quieres que nos quedemos alguno de nosotros aquí contigo, para que no te sientas solo?

Él se quedó pensando y contestó:

—Bueno, si no es demasiada carga para vosotros. Me parece bien.

—Yo me quedaré. — dijo su hermano mayor.

Carolina se sorprendió de la rapidez de respuesta de su cuñado.

Carlos se dio cuenta y dijo:

—Lo que podemos hacer es turnarnos, ¿qué os parece? Así él podrá ir conociéndonos a todos.

Hugo los miró a todos y éstos respondieron afirmativamente.

De esa manera, Esteban fue el primero que se quedó con su hermano y los otros tres se marcharon.

Estuvieron dando un paseo, mientras comentaban sus impresiones sobre el rato que habían pasado con Hugo.

Luego comieron en la cafetería del hospital y enseguida subieron de nuevo a ver a Hugo.

Éste se encontraba dormido. Esteban también estaba medio adormilado sentado en un sillón, pero al escucharlos llegar, se levantó, y en voz baja les indicó que hablaran fuera, en el pasillo.

—¿Cómo está?— preguntó Carolina.

—Hemos estado hablando un poco. Pero creo que le costaba seguir la conversación, porque lo veía como distraído. Le han traído la comida y ha comido poco. Y ahora está descansando.

Carolina suspiró

—No te preocupes, Caro. — dijo Carlos — Es normal que se fatigue intelectualmente y el sueño le viene bien.

—Claro. — dijo Esteban.

—Bueno, y ahora ¿quién se queda?— dijo Domingo —¿Me quedo yo?

—¡No, por favor, dejadme a mí! — suplicó Carolina.

Los demás la miraron sonriendo.

—¡Claro que sí, Caro!— contestó Carlos —Domingo, lo comprendes, ¿verdad?

—Por supuesto.— respondió el aludido.

—Escuchad, si queréis, nosotros podemos ir un rato al hotel para descansar.— dijo Carlos —Seguro que ninguno hemos dormido bien esta noche. Y luego venimos dentro de un rato, ¿de acuerdo?

Los dos hermanos asintieron.

Así que los tres hombres se marcharon y Carolina se metió en la habitación de Hugo.

Con mucho cuidado acercó el sillón hasta el cabecero de la cama de Hugo y se sentó en él. Luego puso su mano derecha sobre la mano izquierda de su esposo, tal y como hacían muchas noches para dormirse, y con su cabeza girada hacia él, lo estuvo mirando unos segundos, y luego cerró los ojos, para pedir por él. Poco después ella también se quedó dormida.

Al cabo de un rato se despertó y abrió los ojos. Entonces vio que Hugo la estaba mirando.

Ella, de forma instintiva, le sonrió y él también le sonrió.

—Hola Hugo. — le dijo ella con dulzura —¿Has descansado?

Él asintió.

Entonces Carolina reaccionó dándose cuenta de dónde estaba, y se incorporó recogiendo su mano.

—¡Oh, vaya! ¡Yo también me he quedado dormida!

Hugo la observó silencioso.

—Hemos hecho el cambio mientras dormías.— explicó ella.

—Creo que anoche soñé contigo.— dijo él, de repente.

Carolina se quedó sorprendida y pensó: "¿Acaso ha guardado el recuerdo de la experiencia de anoche?".

—¿De verdad?— preguntó ella, queriendo saber más. — ¿Y qué soñaste?

—No recuerdo bien el sueño. Sólo es un recuerdo muy vago.

Carolina sonrió, pensando: "Bueno, algo es algo".

—Esta mañana— dijo él— mis hermanos y tu hermano han contado muchas cosas que hemos vivido juntos, pero tú no me has contado nada.

—Bueno… yo… — empezó a decir Carolina, sin saber muy bien qué contarle.

—He estado pensando… — dijo él — Y no comprendo qué tipo de relación hay entre tú y yo.

—¿Entre tú y yo?— repitió la joven, poniéndose cada vez más nerviosa.

— Sí. Los demás me han dicho el vínculo que tienen conmigo, pero de ti sólo sé que eres la hermana de mi amigo.

—Pues… lo que pasa es que nosotros nos conocemos desde que yo era una niña.

Hugo sonrió.

—¿Desde que eras una niña? Ya entiendo, por ser la hermanita de Carlos, ¿no?

—Sí.— respondió ella.

Él se quedó pensando y luego dijo:

—Pero… ¿por qué has venido con él?... No entiendo… es un viaje largo y todo esto debe ser fatigoso para ti… Al fin y al cabo, se supone que yo voy a volver con vosotros, ¿no?... ¿Por qué has hecho todo este esfuerzo?... ¿Por qué estás aquí?

La joven lo miró sorprendida por las preguntas tan directas. Entonces le vino una idea, para poder escabullirse de la respuesta real.

—Es que yo te estoy muy agradecida por lo que hiciste por mí hace siete años.

—¿Yo? ¿Qué es lo que hice?— preguntó Hugo.

—Hace siete años me diagnosticaron una leucemia y tú me ayudaste mucho. Si hoy estoy aquí viva y sin secuelas es, sobre todo, gracias a ti.

—¿Es cierto eso?— dijo él, asombrado.

Entonces Carolina le contó a grandes rasgos cómo él había descubierto la Nueva Medicina Germánica y cómo utilizó esos conocimientos para ayudarla a ella. Él la escuchaba muy atento y reflexivo, mostrando verdadero interés.

Lo que Carolina no le contó fue el final de su larga temporada de recuperación de la leucemia.

Eso se lo contaría en otro momento.

Capítulo 7

Un par de horas más tarde Carlos, Esteban y Domingo llegaron. Éstos estuvieron durante un buen rato acompañando y contándole más cosas a Hugo, pero éste empezó a dar signos de cansancio y Carlos dijo:

—Será mejor que te dejemos descansar. Hoy estamos hablando quizás demasiado.

—No me importa. — contestó Hugo —Es verdad que me siento cansado, pero también más contento. No llego a recordar aún nada de lo que me decís, pero ya no me siento tan perdido, sino más bien agradecido de que hayáis venido.

Todos sonrieron.

—Nos alegra mucho lo que nos dices.— dijo Esteban —Cualquier cosa que necesites, ya sabes que puedes pedírnosla con confianza, como te dijo esta mañana Caro.

—Sí. Pero ahora, creo que será mejor dejarle descansar de nuevo.— insistió Carlos —No debes agotarte.

—Gracias, sí.— respondió Hugo.

—Yo me quedaré contigo.— dijo Domingo —Pero no te preocupes, si quieres dormir, yo me quedaré callado como una estatua.

Hugo se rio, y Carolina se sintió contenta porque reconoció la risa de su amado esposo.

Luego quedaron en llegarse de nuevo más tarde, y Carlos, Esteban y Carolina se marcharon. Sin embargo, al salir, vieron al médico hablando con dos policías.

—¡Vengan!— les llamó el médico.

Ellos se acercaron y el médico les dijo que aquellos policías habían ido por la denuncia del atraco a Hugo.

Uno de los policías les explicó que habían estado viendo la película con la escena ocurrida en el metro y que aunque no se veía bien la imagen del atracador, habían llamado a varios de los testigos que dieron sus datos, y con la información de éstos habían hecho ya un retrato robot, pues no se trataba de ninguno de los delincuentes que ellos tenían en sus archivos. Habían dado ya la orden de búsqueda y captura y en cuanto tuviesen algo los avisarían. Por ello le pidieron el número de teléfono a Carolina, por ser la esposa del agredido. Pero ésta se encontraba muy confusa y dijo:

—¿Es realmente necesario todo esto?

—Por supuesto, señora.— contestó el policía — ¡No querrá usted que el agresor de su marido se quede tan campante!, ¿no?

—Bueno, ¡no, claro! — respondió ella —Pero es que para mí todo esta situación me resulta…

—Escucha Caro, — intervino Carlos — ahora mismo esto está muy reciente. Deja que esto lo llevemos entre Esteban y yo.

Ella miró a su hermano, con indecisión.

—¡Por supuesto que sí!— dijo Esteban — Todos comprendemos que ahora mismo estás muy conmocionada. Déjalo en nuestras manos.

Carolina asintió dócilmente y Carlos y Esteban dieron sus datos y sus números de teléfono a los policías.

Luego los tres se fueron a dar un paseo.

Al cabo de un par de horas, Domingo los llamó al móvil con muy buenas noticias. Después de dormir un poco, Hugo y él habían estado hablando, y de repente a Hugo le vino un recuerdo de cuando eran pequeños. Hugo estaba realmente contento con ese logro, y en ese momento estaba hablando con el médico.

Carolina, Carlos y Esteban también se alegraron mucho por la noticia y entusiasmados fueron rápidamente de vuelta al hospital.

Cuando llegaron, Hugo estaba con Domingo en la sala de visitas de los grandes ventanales.

—¡Hola!— saludó Domingo, muy contento.

Hugo les sonrió.

—¡Hola!— saludaron los otros tres acercándose a ellos.

—¿Es cierto, Hugo?— dijo Esteban —¿Recuerdas algo de cuando éramos pequeños?

—Sí.— respondió él.

Y empezó a relatar cómo un día, observaba a sus padres trabajando en el horno de la panadería de su propiedad, y su madre le miraba con cariño. Después su padre le dio un poco de masa para que él hiciera su propio pan. Él tendría unos cinco años. Y sus hermanos que eran dos y cuatro años mayores que él, quisieron quitarle la masa para hacerle rabiar. Sin embargo, Hugo no se enfadó, sino que fue a su padre y le pidió más masa. Éste le dijo: "Toma, pero esta vez, no dejes que te la quiten." "No importa, papá.", le respondió Hugo, "Yo sé que lo que quieren ellos es hacer pan también. Dame otro trozo de masa para dárselo a Domingo y así cada uno haremos un pan." Entonces su padre se rio y le dio otro trozo para su hermano.

Esteban se rio y dijo:

—¡Es cierto! ¡Yo ya no me acordaba de eso! ¿Te acuerdas, Domingo? Nos gustaba hacerle rabiar un poco cuando era pequeño, pero no sé cómo, Hugo le daba la vuelta a las cosas y terminábamos jugando con él.

—¡Sí, es verdad!— contestó Domingo.

Carolina sonrió, mirando a Hugo, mientras pensaba: "¡Ha sido maravilloso desde pequeño!"

Él también la miró y sonrió.

—Bueno, ¿y qué ha dicho el médico?— inquirió Carlos.

—Ha dicho que esto es un buen indicio y que además le ha notado un cambio muy favorable de ayer a hoy. Y como yo le he insistido, me ha dicho que esperará esta noche a ver y si todo va bien, quizás mañana le dé el traslado y nos podamos ir.

—¡Estupendo!— exclamó Esteban.

Hugo los miraba sonriendo. Parecía contento.

Luego estuvieron un rato más, hablando, y después Carlos dijo:

—Bueno, ya es tarde. Iros vosotros si queréis. Yo me quedaré esta noche.

—No, Carlos.— dijo Hugo —Gracias por haberos quedado conmigo hoy, pero no quiero que tengas que pasar una mala noche por mí. No es necesario que te quedes.

—Mira Hugo,— contestó Carlos — soy médico y no me asusta pasar una noche en un hospital. Me quedo contigo y no se hable más. Si lo que te molesta es que

te dé conversación, pues no te preocupes, que yo también puedo ser otra estatua tan buena como Domingo, o más.

Hugo se rio y los demás también.

—Está bien, amigo. Gracias.

Los hermanos de Hugo se despidieron de él dándole unas pequeñas palmaditas en el hombro, diciéndole:

—¡Hasta mañana, hermanito!

Él sonrió y contestó:

—Hasta mañana.

Luego Carolina se acercó hasta él, con timidez y le dijo:

—Hasta mañana, Hugo.

Él la miró fijamente, cogió la mano derecha de ella y se la acercó para besarla, pero cuando iba a hacerlo, se quedó parado observando la mano, y el rostro se le ensombreció. Luego miró de nuevo a Carolina y bajó con delicadeza la mano de ella, sin terminar lo que había empezado a hacer y dijo:

—¡Hasta mañana, Carolina!

La joven se quedó extrañada, porque cuando le pareció que iba a besarle la mano, tal y como él hacía a menudo, empezó a sentir una alegría indecible, pero de repente, el cambio de Hugo la dejó sin saber qué pensar.

Después ella y sus dos cuñados partieron en dirección al hotel. Pero ella sentía cierta intranquilidad, pues el último gesto de Hugo le había parecido muy extraño.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, Carolina llamó al móvil de su hermano para preguntarle cómo le había ido a Hugo. Él le contestó que habían tenido largas conversaciones, pero que también había dormido bien.

Luego Carolina recogió su maleta y la de Hugo, pues la de Carlos ya la había dejado él preparada. Luego se reunió con sus cuñados, dejaron las maletas en recepción y se marcharon al hospital.

Cuando llegaron, vieron a Carlos hablando con el médico en el pasillo. Ellos se acercaron y el médico los miró, mientras Carlos les anunciaba:

—¡Nos lo llevamos!

Carolina y los dos hermanos de Hugo se pusieron muy contentos y el médico sonrió y les dijo:

—Bien, mientras él se viste, prepararé todos sus papeles para que os los llevéis y los entreguéis al médico que le corresponda.

—De acuerdo.— dijo Carlos.

Esteban y Domingo se fueron a avisar a Hugo y a ayudarle a preparar sus cosas, y Carolina se quedó con Carlos, por indicación de éste.

—Caro, anoche Hugo me preguntó si estabas casada, y yo tuve que contestarle que sí.

Carolina se quedó sorprendida.

—Pero… ¿y por qué te preguntó eso?

—Se ve que te vio tu anillo de matrimonio.— explicó su hermano

Carolina se miró la mano y entonces comprendió por qué Hugo hizo aquel gesto tan extraño cuando la noche anterior iba a besarle la mano.

—¿Y qué te dijo él cuando le dijiste que sí?

—Nada. Se quedó callado.—

La joven se sintió arrepentida de no habérselo dicho desde el principio, pero realmente no sabía qué era mejor.

—Tarde o temprano se lo tendrás que decir.— le advirtió Carlos.

—Sí. Llevas razón. Tal vez me haya equivocado, pero no quería… —

—Sí, ya lo sé.— le interrumpió Carlos — No querías que se sintiera presionado. Bueno, no te culpabilices por eso. Esta situación es nueva para todos y no sabemos lo que es mejor y lo que es peor. Lo importante es que él empiece a sentirse cómodo entre nosotros y creo que lo estamos consiguiendo.

—Sí. Creo que sí.— respondió Carolina, pensativa.

Luego se dirigieron hacia la habitación y esperaron en el pasillo a que Hugo terminase de vestirse.

El médico llegó, y le dio un sobre con todos los resultados a Carlos para que se los llevase.

Carlos le dijo a su hermana:

—Bueno, veremos todas estas pruebas y ya decidiremos lo que hacer después.

Carolina lo miró y asintió.

Instantes después, salieron de la habitación Esteban, Domingo y Hugo. Éste último miró a Carolina pensativo y luego la saludó. Ella le sonrió con timidez y le devolvió el saludo.

Después los cinco salieron del hospital y una vez en la calle, Esteban miró el folleto con el horario de trenes de vuelta, y vio que había uno que salía dos horas más tarde. Les daba tiempo de ir al hotel, recoger sus cosas y luego ir a la estación.

No obstante, decidieron que Esteban fuera primero a la estación y comprase los billetes y los demás se reunirían con él después.

Y así hicieron.

Los que fueron al hotel recogieron su equipaje. Carlos observó a Hugo para ver si reconocía el hotel en el cual había pernoctado los días anteriores, pero él no dio señales de ningún recuerdo.

Sin embargo, al ir a coger de nuevo otro taxi, de repente vieron por detrás de una valla, un enorme perro que empezó a ladrarles de una forma muy violenta. Carolina se pegó un susto y dio un paso atrás, mirando asustada a la fiera.

A los ladridos del perro acudió un hombre y le mandó callar y el animal obedeció.

—¡Uf!— exclamó Domingo —¡Vaya con el perrito! ¡Menos mal que estaba por detrás de la valla!

—¡Sí, es verdad!— dijo Carolina.

Entonces miró a Hugo para ver cómo estaba él, y vio que estaba con el ceño fruncido y muy pensativo, como recordando algo, hasta que de pronto miró a Carolina y dijo:

—He recordado algo.

Todos lo miraron sorprendidos.

—Creo que fue hace muchos años.— explicó Hugo —Iba andando por una calle y al doblar la esquina, vi a una chiquilla aterrorizada frente a un perro rabioso a punto de saltar sobre ella.

Carolina sintió un vuelco en el corazón. Ella sabía de qué estaba hablando.

—Entonces, — prosiguió él — sin pensarlo dos veces, me acerqué hasta ella, le dije que no tuviera miedo y me puse delante de ella, para protegerla del posible ataque del perro… Poco a poco, le planté cara al chucho, para que viera que no le tenía miedo, y después fui empujando a la niña lentamente hacia atrás para alejarnos del animal.

Hugo sonrió, pensativo.

—La niña estaba muy asustada, ¡pobrecita!

Luego miró de nuevo a Carolina.

—Tú eras aquella chiquilla, ¿verdad?— dijo.

Carolina sonrió emocionada al ver que él se había acordado de la primera vez que se conocieron.

—Sí. Era yo. — dijo.

Hugo le sonrió con ternura.

Carlos, asombrado, intervino:

—Caro, ¿entonces eso es cierto?

—Sí. — respondió ella —Fue la primera vez que vi a Hugo.

—¿La primera?— dijo su hermano —Bueno, la primera vez fue cuando yo lo llevé a casa y os lo presenté a Anastasia y a ti, ¿no?

—No.— contestó ella — Cuando tú lo llevaste a casa, ya había pasado esa historia del perro. Cuando Hugo entró en el salón, yo le reconocí enseguida.

—¡Ah, vaya!— sonrió Carlos, pensativo — ¡Ahora comprendo muchas cosas!

Hugo le miró extrañado y Carolina sonrió.

Finalmente cogieron el taxi y se marcharon a la estación.

Esteban les esperaba allí con los billetes.

Sin embargo, Hugo empezó a ponerse un poco inquieto. Miraba a un lado y a otro, y parecía algo agobiado.

Con el barullo de la estación, los demás no se dieron cuenta del estado en el que se encontraba Hugo, a excepción de Carolina, que estaba todo el tiempo pendiente de él, aunque fuese desde lejos y con disimulo. Así que ésta se acercó a él y le preguntó:

—Hugo, ¿te encuentras bien?

Él la miró y no dijo nada.

Ella le cogió una mano y le dijo mirándole a los ojos:

—Tranquilo, Hugo. Estás con tu familia. Toda esta gente es desconocida para todos nosotros, pero no importa, porque nosotros cinco estamos juntos, somos tu familia y regresamos a casa.

Él pareció tranquilizarse, mientras la miraba a ella fijamente y asentía con la cabeza.

Capítulo 9

Cuando por fin partió el tren, Carlos, Esteban, Domingo y Carolina iban contentos. Hugo, sin embargo no dejaba de mirar por la ventana, con aire pensativo.

—Hugo, ¿estás bien?— le preguntó Carolina.

Él la miró y respondió:

—Sí. Aunque… no sé… si ha sido buena idea esto.

Los demás se quedaron mirándolo.

—¿Por qué dices eso?— preguntó Esteban, que estaba sentado a su lado.

—¿Qué es lo que temes?— inquirió Carlos, que estaba frente a él y al lado de Carolina.

—No sé… tengo miedo… vosotros habéis sido muy amables conmigo, pero…

—Creo que es el viaje.— dedujo Carlos —Es otro cambio y eso seguramente te asusta.

—Sí, es posible.— contestó Hugo.

—¿Quieres cerrar los ojos un poco y descansas?— le preguntó Carolina.

Él volvió a mirarla y contestó:

—Sí. Tal vez sea mejor.

—Si quieres échate aquí.— le dijo Domingo que estaba solo en la fila de al lado —Así no te molestarán nuestras conversaciones.

—Está bien, sí. — contestó Hugo.

Los dos hermanos se intercambiaron los lugares, y Hugo cerró los ojos para dormirse.

Los demás comenzaron a hablar en voz baja. Carolina no dejaba de mirarlo, preocupada. Parecía como si de repente hubiera hecho un retroceso y así se lo dijo a su hermano.

—¡No, Caro!, ¡tranquila! Cuando lleguemos a casa y él se instale, continuará mejorándose, ya lo verás. Ten confianza, hermanita. Él va a estar bien.

—Sí. Tienes razón. — contestó ella.

—Hablando de otra cosa, — intervino Domingo —Caro, tenemos que decirte algo.

Ella lo miró extrañada.

—¿El qué?

Domingo miró a Esteban y éste dijo:

—Cuando Hugo ha cogido su ropa para vestirse, ha encontrado su anillo de matrimonio.

Carolina se dio cuenta de que no había caído en ese detalle: él también tenía su anillo.

La joven miró a su hermano que la observaba expectante, y luego volvió a dirigirse a Esteban.

—¿Y qué ha pasado? ¿Ha dicho algo?— preguntó.

—Pues se ha quedado muy pensativo y luego nos ha preguntado que si él estaba casado. — contestó Esteban.

—Y nosotros le hemos dicho que sí. — añadió Domingo —Pero no le hemos especificado con quién.

—Aunque nos ha preguntado que por qué no le habíamos hablado de eso antes. — dijo Esteban.

—Y le hemos tenido que contestar que se lo íbamos a decir, pero cada cosa a su tiempo. — continuó Domingo.

—Y parece que se ha quedado conforme. — explicó Esteban.

—Sí. Pero yo me he dado cuenta de que estaba muy serio. — indicó Domingo.

Carolina se quedó pensativa. Luego suspiró y dijo:

—Voy a tener que decírselo.

—Sí, yo creo que es mejor. — opinó Esteban.

—¡Al fin y al cabo, más vale malo conocido, que bueno por conocer!— dijo Domingo.

Carolina lo miró sorprendida y después se rio.

—¡Hombre, muchas gracias, cuñadito!

Los demás también se rieron.

Carolina miró a su marido, el cual estaba dormido.

Como el asiento al lado de Hugo estaba vacío, ella se levantó y se sentó a su lado, probando a ver si así sacaba valor para sincerarse con él.

Ella cerró los ojos y comenzó a relajarse y a ponerse en estado de alerta percepción.

Al cabo de unos quince minutos, Hugo se movió y ella abrió los ojos y lo miró.

Hugo también la miró.

Carolina le sonrió y él a ella también.

—Hugo, hay algo que debes saber. — dijo la joven.

Él se quedó callado.

—No te he dicho nada antes porque no quería que te sintieses presionado. — explicó Carolina.

Hugo continuó mirándola en silencio.

Carolina suspiró y luego miró la mano derecha de su marido y se la cogió con su mano izquierda, después acercó su mano derecha a la de él.

El joven miró las manos y luego la miró a ella.

—Hugo, nosotros estamos casados. —le dijo Carolina.

Él volvió a mirar las dos manos con los anillos y se quedó pensando.

—No me atreví a decírtelo porque no quería que te sintieses obligado a nada conmigo.— continuó Carolina.

El joven la miró de nuevo.

—Quiero que sepas, que aunque estemos casados,— dijo ella — tienes libertad total para lo que quieras hacer. Comprendo que para ti ahora mismo soy casi una desconocida y no puedes sentir lo mismo que antes. No te sientas en el deber de cumplir conmigo. Mírame, si quieres, como una amiga. Porque, eso sí, puedes contar conmigo para todo lo que quieras.

Él la miró a los ojos, y luego le sonrió y le contestó:

—Carolina, gracias por contarme esto. Tu sinceridad, tu comprensión y tu apoyo significan mucho para mí.

La joven sonrió y los dos se quedaron mirándose a los ojos unos momentos.

—Cuéntame más cosas de ti y de mí. — le pidió Hugo.

Y ella comenzó a relatarle muchas de las situaciones que habían vivido juntos: cómo la defendió delante de sus hermanos cuando estos se reían de sus costumbres; cómo él la había ayudado cuando ella fue a ver a su amiga Ileana al hospital; aquella vez en que él le habló del salto al vacío que iba a dar refiriéndose a que se iba a dedicar a la Nueva Medicina Germánica; también el apoyo que él le dio cuando murió su madre; y cuando ella estuvo con la leucemia y cómo salió de ella; le habló del día de su boda, y de la academia que había abierto, y de la clínica en la que él, su padre y su hermano trabajaban y muchas otras cosas más.

Él la escuchaba muy tranquilo, aunque reflexivo, y en algún momento agarró la mano de su esposa y se quedó con ella cogida, mientras continuaba atento a las palabras de ella.

Carolina se sintió muy dichosa por aquel acercamiento por parte de él.

Capítulo 10

Cuando llegaron, el padre de Carolina, Noelia y los padres de Hugo les estaban esperando en la estación.

Los cinco recién llegados se acercaron hasta ellos.

Luego Esteban le indicó a su hermano quiénes eran sus padres. Éstos, emocionados, abrazaron a su hijo y éste se dejó hacer. Su madre le miraba con lágrimas en los ojos y le decía, acariciándole la cara:

—Hugo, hijo mío, ¿te acuerdas de nosotros?

El joven asintió con la cabeza y contestó:

—Recuerdo algo de cuando era pequeño y os veía trabajar en la panadería.

Sus padres sonrieron en señal de aceptación.

—Bueno, no te preocupes, hijo.— dijo su padre — Ya estás en casa y pronto recuperarás toda la memoria.

Él asintió, con una leve sonrisa.

Entonces Carlos intervino, diciéndole:

—Bueno, Hugo, y éstos son tus suegros. Ella es Noelia, la esposa de mi padre, y nuestra madrastra.

Noelia se acercó a él y le dio dos besos y le dijo:

—Hugo, bienvenido a casa.

Él asintió y respondió:

—Gracias.

—Y éste es mi padre.— dijo Carlos.

Hugo miró al padre de Carolina y éste parecía estar también emocionado, pues aunque se mantenía serio, se notaba que estaba reprimiendo las ganas de llorar.

—¿Cómo estás, Hugo?— le dijo el padre tendiéndole la mano.

En ese momento Hugo se quedó mirándolo y frunció el ceño pensativo. En este estado, no le tendió la mano al padre de Carolina, y éste se quedó extrañado, y recogió su mano con un gesto de decepción.

Todos se quedaron callados al no entender la reacción de Hugo. Pero Carolina se dio cuenta de que en realidad lo que ocurría es que él estaba metido en sí mismo, y dijo:

—Creo que está recordando algo.—

Entonces Hugo los miró y sonrió. Y dirigiéndose a su suegro explicó:

—Sí. He recordado cuando Carlos nos presentó a usted y a mí.

El padre de Carolina se sorprendió y esbozó una sonrisa.

—¿Es cierto eso? ¡Vaya!, ¡pues me alegro mucho! ¡Eso quiere decir que poco a poco estás recuperando la memoria!

Todos se alegraron también por ello.

Luego fueron a un restaurante de la estación y se sentaron para decidir qué hacer con el joven.

Carlos explicó que traía los exámenes médicos y que iban a verlos con detalle, pero que él pensaba que no era necesario que tuviera que ser ingresado.

Los padres de Hugo le dijeron que podía irse con ellos a su casa, y sus suegros también se ofrecieron para que él y Carolina permanecieran en la suya durante un tiempo.

Él comenzó a cavilar en silencio y luego contestó que realmente no se sentía con la capacidad de decidir qué era lo mejor.

Entonces Carolina, les dijo a todos:

—¿Os importa si Hugo y yo hablamos a solas unos momentos?

Los demás aceptaron.

Entonces la joven le dijo a su marido:

—Ven, Hugo. Hablemos los dos, aparte.

Y los dos se levantaron, y se sentaron en otra mesa situada en el otro extremo del restaurante.

—Dime Hugo, ¿dónde te sentirías mejor?, ¿qué es lo que tú quieres hacer?— le pregunto Carolina.

Él se quedó pensando y contestó:

—No lo sé, Carolina. Para mí, todo esto es muy extraño. Me acuerdo levemente de todos vosotros, pero…

La joven se quedó pensando.

—Escúchame, — dijo — Tú ahora no podrás trabajar, hasta que no recuperes más memoria. Necesitarás un tiempo de adaptación, ¿no crees?

Hugo asintió.

Entonces Carolina le dijo:

—Yo he estado en los últimos meses ayudando en la clínica de beneficencia y aunque me daban un pequeño sueldo, con eso no tenemos para vivir. Por ahora necesitamos recurrir a nuestros padres. No te sientas mal por ello, es normal, y como habrás visto, ellos quieren que lo hagamos. Además es sólo algo temporal.

El joven volvió a asentir.

—Sin embargo, yo no sé lo que tú quieres con respecto a mí.— dijo Carolina, mientras sentía un pellizco en el estómago —¿Quieres que vivamos juntos o prefieres que estemos separados? Háblame sinceramente. Lo que sientas, de verdad. Yo no voy a molestarme.

Él la miró y le empezó a contestar:

—Yo…

No pudo seguir. Miró hacia abajo y empezó a negar con la cabeza.

—¡No sé, Carolina! ¡No sé qué hacer! ¡Ayúdame tú, por favor!

Carolina sintió un nudo en la garganta y le cogió las manos a su marido, mientras cerraba los ojos y oraba: "Por favor, Dios mío, ¡hazme ver lo que debo hacer!"

Entonces él repitió emocionado:

—¡Ayúdame, por favor! ¡No me dejes solo!

Carolina lo miró, y lo abrazó con fuerza respondiéndole:

—¡Nunca te dejaré solo! ¡Siempre estaré contigo!

Él se abrazó también a ella.

Después se separaron, y Carolina dijo:

—Entonces, estaremos juntos.

Él asintió y luego sonrió.

—Iremos a casa de mi padre. — dijo ella, más animada —Pero no estaremos encerrados allí. Te llevaré a todos los sitios a los que acostumbramos ir, para que los

vayas reconociendo. También iremos a casa de tus padres y de tus hermanos, por supuesto. Así, poco a poco, recuperarás tu memoria, y te sentirás más fuerte.

Hugo asintió, mirándola con ternura y dijo:

—No me extraña que me enamorara de ti. Eres maravillosa.

Carolina sonrió y le respondió:

—¡Tú eres maravilloso!

Capítulo 11

Finalmente hicieron como habían dicho, y Carolina y Hugo se quedaron en casa del padre de ella, aunque dormían en habitaciones separadas.

Carolina no quiso detallar más la situación a su marido para no agobiarlo más, pero en realidad, todos estaban trastocados con aquellas circunstancias. Para empezar, el piso en el que vivía la pareja tuvieron que dejarlo por falta de dinero para alquilarlo. Además, como Hugo ya no trabajaba en la clínica privada, era una cuota menos con la que contar para los gastos de la clínica de beneficencia. Y como tampoco estaba apto para dar cursos, el padre de Carolina y Carlos se vieron forzados a trabajar un poco más y a reducir las consultas de beneficencia. Sin embargo, la buena voluntad de todos, pudo hacer que la situación se sobrellevara más o menos bien.

Por otro lado, Carolina declaró que durante un tiempo ella no podría atender la recepción de la clínica de beneficencia. Nicoleta se ofreció a hacerlo de nuevo, mientras el embarazo se lo permitiera.

Carolina enseguida empezó a acompañar a Hugo en paseos por la ciudad. También visitaban a menudo a sus padres y a sus hermanos, así como a Carlos y Nicoleta y a Anastasia y su Hugo.

Poco después, Esteban les dijo que había recibido una llamada de la policía en la que le habían informado que tenían a un sospechoso del atraco. La mayoría de los testigos voluntarios lo habían señalado en una rueda de reconocimiento. Pero aún faltaba que Hugo lo reconociera. Hugo le dijo a su hermano que él no recordaba nada del atraco, por lo que le era imposible reconocerlo. Esteban le contestó que tal vez cuando lo viera lo reconocería, y que si los testigos lo habían identificado, no tenía que tener ninguna duda. Sin embargo Hugo le respondió que necesitaba más tiempo, por lo que de momento el asunto se quedó en suspenso.

Y Hugo tenía razón, porque a medida que los días iban pasando, el joven iba teniendo ráfagas de recuerdos, cada vez más frecuentes. Como consecuencia de ello, él fue perdiendo paulatinamente el miedo, mientras que iba afianzando su seguridad.

Poco a poco Carolina también comenzó a explicarle a su esposo técnicas de relajación, y de meditación con el "Gate, gate…" para que pudieran ayudarle a sentirse mejor. Y realmente le ayudaban. Más tarde, conforme lo veía más seguro de sí, también le fue explicando acerca de la multiplicidad psicológica y de la autoobservación de sí mismo. Hugo le escuchaba siempre muy atento. Y cuando él se lo pidió, ella le reveló la técnica de disolución del ego.

Por último, le explicó una práctica de desdoblamiento astral y le contó que a veces se veían en el mundo astral, si lograban mantener la conciencia despierta. Eso le provocó al joven un gran incentivo para investigar en ese campo.

De esta manera, la relación entre ellos fue afianzándose.

Y por fin, después de dos meses, llegó un día en el que Hugo le dijo que quería ir a la clínica para empezar de nuevo a aprender, lo que era la Nueva Medicina Germánica.

Carolina lo llevó encantada y él también se veía contento.

Cuando entraron en la clínica, Hugo empezó a recordar más cosas.

Nicoleta estaba en la recepción y los saludó.

Carolina se puso a hablar con ella, mientras Hugo echaba un vistazo por un lado y por otro, y leía los folletos que tenían sobre una estantería.

De repente, Nicoleta se puso blanca y miró con cara de susto a Carolina. Luego miró hacia abajo y le dijo a su cuñada:

—Caro, me parece que ya estoy de parto.

—¿Qué?— exclamó Carolina.

Hugo las miró desde donde estaba y preguntó:

—¿Qué ocurre?

Nicoleta lo miró y le contestó:

—Estoy teniendo una contracción y creo que estoy empezando a romper aguas.

Hugo se sorprendió y su cara se transformó. Entonces dijo acercándose a ella:

—No tengas miedo. Respira profundo y no te tenses. Ven, siéntate.

Nicoleta le obedeció y le contestó:

—No te preocupes, Hugo. Sé lo que tengo que hacer.

—Muy bien.— respondió él sonriendo —Entonces voy a llamar a un taxi y nos vamos tranquilamente al hospital. También habría que avisar a Carlos.

—Pero él está ahora en medio de una consulta.— dijo Nicoleta —Como no corre prisa, deja que termine y luego vendrá al hospital.

—Bien, como quieras. —dijo Hugo —Voy a llamar al taxi. Prepárate, ¿vale?

—Sí. — respondió ella.

—Hadita, — dijo Hugo — vas a tener que quedarte tú en la recepción.

Carolina, que había estado observando atentamente a Hugo en su comportamiento, notó un fuerte cambio al ver que estaba actuando con la naturalidad propia de él, como él siempre había sido antes del accidente. Pero cuando él la llamó "hadita", se emocionó y se fue corriendo a abrazarlo.

Él se quedó sorprendido y le dijo riéndose:

—¿Qué haces, hadita? ¿A qué viene esto?

Ella siguió abrazada a él y le contestó:

—¡Me has llamado hadita! ¿No te das cuenta?

Entonces Hugo reaccionó y se quedó paralizado. Luego dijo:

—¡Es cierto! ¡No sé por qué me ha salido llamarte así!

—Pero no es sólo eso, Hugo. Es que has estado actuando como siempre has sido tú.

El joven se quedó pensativo y después respondió:

—Tienes razón. De repente me he sentido muy bien. Creo que ha sido una mezcla de verme en la clínica, con todo esto que me ha resultado tan familiar, y ver a Nicoleta en apuros. De pronto, me he sentido en mi sitio y sabía qué tenía que hacer.

Luego miró a su mujer sonriendo, y le dijo:

—Todo esto es gracias a ti y a tu magia, mi pequeña hada.

Carolina se puso a llorar de la alegría: por fin Hugo estaba bien. Y él se rio, mientras la abrazaba.

—¡Chicos, perdonadme!— dijo Nicoleta, poniendo cara de dolor —Pero creo que será mejor que yo me vaya yendo ya al hospital.

Carolina se rio, mientras se secaba las lágrimas con la mano.

—Sí, es verdad, perdónanos.— dijo. —Es que he estado esperando este momento mucho tiempo.

—Lo comprendo. — contestó Nicoleta — Hugo, no hace falta que vengas conmigo, yo…

—No, Nicoleta. No te preocupes. Te acompaño. Sé que Carolina lo comprende y ya lo celebraremos después, ¿a que sí, hadita?

—Claro que sí. — respondió Carolina —¡Anda, Hugo!, ¡no te retrases más y llama al taxi, si es que no quieres ayudar tú a Nicoleta a dar a luz a su bebé!

—Creo que mejor llamo al taxi.— respondió Hugo, riéndose.

Minutos después, Nicoleta y Hugo se marchaban al hospital y Carolina se quedaba en la recepción.

Al cabo de casi una hora, Carlos terminó la consulta. Carolina le contó todo lo ocurrido, y después se marcharon los dos al hospital.

Varias horas después nació la bebita de Nicoleta y Carlos. Tanto la madre como la hija se encontraban muy bien y todos estaban muy contentos.

Pero Carolina estaba doblemente dichosa: Hugo ya estaba prácticamente bien.

Aquella noche, después de dos meses, ella y su esposo volvían a dormir juntos.

Capítulo 12

A pesar de que Hugo parecía haber recuperado la mayor parte de la memoria en relación con los acontecimientos y las personas que conocía, lo que sí era evidente es que sus conocimientos médicos habían resurgido totalmente y de forma innata de su subconsciente.

Sin embargo, a partir del siguiente día, Hugo comenzó a ir a la clínica de beneficencia y a asistir al curso que se estaba realizando en esos días y también como observador a las consultas de Carlos y de su suegro, con el objetivo de ponerse al día.

Como Nicoleta estaba ahora con su bebé, Carolina volvió también a la clínica de beneficencia para atender la recepción. De manera que poco a poco se fueron reincorporando tanto ella como él a su anterior ritmo de actividades.

Pocos días después, Carolina sintió molestias en su seno derecho. Al mirarse vio que tenía una zona bastante roja y al palparse, notó que la mama estaba bastante dura.

La joven se acordó de su madre cuando también tuvo un problema en la mama, después de que ella tuviera la tuberculosis.

Y así se lo comentó a Hugo.

Éste la miró con ternura y le dijo:

—Hadita, lo has pasado muy mal conmigo, ¿verdad?

Ella suspiró y respondió:

—Bueno, no puedo decir que no. Pero afortunadamente todo eso ya ha pasado.

—¡Ahí está!— contestó él —Por eso ahora está dando la cara, porque ya has solucionado el conflicto.

—Sí. Lo entiendo. Pero dime, ¿entonces esto es por la preocupación que tenía por ti?

—Si es lo que pensamos, no exactamente por la preocupación.— contestó Hugo —Por deducción, pienso que la inflamación debe de venir de los conductos mamarios, y el conflicto que has debido tener ha sido el de separación o de miedo a la separación. Si la inflamación fuera de las glándulas mamarias, sería distinto porque el conflicto sí habría sido de preocupación, o de disgusto o pelea conmigo o con otra persona. Pero en ese caso, la inflamación indicaría conflicto activo, ya que las glándulas mamarias pertenecen al grupo de tejidos dirigidos por el mesodermo antiguo. Bueno, ya sabes que según qué capas embrionarias, en la fase activa hay proliferación celular o ulceración y en la fase de curación ocurre todo lo contrario, ¿no?

—Sí, ya lo sé.— dijo Carolina.

—Y ahora no tienes ningún conflicto activo de pelea o preocupación, ¿o sí?

—No, ahora no.— contestó Carolina riéndose.

Hugo sonrió.

—Pero seguramente que cuando he estado con la amnesia tenías miedo de que nos separáramos o algo así, ¿no?

Carolina se quedó pensativa unos segundos y luego dijo:

—Al principio sí sentí que la amnesia te había separado de mí. Luego, a medida que empezaste a tener recuerdos, tenía la esperanza de que pudiéramos volver a estar juntos. Aunque, tengo que reconocer que a pesar de que ibas haciendo bastantes avances, en algunos momentos, echaba mucho de menos poder abrazarte y que tú me abrazaras y me consolaras como siempre has hecho.

Hugo se acercó a ella y le abrazó con ternura. Y ella se abrazó a él, con fuerza.

Luego se separaron y él le dijo:

—Pero en algún momento has tenido que solucionarlo completamente, ¿a que sí?

—Creo que fue en el momento en que volviste a llamarme "hadita". Sentí de nuevo que todo volvía a la normalidad.

Hugo sonrió y le dijo:

—Sí, pero además recuerda que esa misma noche volvimos a dormir juntos.

—Es cierto.— contestó Carolina. —Tal vez eso lo solucionó por completo. Pero creo que cuando me llamaste "hadita" lo empecé a solucionar, porque cuando lo dijiste, me di cuenta de lo mucho que había echado de menos que me llamases así. ¿Te acuerdas que hasta lloré de la alegría?

Él se rio y contestó:

—¡Sí, es verdad!—

—Bueno, — dijo Carolina —pero y entonces ¿ahora qué hago con respecto a esto del pecho?

—¿Puedes soportar las molestias?— le preguntó Hugo.

—Sí. Me duele un poco, pero es soportable.

—Mientras lo puedas soportar, no haremos nada. Pero si ves que te encuentras muy mal, ayudaremos un poco rebajando la vagotonía quizás con vitamina C o con café. En fin, ya veremos. Tú me vas diciendo cómo te encuentras y vemos si es necesario darte una ayudita para suavizar un poco la fase de curación.

—De acuerdo.— contestó Carolina —¡Qué bien que ya te acuerdas de todo esto de la nueva medicina! ¡Finalmente hemos vuelto a la normalidad!

Él sonrió.

INTERMEDIO

A la mañana siguiente, el teléfono sonó temprano: Anastasia estaba de parto.

Aquella tarde, nacía un nuevo miembro de la familia: otra niña tan bonita como su primita.

Todo salió muy bien y todos estaban muy contentos.

El padre de la "recién dada a luz" le propuso irse unos días a su casa, para ayudarla en los primeros días, pero el marido de Anastasia le dijo que tenía tres semanas de baja por paternidad y que entre ellos iban a apañarse estupendamente. Se veía que él estaba radiante de alegría y tenía unas ganas enormes de estar con su hijita.

También Carlos estaba dichoso con su bebita, pero él no pudo tomarse tantos días libres por las condiciones en las que estaban.

Precisamente esta situación hizo a Hugo dar el paso de comenzar de nuevo a pasar consulta. Tanto en la privada como en la benéfica. Y una vez pasado el primer día, el joven estaba completamente seguro de que todo marchaba como antes del "accidente".

De manera que Carlos pudo tomarse un poco más de descanso para compartir con Nicoleta las primeras semanas de su preciosa hija.

Un mes después Carolina y Hugo volvieron a alquilar el piso que tenían antes, pues por suerte aún seguía libre. Lo cual hizo mucho más fácil la adaptación del joven.

Con Hugo, Carlos y el padre de éste pasando consultas y Carolina en la recepción, todo continuó marchando sobre ruedas.

Carolina y Hugo comenzaron de nuevo a ahorrar un poco para poder abrir la academia. Aunque ella decía que se encontraba muy a gusto en la clínica.

Por otro lado, ellos dos continuaban su trabajo psicológico, conociéndose a sí mismos, cada vez con más profundidad.

Ciertamente aún había cosas que Hugo no recordaba, pero no eran indispensables para llevar una vida normal. A todo el mundo le pasa que hay muchas cosas de su vida que no recuerda, sin ninguna consecuencia en su presente. Y algo así es lo que le ocurría a Hugo.

Pero reanudando la práctica de retrospección de su vida, logró recuperar muchas escenas de su vida, que incluso antes del atraco, no recordaba.

Poco a poco, con la tenacidad de ponerse cada día, fueron logrando los dos, llegar a recordar situaciones vividas por ellos cuando tenían tres, dos, un año…

Un día Carolina recordó verse metida en la cuna, más o menos con un año:

Su madre se acercó hasta ella y mirándola con mucha ternura la cogió en brazos. Luego la llevó hasta el salón y allí la sentó en la trona. Luego su madre se sentó frente a ella y empezó a coger con una cucharita, del puré que tenía en un plato sobre la mesa.

Ella empezaba a comer, mientras miraba a su madre, y sentía que el puré tenía un sabor agradable. Luego vio a uno de sus amigos. Se trataba de un pequeño gnomo. Era el elemental de una planta que había colocada a su derecha, como a un metro de

distancia. El gnomo volaba y hacía volteretas en el aire. También le hacía cucamonas, y ella le seguía con la mirada y se reía, pues le hacía mucha gracia.

Su madre al verla reír, también se reía.

Luego llegaron sus hermanos. Éstos, que por entonces no debían tener más de siete y ocho años, se acercaban a ella y jugaban con las manos y le cantaban canciones. A Carolina le gustaba verlos hacer esos gestos y cantarle y también se reía por ello.

Después, su madre la ponía un ratito en una alfombra colocada en el suelo rodeada por una valla de colores que a ella le parecía enorme. Entonces Carolina se agarró a la barrera y se puso de pie y comenzó a andar agarrándose a ella. La niña miraba por encima de la valla y veía a Eloisa poniendo en una mesa altísima, platos y vasos.

Luego llegó su padre. Habló algo con su madre, y luego se acercó a Carolina, la cogió amorosamente, y le abrazó y le dio un beso. Ella se sentía muy bien en los brazos de su padre.

Hasta ahí llegaba su recuerdo. Carolina sonrió mientras pensaba: "Qué amoroso era mi padre durante mis primeros años. Fue luego cuando se hizo más duro. Pero creo que todo aquello era una fachada, pues ahora sé que siempre me ha querido mucho. Durante muchos años creí que quería más a Carlos y a Anastasia, pero estaba equivocada. Es cierto que ha sido muy severo y con esa personalidad tan fuerte, pero en el fondo, siempre me ha querido. Lo que pasa es que tal vez yo le salí un poco diferente de lo que él pensaba…"

Cuando más tarde Carolina se encontró con su padre en la clínica, ésta le sonreía, recordando aquellos años de cuando era tan pequeña.

Él se dio cuenta y le dijo:

—¿Qué estará pensando ahora esta niña? ¿Por qué te sonríes? ¿Qué estás tramando?

Ella se rio y le contestó:

—No estoy tramando nada. Es sólo que esta tarde me he acordado de cuando era muy pequeñita. Más o menos con un añito. Y me he acordado de que cuando regresabas de trabajar, te acercabas a mí, me cogías y me abrazabas con aquellos enormes brazos y me dabas un beso.

Él la miró sorprendido y luego reprimió una sonrisa y contestó:

—¡Conque unos enormes brazos!, ¿eh? ¡Será posible esta niña descarada! ¿De dónde sacas eso?

Carolina se rio y se acercó a él y le dio un beso y luego contestó:

—De mi memoria, papá. De mi memoria.

Él sonrió y le miró con ternura.

TERCER RETO

Pasado: Las secuelas del Ayer

Capítulo 1

Al día siguiente Esteban se acercó a la clínica.

Carolina lo recibió alegremente con un abrazo y un beso.

—¿Cómo está mi hermano? ¿Está ya completamente recuperado?— inquirió Esteban.

—Sí. Está como antes del accidente.

Su cuñado sonrió y dijo:

—Muy bien. Entonces ya podrá ir a hacer el reconocimiento.

Carolina lo miró extrañada.

—¿De qué hablas?— preguntó, riéndose.

—Pues está muy claro. Tiene que ir a reconocer a su agresor.

La joven se quedó pensativa y luego respondió:

—Ya no me acordaba de eso. Y creo que Hugo tampoco.

Esteban hizo un gesto de impaciencia.

—¡Sí!, ¡ya me lo imaginaba! ¡Por eso he venido en persona a recordárselo! ¡Eso tiene que arreglarlo ya! ¡Y que metan unos pocos años a ese delincuente en la cárcel!

—Sí, claro.— respondió Carolina, reflexiva. —Pero no sé si Hugo recuerda ya la cara de ese hombre.

—¡Pues si no se acuerda, tendrá que ir y comprobarlo! Además, ¿qué más da si se acuerda o no? Los testigos lo vieron. ¡Él solo tiene que decir sí, y ya está!

—Bueno, pues espera un poco a que salga y lo hablas con él.—dijo Carolina.

—Sí. Esperaré.— contestó Esteban.

Mientras esperaban, Carolina le preguntó por su mujer y por sus hijos y éste le estuvo contando con orgullo, lo bien que iba en sus estudios el mayor de ellos.

Poco después salió Hugo de la consulta, y su hermano le contó a lo que había venido.

Hugo se quedó callado de primeras y tras unos segundos dijo:

—El caso es que de eso todavía no me acuerdo.

—Tienes que ir allí.— dijo Esteban — Allí será donde te vendrá todo a la memoria.

—Sí, puede ser.— contestó Hugo.

—Además también tienen la grabación con todo lo que pasó y eso te ayudará a recordar.

—Es posible, sí.— contestó Hugo.

—Y si no llegas verdaderamente a recordar nada, ¡pues fíate de los testigos, y ya está!— añadió su hermano.

Hugo lo miró y dijo:

—No, eso no. Si yo no lo reconozco, no lo voy a acusar.

Esteban se quedó sorprendido por la respuesta de su hermano y con enfado le contestó:

—¡Pero entonces, ¿qué?! ¿Sólo por eso vas a dejar a un delincuente que ha estado a punto de matarte en la calle? ¡Hugo, no digas tonterías!

Mientras Esteban decía esto, salió de la otra consulta el padre de Carolina.

—¿Qué pasa aquí?— preguntó con autoridad.

Carolina se dio cuenta de que el paciente de su padre se había quedado mirándolos y rápidamente se acercó hasta él y apartándolo de allí con una sonrisa le dijo:

— No se preocupe, no pasa nada. Son cosillas de familia. Espero que le haya ido bien en la consulta.

El paciente hizo un gesto de comprender y contestó:

—¡Ah, sí! ¡Comprendo!

Y luego se despidió.

Carolina se dirigió a los otros tres y les dijo:

—¡Por favor, tened cuidado en el tono en el que habláis! Acordaos de que estamos en un lugar que sirve para ayudar a resolver conflictos, no a crearlos.

Los tres le miraron sorprendidos y Hugo se sonrió, mientras que su padre hizo un gesto con la cabeza de un lado a otro, al tiempo que contestaba:

—Esta niña sigue siendo tan respondona como siempre.

Sin embargo Esteban seguía enfadado.

—¡Bueno, Hugo!— dijo —¿Vas a ir o qué?

Hugo respiró profundo y respondió:

—Sí. Sí voy a ir.

Esteban asintió con la cabeza.

—Por supuesto que va a ir. — intervino el padre de Carolina —Ese hombre tiene que pagar por sus delitos.

—Iré contigo. — dijo Esteban.

Hugo lo miró y contestó:

—No es necesario. Puedo hacerlo solo.

—No me fío de ti.— respondió su hermano.

Hugo lo miró muy serio y le dijo:

—No es cuestión de que te fíes o no, de mí. Esto es asunto mío. Te agradezco que te hayas encargado de esto hasta hoy, pero ahora te libero de esa carga. A partir de este momento, tomo yo las riendas y haré lo que vea conveniente.

Esteban se quedó callado un momento y luego le contestó en un tono de disgusto:

—¡Eres un desagradecido! ¿Es que te crees que la única víctima aquí, has sido tú? ¿Es que te piensas que a los demás no nos ha afectado? —señaló a Carolina —¿Qué me dices de tu mujer? ¿Crees que ella no lo ha pasado mal? ¿Y papá y mamá? ¿Crees que estaban muy contentos viéndote tan mal? ¿Y Domingo y yo? ¿Acaso piensas que nos lo hemos pasado en grande con esto? ¿Y tu suegro y tu cuñado? ¿Es que no sabes que han tenido que trabajar casi el doble para poder cargar con tus gastos y los de la clínica que tú empezaste?

Hugo se quedó reflexivo y Carolina no pudo aguantar el tono en el que su cuñado le habló.

—¡Esteban, no tienes derecho a hablarle así a Hugo! El que seas su hermano mayor…

—¡Claro que tengo derecho!— le interrumpió su cuñado —¡Mi hermano me está diciendo que si no logra acordarse de ese tipo no lo va a reconocer! O sea que por un pequeño detalle lo va a dejar en libertad… para que siga atracando a la gente y algún día termine matando a alguien…

Hugo y Carolina se quedaron callados, reflexivos.

—Bueno, Hugo, —dijo el padre de Carolina — tu hermano lleva razón. Si lo recuerdas, mejor, pero si no, aun así debes señalarlo, puesto que seguro que es él. ¿No ves que los testigos lo han reconocido? Tienes que aceptarlo. No puedes dejarlo tan campante, sólo porque no le recuerdas. Y ten en cuenta que si de verdad no lo recuerdas es por culpa suya.

Esteban echó una carcajada irónica.

—¡Es que el tipo lo hizo muy bien!— dijo — Si no declaras en contra de él, ¡el atraco le ha salido redondo!

Entonces Hugo contestó muy serio:

—Voy a ir, sí. Haré lo que sea necesario para lograr recordar. Pero si no lo recuerdo, os digo que yo no lo voy a señalar. Y no insistáis, porque no voy a cambiar de opinión.

—Bueno,— intervino Carolina— pero ¿por qué discutís? A lo mejor lo recuerda y toda esta conversación está de más. No vamos a pensar en lo que puede pasar. ¿Para qué? Estamos haciendo una montaña de un granito de arena.

—Está bien. — dijo Esteban —Pero yo iré contigo.

—No. — contestó Hugo —Déjame hacer esto a mi manera. Voy a hacer lo que vea conveniente, estés tú o no estés tú. Así que no va a servir de nada que vengas conmigo.

Esteban resopló con cara de enfado y respondió:

—¡Está bien! ¡No se puede razonar contigo! ¡Haz lo que quieras! ¡Siempre lo has hecho!

El padre de Carolina miró de reojo a su hija, se sonrió levemente, y le dijo a Esteban:

—Es mejor que te conformes. No te sirve de nada enfadarte. Y te lo digo por experiencia...

Capítulo 2

Cuando Carolina y Hugo se encontraron a solas, ella le dijo a él:

—Hugo, yo sí voy a ir contigo.

Él se sonrió, como si le hubiera hecho gracia.

—¡Hadita, no me dirás que tú tampoco te fías de mí!

—No es eso. — aclaró la joven —Tengo plena confianza en ti y sé que vas a hacer lo correcto. Pero esta vez quiero ir contigo.

—No temerás por mí, ¿verdad?— le dijo él.

—Bueno, es cierto que durante bastante tiempo me he sentido un poco culpable de no haberte acompañado la otra vez…

—Pues no debes sentir eso, porque tú no tienes culpa de nada. Y no tengas miedo, que ahora tendré más cuidado y no me va a pasar absolutamente nada.

—Pero aun así, quiero ir contigo. — insistió Carolina.

Él la miró y le dijo:

—Bueno, vale. En realidad, a mí también me gusta que vengas conmigo.

Carolina se rio, contenta por las palabras de su amado.

Tres días después, los dos partían de nuevo hacia el norte del país para enfrentarse con un pasado reciente, en el cual habían vivido tantos sufrimientos.

El día anterior Hugo había llamado por teléfono al organizador del curso de Nueva Medicina que había comenzado cuando tuvo el percance. Éste se alegró mucho de ver que Hugo ya estaba bien y quedó con ellos en recogerlos en la estación.

Y allí estaba, cuando la pareja llegó.

Él abrazó a Hugo, emocionado, como si se tratara de un viejo amigo.

Carolina se reía.

—Gervasio, te acuerdas de Carolina, ¿no?— dijo Hugo.

—¡Pues claro que sí!— contestó él, y luego le dio otro abrazo a Carolina.

Hugo también se reía.

—¡No sabéis la alegría que me habéis dado, cuando me llamasteis ayer! — dijo Gervasio —Durante todo este tiempo he estado muy preocupado por lo que pasó. ¡Me sentí tan mal por no haberte acompañado aquel día! ¡Tenía que haber ido contigo!

—¡No te preocupes, hombre! ¡No es culpa tuya!— le dijo Hugo poniéndole una mano sobre el hombro —Además, si no recuerdo mal, tú tenías que atender a tu familia, por un problema que surgió, ¿no?

Gervasio se quedó pensativo y luego contestó:

—Sí. Es cierto. Y me lo he repetido muchas veces, pero aun así, no he podido evitar sentirme mal por ello.

—Bueno, pues ya está todo bien.— dijo Hugo.

—Sí, menos mal. — respondió Gervasio mirándolo con un gesto emocionado —¡Me alegro mucho de verte, de verdad! ¡Cada vez que me acuerdo de cuando te vi en el hospital!

—¡Pero no sigas dándole vueltas a eso, hombre!— le dijo Hugo —¡Eso ya está más que pasado!

—Está bien. ¡Bueno, venga, venid a casa a comer! Mi madre está esperándonos.

—Pero, ¿por qué os habéis molestado?— dijo Carolina —Nosotros no queremos…

—¡No faltaba más!— exclamó Gervasio —¡Tenéis que venir! ¡Mi madre es muy buena cocinera!

Carolina y Hugo aceptaron, y los tres se encaminaron hacia la calle.

Carolina se fijó en que Gervasio cojeaba un poco, y al mirar a Hugo vio que éste también se había dado cuenta.

Luego Gervasio llamó a un taxi y los tres se montaron en él.

Carolina se quedó pensando: "La otra vez que vinimos él tenía coche. ¿Por qué habrá cogido un taxi?... ¿Será por lo mismo que cojea?"

Luego miró a Hugo y éste la miró a ella, con un gesto de estar cavilando algo. Pero ninguno de los dos dijo nada, de momento.

Gervasio les estuvo enseñando las distintas zonas por las que pasaban y enseguida llegaron a su casa.

Los padres de Gervasio les esperaban y les acogieron con gran amabilidad.

Después de comer, durante la sobremesa, la madre le dijo a Hugo:

—Conociendo a mi hijo, como lo conozco, estoy segura de que no te ha hablado de su problema en la pierna.

Hugo miró a Gervasio, y éste, que parecía sorprendido, regañó a su madre:

—¡Madre! ¡Tú qué tienes que hablar!

—Ya me he dado cuenta de que andabas con cierta dificultad. — intervino Hugo —Pero no te he dicho nada porque esperaba estar a solas contigo.

—¡Pues claro!— contestó Gervasio —Perdona Hugo, pero es que mi madre no se ha enterado todavía de que tengo ya treinta años y que soy lo suficientemente mayorcito para arreglar mis cosas.

—¡No te pongas así, hijo!— dijo su madre, con pena —Estoy preocupada por ti y como me has hablado tan bien de este médico, no he dudado en preguntarle. Pero si luego vais a hablar a solas, me callo.

Gervasio miró a su madre con mala cara.

—No te enfades con tu madre.— intervino Carolina —Es normal que ella se preocupe y mire por ti. Y a Hugo no le importa, ¿a que no?— dijo mirando a su esposo.

—No, por supuesto que no. Si quieres hablamos un ratito aparte.

Gervasio le miró y le contestó:

—Está bien, Hugo. Te lo agradezco mucho. Iremos a mi dormitorio. Allí tengo un pequeño despacho y estaremos bien.

Los dos se levantaron y se marcharon.

—¿Entonces tu marido ya se encuentra bien del todo?— preguntó el padre de Gervasio.

—Sí. Ya está bien. — contestó Carolina.

—¡Qué bien!— dijo la madre —Gervasio lo ha pasado muy mal con eso. Él no me lo decía, pero yo lo notaba. Cuando nos contó lo sucedido, vi que estaba realmente conmocionado. Y luego lo he visto muy preocupado y pensativo. Y encima está el

problema que ha tenido en la pierna. Yo no sé, pero va a ser cierto que las desgracias no vienen solas.

—¿Y qué es lo que le ocurre en la pierna?— se interesó Carolina.

—El médico dice que tiene un principio de… ELA o algo así.— dijo la madre.

—Esclerosis lateral amiotrófica.— especificó el padre.

—Bueno, pues eso.— continuó la madre —Pero el médico me explicó que es… un problema muscular. Dicen que eso es una enfermedad degenerativa y que al final terminará en una silla de ruedas hasta que… En fin, hija, ¡tú dime a mí si no es para estar preocupada!

—Sí, le comprendo muy bien.— contestó Carolina — Pero creo que Hugo puede ayudarle mucho. Yo tuve una leucemia y Hugo me enseñó que aquello no era tan malo como los médicos dicen. Y también me enseñó que la naturaleza es sabia y que cuando uno tiene una enfermedad, en realidad el cuerpo le está diciendo algo que tiene que ver con cómo es uno y cómo se toma las cosas. No te preocupes, en serio. Estoy segura de que la conversación que están teniendo, va dar sus frutos y Gervasio se va a curar muy pronto.

La madre de Gervasio la miró emocionada y su padre también la escuchó muy atento.

—¿De verdad crees que se puede curar?— preguntó él.

—No perdáis la esperanza, pues los conocimientos de mi marido están basados en unos descubrimientos científicos de hace más de 30 años. ¿No os estoy diciendo que yo tuve una leucemia y me estáis viendo aquí, como si nada? Creo firmemente que lo mismo va a ocurrir con Gervasio. Ya lo veréis.

Capítulo 3

Un par de horas más tarde, Hugo y Gervasio salieron de la habitación. Éste último estaba muy sonriente.

Su madre lo miró y dijo:

—Hijo mío, parece que sales muy contento. ¿Tan bien te ha ido?—

—Sí, madre. Ya sé a qué ha venido esto de la pierna y también sé que he comenzado a curarme.

—¿Pero cómo?— exclamó ella asombrada — ¿Así de repente?

—Sí, madre.— contestó él, riéndose — ¡Así de repente!

Hugo se rio y Carolina también.

—Lo que pasa es que hemos hallado cuál es la causa de la parálisis de mi pierna.— explicó Gervasio —Y conociendo la causa, enseguida lo he solucionado. De hecho, lo he solucionado antes incluso de conocer la causa. Lo he solucionado en el momento en que he visto a Hugo, y que se encontraba bien.

Sus padres se quedaron extrañados.

—A ver, explícanos eso. — dijo el padre.

Los dos jóvenes se sentaron y Gervasio empezó a explicar:

—Pues la atrofia comenzó en el momento en que me enteré que Hugo había sido atracado y que como consecuencia había estado en coma durante varias horas, y cuando despertó estaba amnésico. Para mí eso fue un shock muy fuerte que me pilló de sorpresa y además a solas. Entonces lo primero que pensé es que si yo hubiera ido con él, aquello no habría pasado. Según he aprendido con la Nueva Medicina Germánica, de la que empezamos a hacer el curso, y además Hugo me lo ha vuelto a recordar, aquel shock impactó a la vez en mi psiquis, en el cerebro y en un órgano, dependiendo de lo que yo sentí en ese momento. Entonces empecé lo que se llama en la Nueva Medicina la fase activa del conflicto, en la cual se me ha producido, entre otras cosas, la atrofia muscular de la pierna derecha.—

Sus padres lo miraron asombrados.

Gervasio se rio y dijo:

—Hugo, explícaselo tú mejor, anda.

Éste sonrió y asintió.

—Como Gervasio ha explicado, en el momento en que se enteró de mi estado, comenzó un conflicto, pues él sintió que tenía que haber ido conmigo, que tenía que haberme acompañado. Entonces se alteró la función motora de la musculatura estriada de su pierna, desarrollándose una parálisis paulatina. A lo largo de estos meses, como no me veía, a veces se olvidaba y es como si de alguna manera solucionara el conflicto. Pero si en algún momento algo le recordaba lo que me ocurrió, por ejemplo cuando pasaba cerca del hospital o cuando cogía el metro, volvía a acordarse y a activar el conflicto y entonces el proceso volvía a comenzar. Ahora bien, en el momento en que él y yo nos hemos vuelto a encontrar y ha comprobado que yo me encontraba bien, ha solucionado totalmente su conflicto y ha pasado realmente a la segunda fase que es la fase de curación. Ahora será cuando le vendrán otra serie de síntomas, entre ellos dolor, cansancio, y una intensificación de la parálisis temporalmente, pero él sabe que

todos esos síntomas indican un signo positivo de curación, pues eso le encamina hacia la normalidad.

Los padres se quedaron asombrados con la explicación.

—Es decir que es posible que ahora pase unos días un poco difíciles, pero no se deben preocupar. Él ya se está curando. Y olvídense por completo de que tiene una enfermedad degenerativa. Ya le he dado yo algunas indicaciones y además podéis llamarme tanto él como vosotros, todas las veces que queráis.

—¿Es cierto eso?— dijo el padre —¿De verdad Gervasio se está curando?

—Sí. Eso es.— respondió Hugo.

—¿Pero entonces su enfermedad era debida a algo psicológico?— preguntó el padre.

—Bueno, no.— dijo Hugo —En realidad la enfermedad es sólo un programa biológico especial de la naturaleza que se activa a partir de una situación que nos pilla a contrapié y que tiene como fin ayudarnos a resolver el problema del momento. Ese programa se desarrolla en dos fases, siempre y cuando exista la solución del conflicto: la fase activa del conflicto y la fase de curación. Tanto una fase como otra tienen un orden preciso y por supuesto tienen un propósito biológico. Hay órganos o tejidos o funciones en los que el propósito biológico de la naturaleza se descubre durante la fase activa, pero también hay otros en los que se comprende en la fase de resolución. En el caso de Gervasio, él sintió que como no pudo acompañarme, por ello no pudo ayudarme, por lo cual el músculo comenzó a atrofiarse, como diciendo "si no he usado ese músculo cuando ha hecho falta ¿para qué lo quiero?". Pero en la segunda fase que es la que acaba de comenzar, el músculo de su pierna dejará de atrofiarse y se regenerará hasta el punto incluso de tener el músculo más fuerte que antes, como diciendo: "si hace falta, la próxima vez tendré más fuerza para acompañarle".—

—¡Ah, ya entiendo!— dijo el padre.

—Claro, hay que entender que el cerebro juega un papel muy importante en todo esto. Bueno, tanto la psiquis, como el cerebro, como el órgano. Todos van al mismo tiempo. En el momento en que se entra en conflicto activo, el programa biológico discurre en los tres, a un tiempo. Y cuando se soluciona y se entra en la fase de curación, también se ponen en marcha los tres: la psiquis, el cerebro y el órgano.

—¿Y por qué la parálisis le ha afectado sólo a la pierna derecha y no a las dos o a la izquierda?— inquirió la madre.

—Eso es porque en este tipo de conflictos, y también en muchos otros, primeramente es importante conocer la lateralidad biológica de la persona. Es decir si es diestro o zurdo. Luego hay que tener en cuenta que una persona diestra responde a un conflicto relacionado con su madre o con su hijo, en el lado izquierdo del cuerpo. Mientras que si el conflicto tiene que ver con la pareja, con el padre, con amigos, con compañeros de trabajo, etc… es decir con cualquier otra persona que no sea ni su madre, ni sus hijos, entonces lo que se verá afectado será la parte derecha del cuerpo. Si fuera zurdo sería al contrario: madre e hijos en el lado derecho y todos los demás en el lado izquierdo. Como Gervasio es diestro, le ha afectado a la pierna derecha porque el conflicto que ha tenido estaba relacionado conmigo, un amigo, un colega. ¿Comprende?

—Sí.— contestó la madre.

—¡Así que ya sabéis, no os preocupéis más!— dijo Gervasio a sus padres —Ahora me estoy curando. — y mirando a Hugo y a Carolina —¡Que suerte el día que os conocí! ¡Qué suerte haber conocido este enfoque de la medicina!

Hugo sonrió y Carolina también.

Capítulo 4

Poco después Carolina y Hugo se dirigieron a la comisaría para informarles que Hugo ya estaba en la ciudad para hacer el reconocimiento de su agresor. Sin embargo, también les advirtió que él aún no recordada nada del atraco y les pidió un día para intentar recorrer los lugares por los que había ido el día de autos, con la intención de intentar traer a su memoria lo ocurrido aquel día. Y ellos aceptaron, pues entendían que lo más lógico era que él recordara la cara de su agresor.

Para ayudarle un poco más, le enseñaron la grabación en la que se veía todo lo ocurrido aquel día en el metro.

Carolina también acompañó a Hugo.

En la grabación se veía el andén del metro, en el que se encontraba una señora con un niño. Después llegó Hugo con un bolso tipo mochila al hombro, y se sentó en uno de los asientos. Luego llegaron dos jóvenes hablando, y detrás, una chica sola que parecía estar escuchando algo en sus auriculares. Unos segundos más tarde apareció un hombre que andaba cabizbajo. Éste se sentó en otro asiento, mirando hacia el suelo y luego se llevó la mano a la cabeza, como en un gesto de desesperación. Hugo pareció darse cuenta y se quedó mirándolo.

De repente el hombre levantó la cabeza y miró a Hugo. Entonces Hugo miró hacia el frente y se levantó y se acercó al borde del andén. El hombre se quedó quieto un momento, con la vista fija en Hugo, y de repente, de forma impulsiva, se levantó, se dirigió hacia él, y al acercarse, Hugo lo miró. El hombre se quedó mirándolo cara a cara también unos segundos y luego le agarró la mochila para quitársela. Hugo hizo un gesto para retenerla, pero entonces el hombre con una mano le empujó y con la otra tiró de la mochila. Hugo hizo un gesto reflejo, como para retener el empuje, echando un pie hacia atrás, pero parte del pie encontró el vacío, pues el joven se encontraba en el borde del andén, y como consecuencia cayó a la vía.

Entonces el hombre, sorprendido, se quedó un momento mirando a Hugo, pero al ver a los otros viajeros que se acercaban rápidamente hacia él, salió corriendo hacia el otro lado.

El policía paró la grabación y le preguntó a Hugo:

—¿Recuerda todo eso?

Hugo se quedó pensativo y negó con la cabeza. Luego miró a Carolina y ésta lo miró a él, expectante.

—No. No recuerdo nada. — dijo Hugo —Tal vez es porque no lo estoy viendo desde la misma óptica en que lo viví.

El policía lo miró con un gesto de fastidio.

—Lo siento.— se disculpó Hugo —Ya sé que llevan con este caso bastante tiempo, pero es que no puedo recordar nada.

El policía resopló y contestó:

—¡Bueno, qué le vamos a hacer!

—¿Podría poner la grabación otra vez?— dijo Carolina.

—Sí, claro. — contestó el policía.

Y volvieron a ver toda la escena.

Cuando llegaron al punto en el que el agresor huía, el policía volvió a cortar la grabación.

Carolina le dijo:

—Por favor, déjela un poco más. Quisiera ver algo.

El policía la miró y contestó:

—Sí. Está bien.

Y puso de nuevo la grabación.

Entonces se vio cómo los otros viajeros se acercaron corriendo a ver a Hugo que estaba tendido en la vía. Los dos jóvenes se tiraron a la vía y cogieron rápidamente el cuerpo de Hugo y lo pusieron sobre el andén. La señora, la chica y otro hombre que había llegado después, desplazaron el cuerpo un poco más alejado del borde, mientras los jóvenes subían al andén. Segundos después llegaba el tren.

Hugo miró a Carolina y exclamó:

—¡Vaya! ¡Por los pelos! ¡Tengo que darles las gracias a esos chicos!

Ella, bastante impresionada, contestó:

—¡Sí!, ¡es cierto!

—¿Habría alguna posibilidad de contactar con ellos?— preguntó Hugo al policía.

—Sí, claro. Ellos dejaron sus teléfonos, al igual que el resto de las personas que allí estaban. Ellos son testigos y reconocieron al sospechoso.

—Pero entonces, si tienen esta grabación, realmente no necesitan mi declaración, ¿no?

—En realidad, sí. — contestó el policía —En la grabación, no se ve bien la cara, como habrán podido comprobar. Y ellos lo vieron de lejos. Dan bastante seguridad, pero también reconocen que todo fue muy deprisa y que no habían llegado a fijarse bien en su cara. Y aunque todos han coincidido en la misma persona, no dan una seguridad del cien por cien. Usted es el que lo vio de frente muy claramente.

—Ya veo. — dijo Hugo, pensativo.

—Perdone, — intervino Carolina —¿podría poner de nuevo la grabación hasta el final?

El policía la miró, esta vez, con cierto fastidio y contestó:

—Sí, claro.

Y por tercera vez vieron la escena hasta el final.

Entonces Carolina le dijo a su marido:

—Hugo, ¿te has fijado en lo que hace ese hombre cuando huye?

Él la miró y negó con la cabeza.

—No, no me he dado cuenta.

—¿Podría poner de nuevo esa última parte?— pidió la joven.

El policía la puso y entonces vieron que el ladrón, al huir, cuando se encontraba algo más lejos, miró hacia atrás y se quedó parado un momento, mientras veía cómo los dos jóvenes se tiraban a la vía para recoger a Hugo. El hombre dio unos pasos hacia ellos y luego volvió a pararse mientras presenciaba cómo los muchachos subían al herido hasta el andén y los demás lo retiraban del borde.

Luego alguien bajó por la escalera, y el hombre se dio cuenta, y volvió a mirar en dirección al andén y después se dio a la fuga rápidamente.

Hugo miró extrañado a Carolina y dijo:

—¿Por qué se paró? ¿Y por qué echó marcha atrás?

Carolina asintió y respondió:

—Eso mismo me pregunto yo.

El policía los miró y dijo:

—Tal vez quería comprobar si seguía vivo.

—¿Pero por qué?— preguntó Hugo. —Si es un delincuente habitual, eso seguramente no le importa demasiado.

—Bueno, desde luego nosotros todavía no lo tenemos fichado. Pero está claro que él sabe que si lo detenemos, no es lo mismo un robo que un homicidio.

—Tal vez. —dijo Hugo, pensativo —Pero por lo que he visto en la grabación, él no me tiró a la vía. Fue un accidente.

El policía lo miró con extrañeza y luego contestó:

—Aclaremos una cosa: si él no le hubiera empujado, usted no habría caído. Luego habría que demostrar si él tenía, o no, la intención de que cayese.

Hugo se quedó pensativo y luego miró a la joven.

—Carolina, por mí, es suficiente. ¿Tú quieres decir o ver algo más?

—No. — contestó ella.

—Entonces, vámonos ya. —dijo Hugo— Mañana iremos a la estación directamente y veré si allí logro recordar algo.

Capítulo 5

Desde la comisaría, Carolina y Hugo se fueron directamente, en un taxi hasta el hotel. Se trataba del mismo hotel en el que se habían alojado la vez anterior.

Hugo empezó a tener ráfagas en su memoria al hablar con el recepcionista, y así se lo dijo luego a Carolina, cuando estuvieron a solas.

—Hugo, — le dijo ella —he estado pensando, y me pregunto si cuando estemos en la estación del metro te viene el recuerdo, si eso no te causará algún conflicto nuevo.

El joven se quedó reflexivo.

—Pues… no lo sé. No se me había ocurrido.

—Bueno, por si acaso, yo voy a estar todo el rato muy pegada a ti. Así, al menos no te sentirás solo.

Él se rio y la abrazó, diciendo:

—¡Vale! ¡Ésa idea me gusta!

Ella sonrió, al ver cómo se lo tomaba él.

—¡No, en serio!— continuó Hugo, con gesto divertido —¡Con la magia de mi pequeña hada, no hay nada que temer!

—Te lo estoy diciendo de verdad. —insistió Carolina —Puede que cuando lo recuerdes, y te vuelvas a sentir agredido, conflictues.

—Bueno, hadita, — respondió él, mirándola sonriendo — haré lo posible por estar en alerta interior y no identificarme con ello. ¡No te preocupes por eso, en serio!

Ella sonrió también y asintió.

—Pero… — añadió Hugo, riéndose otra vez — ¡tú, de todas maneras, pégate a mí!

—¡Qué tonto eres!— le contestó ella, riéndose y abrazándose a él.

Después de dejar su equipaje en la habitación, se fueron a cenar al restaurante del hotel. Mientras comían, Gervasio les llamó para preguntarles cómo les iba y Hugo le contó un poco lo que pasó en la comisaría. Luego Gervasio les dijo que le encantaría acompañarles al día siguiente, aunque se encontraba bastante cansado y que pensaba que ya estaba en acción la fase resolutiva de su conflicto, por lo que le venía mejor descansar.

—Por supuesto. —le dijo Hugo— Ahora tú debes escuchar tu naturaleza y ella te pide reposo. Hazle caso y no te preocupes por nosotros. Además, —continuó, mirando a su mujer, con una media sonrisa— yo ya voy suficientemente protegido. Carolina es mi mejor guardaespaldas.

Ella se rio.

Hugo se despidió de Gervasio y la pareja continuó comiendo, con una alegre conversación.

Más tarde, cuando se acostaron, comentaron entre ellos que habían logrado muchos avances en la práctica de retrospección, pues los dos habían llegado a tener recuerdos de cuando tenían algunos meses. De manera que, muy animados, decidieron continuar con aquella práctica.

Entonces Carolina cerró sus ojos, se relajó, pidió ayuda y luego se puso a hacer la retrospección, continuando por donde lo había dejado la última vez.

Así, concentrada en los últimos recuerdos, fue dejando que el sueño le fuera viniendo. Y poco a poco su subconsciente empezó a sacar nuevos recuerdos:

Ella era sólo una bebita con pocas semanas. Se encontraba en los brazos de su madre. Ésta la miraba amorosamente y cuando sacó su mama, Carolina empezó a succionar la leche materna. Al mismo tiempo miraba a su madre, con la que se sentía segura, y feliz. Le parecía un ser maravilloso. Poco a poco la calidez que le provocaba la leche, le hizo cerrar los ojitos…

Luego le vino otro recuerdo. Pero éste era muy distinto:

Se encontraba en una habitación con poca luz. Estaba acostada y se sentía muy débil. Apenas podía abrir los ojos, pero al hacerlo, vio a la hermana superiora a su derecha, y al médico y a otra hermana, al otro. Un poco más retiradas, al fondo de la celda había tres monjas más. Estaban rezando en voz muy baja. Ella se estaba muriendo.

Entonces llegó el cura que atendía a la orden, para darle la extremaunción. Pero ella se sentía demasiado débil y apenas podía escucharle, hasta que después de una última exhalación, sintió que se salía del cuerpo y se alejaba de él.

Carolina se despertó impresionada. "¡Así fue como morí en mi última vida!", pensó, "¡Y además fui monja!".

Luego, queriendo averiguar algo más, no se movió en absoluto y cerrando los ojos se concentró en las últimas imágenes intentando introducirse de nuevo en el sueño. Poco después le vinieron más recuerdos de su última existencia:

Se encontraba tumbada en su celda. Un poco alejada de ella, había un médico con la madre superiora y otra monja hablando entre ellos, pero ella podía escucharlos:

—¿Está muy mal, doctor?— preguntó la superiora, con aire grave.

El hombre suspiró y le preguntó:

—Dígame, ¿ha hecho esta hermana trabajos muy duros? Quiero decir si ha cargado con algo pesado o ha debido hacer muchos esfuerzos.

—No.— respondió la superiora, con rotundidad —Lleva trabajando en cocina un año. No hace ningún trabajo de esfuerzo. Tan sólo ayuda a la hermana cocinera. Lo que pasa es que la semana pasada, de repente se cayó y debió de romperse algún hueso. Como ella no se quejaba, creímos que no había sido tan grave, pero al ver que pasaban los días y no podía mantenerse de pie, pensé que lo mejor era avisarle a usted.

—Hizo bien. —dijo el médico —Tiene varios huesos rotos. Pero al examinar su espalda, me doy cuenta de que tiene varias deformaciones en la columna. Me temo que debe tener una enfermedad degenerativa de huesos. Esta hermana ha debido de sufrir muchos dolores, pero los ha callado por alguna razón. Además está extremadamente delgada. ¿Es que no come bien?

—Ella come lo que las demás. — contestó la superiora, con aire enfadado.

—Es verdad que apenas comía, pero era porque decía que no tenía hambre. —intervino la otra monja —Y por otro lado…—miró a la superiora con cierto temor.

—Continúe, hermana.— dijo el médico.

—Pues que ella se veía siempre muy melancólica. Sobre todo últimamente.

—¡Eso son apreciaciones suyas que no vienen al caso!— dijo la superiora con autoridad — ¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra? ¡Hable sólo cuando se le pregunte!

—Bueno, madre, — dijo el médico— quizás sí venga al caso, quizás no. No sé si estará relacionado o no. Pero dígame, ¿desde cuándo tiene el vitíligo en esta mano?

—¿Se refiere a esas manchas? Le salieron poco después de llegar aquí. — dijo la superiora con el ceño fruncido. —Pero no es contagioso, ¿verdad?

—No, no. No se preocupe... Pero además, veo que esta hermana tiene problemas de visión. Es prematuro y debería examinarla un especialista, pero yo diría que parecen cataratas.

—Sí, ya nos había parecido que veía menos. Pero como tampoco se quejaba de ello, no la he hecho examinar.

—Pues ahora van a tener que cuidarla mucho, pues no está nada bien. Y si es lo que pienso, cada vez se va a encontrar peor. — sentenció el médico.

La enferma escuchó toda aquella conversación y pensó: "Creo que ya no me queda mucho tiempo de vida. ¡Señor!, ¡ojalá hubiera podido dar más fruto y haberte servido mejor, pero parece que no he sabido hacerlo bien! Al menos, quiero decirte que a pesar de todo, sólo deseo estar contigo, pues nada de este mundo me interesa ya… Así que llévame contigo cuando quieras."

Carolina se despertó y se dijo: "¡Cuánto sufrí en aquella vida!... Tengo que recordar más cosas… Tengo que ir al origen de tanto sufrimiento…"

Luego se dio la vuelta y recordó la escena de su actual existencia, con tan sólo unas semanas y mamando del pecho de su madre. Carolina sonrió, y pensó: "¡Qué dulce era mi madre!... ¡Y ahora es la hija de Carlos!... ¡Qué misterios y maravillas tienen la vida y la muerte!"

Y luego volvió a concentrarse para desdoblarse conscientemente.

Capítulo 6

Al día siguiente la pareja se fue andando por la zona más antigua de la ciudad, para que Hugo intentara rememorar aquel día.

Ciertamente él pareció reconocer algunos lugares y los dos se animaron pensando que también se acordaría de lo ocurrido en la estación del metro.

Por fin llegaron a la estación en cuestión, y bajaron las escaleras. Hugo iba mirando por todos lados. Luego se sentó en el asiento, tal y como vio en la grabación, miró al asiento en el que se había sentado su agresor y después se levantó y se dirigió al borde del andén.

Carolina estaba cerca de él todo el tiempo observándolo y cuando vio que él se quedaba quieto mirando hacia la vía le preguntó:

—¿Recuerdas algo, mi amor?

Él la miró y le sonrió.

—Ven, hadita, pégate a mí si quieres, pero no recuerdo nada.

Ella sonrió y se enganchó en su brazo.

—¿Nada de nada?— insistió la joven.

—No.— contestó él mirando hacia un lado y hacia otro. —No logro recordar nada. Ni siquiera reconozco la estación.

—Tal vez podrías sentarte un rato más en el asiento, a ver…

—Está bien. Lo intentaré de nuevo.

Los dos fueron hasta el asiento y se sentaron juntos. Se quedaron callados observando unos minutos, hasta que Hugo dijo:

—Mira hadita, es inútil. Yo no recuerdo nada de ese momento. Creo que ya no tenemos nada que hacer aquí. Vámonos, anda.

—Vale.— contestó ella.

Así que los dos salieron de allí ,y al ver el sol de nuevo, se alegraron.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos?— preguntó Carolina.

—Pues no lo sé. — contestó él —Pero de momento estamos igual que antes.

—Entonces, si no te acuerdas de él, ¿qué vas a hacer?

Hugo se quedó pensativo.

—Me estaba temiendo que eso iba a pasar. Pero, ¡en fin!, quizás cuando lo vea en directo, sí lo recuerde.

—¿Y si no?

Él la miró y le hizo un gesto de tierno regaño.

—Pero vamos a ver, ¿no fuiste tú la que dijo que ya se vería en su momento?

La joven sonrió y le contestó:

—Perdóname mi amor, no era mi intención presionarte.

Él la cogió por el hombro y le dijo:

—Anda, vamos a aprovechar el día y conocemos la ciudad. Mañana ya veremos qué pasa.

—Vale. —respondió ella, pasándole el brazo por la cintura.

Después de pasar el día recorriendo distintas zonas de la ciudad, llegaron al hotel bastante cansados de tanto andar y se acostaron enseguida.

Pero Carolina estaba muy incentivada por los recuerdos de su vida anterior que tuvo la noche pasada y decidió volver a hacer la práctica de retrospección. De manera que se puso a concentrarse en aquellos últimos momentos de su anterior existencia, y concentrada en ellos, fue dejando que el sueño la envolviera.

De nuevo el subconsciente le trajo más imágenes:

Estaba en una gran cocina muy rudimentaria, con otras dos monjas. Una de ellas era la cocinera jefe y le decía lo que tenía que hacer. Ella se sentía triste. No le importaba hacer aquellas tareas, pero sí el estar alejada de sus alumnas. Entonces miró por la ventana de la cocina que daba al patio del recreo, y vio a las niñas jugando. Luego se quedó mirándolas con melancolía, mientras se decía: "¡Cómo me gustaría estar con ellas!".

Entonces llegó la madre superiora y la miró severamente, y le dijo:

—¡Usted se lo ha buscado con su terquedad y su soberbia! ¡Ya se lo advertí, pero su orgullo pudo más, y me desafió!... Pero en el fondo yo comprendo que usted no es nada más que la oveja perdida y yo acabaré con su orgullo y sus ideas revolucionarias, venidas de… —la madre superiora se santiguó —Y no crea que esto es un castigo, pues sólo pretendo que aprenda a ser humilde y obediente. Yo acabaré con todo el mal que lleva dentro.

—Sí, madre.— respondió ella, con los ojos bajos.

Carolina se movió un poco, movida por la emoción de aquel recuerdo, y enseguida le vinieron más imágenes ocurridas algún tiempo antes:

Estaba en una gran aula rodeada de niñas que estaban pintando con gran entusiasmo. Ella paseaba entre las chiquillas, y les iba aconsejando, animando, o admirando sus trabajos. La monja quería realmente a todas sus alumnas y, a la vez, se sentía querida por ellas.

En ese momento entró la superiora y las niñas se quedaron calladas y con cara de susto.

—Hermana, ¿qué clase de escándalo es el que tiene usted montado aquí?— le dijo la madre superiora en un tono fuerte.

Ella miró a las niñas y respondió:

—Madre, no estamos haciendo nada más que aprender a pintar.

—¿Pintar? ¿Y para pintar tienen que gritar y reír de esa manera sus alumnas?

—No madre. Las niñas no gritaban, sólo es que están contentas.

La superiora miró a la clase y contestó:

—Pues si están contentas, tendrán que guardárselo para adentro. Aquí han venido para hacerse unas señoritas respetables y no quiero nada de griteríos y escándalos.

—¡Pero madre! ¡Si aquí no ha habido ningún escándalo! ¡Tal vez usted ha confundido el sonido y lo que ha escuchado venía de fuera del convento!

La superiora se puso roja y gritó:

—¿Se está usted burlando de mí?

—No, madre, claro que no. No me atrevería.

—Ponga orden en su clase y mantenga el silencio, mientras trabajan. Y cuando termine, venga a verme a mi despacho inmediatamente.

—Sí, madre.

La superiora se marchó y las niñas la miraron acongojadas. Pero ella sonrió y les dijo:

—No tengáis miedo. Sólo intentad hablar un poco más bajo. La alegría es un don de Dios, y nadie os la puede negar. Seguid con vuestros trabajos, y dejad que vuestras almas se expresen a través de vuestras pinturas.

Las niñas sonrieron y continuaron sus trabajos procurando no hacer demasiado ruido.

Cuando terminó la clase, se dirigió al despacho de la superiora.

—Hermana, lleva usted ya con nosotros un año, y aún no ha comprendido lo que es la disciplina. — le dijo la superiora en un tono grave — Al parecer se cree que todavía está en África y que lleva una escuela del tercer mundo, en la que piensa que todo vale. Pues no es así. Ya le he llamado la atención varias veces, pero usted insiste en hacer las cosas a su manera. Bien, esto es un ultimátum. O usted cambia radicalmente, o me veré obligada a sacarla de las aulas y ponerla a hacer otras labores.

—No he entendido, ¿qué quiere decir?— dijo ella, sin querer creer lo que acababa de escuchar.

—Sé que es usted muy lista, pero se lo diré claramente: si usted no se atiene a la disciplina y al orden, dejará de dar clases y la pondré a trabajar en la cocina.

En ese momento, Carolina se despertó, con el sentimiento de angustia que tuvo en aquella existencia.

"¡Oh, que monja tan tirana era aquella superiora!", se dijo, "Ciertamente era el terror de las niñas y de las hermanas. ¡No me extraña que tuviera claro de pequeña que no quería ser monja!"

Capítulo 7

Al día siguiente Carolina y Hugo se marcharon a la comisaría, como habían quedado.

Después de esperar un rato, un policía condujo a Hugo hacia el interior de la comisaría para hacer la rueda de reconocimiento.

Mientras, Carolina se quedó fuera, en una sala de espera.

Poco después entró una mujer, y a Carolina le pareció que ya la había visto antes. La mujer le miró con un gesto temeroso, y entonces Carolina la reconoció: era la mujer que había ido al hospital para interesarse por Hugo.

Carolina le sonrió y se levantó para saludarla, y la mujer le inclinó la cabeza.

—¡Hola!— dijo Carolina — Me alegro de verla, ¿cómo está?

La mujer se quedó callada unos momentos y luego le dijo en voz baja y temblorosa:

—Señora, por favor, tengo que hablar con usted.

Carolina se extrañó del tono en el que le habló e intuyó que aquella mujer no era lo que ella creía.

—Dígame. —contestó, mirándola atentamente.

—¡Por favor, señora, tengan compasión su marido y usted!— dijo la mujer, con la voz rota y con lágrimas empezando a aparecer por sus ojos.

Carolina se puso en alerta y le dijo:

—Bueno, tranquilícese. Explíqueme qué ocurre.

La mujer se puso a llorar y Carolina se sintió conmovida.

—Por favor, siéntese y cuénteme qué le pasa. — dijo Carolina.

La mujer se sentó a su lado y empezó a hablar:

—Señora, la empresa en la que trabajaba mi marido despidió hace tres años a muchos de sus trabajadores, y también a mi marido. Hemos estado apañándonos con el subsidio de desempleo todo lo que hemos podido. Pero el subsidio se acabó y con la ayuda que le daban, no teníamos suficiente para pagar la hipoteca y alimentar a nuestros tres hijos, así que nos desahuciaron y nos vimos en la calle, pues no tenemos familiares que puedan acogernos. Mi marido y yo tratamos de entrar en una casa de acogida pero el cupo ya estaba lleno y estábamos en lista de espera. Mientras tanto, tuvimos que apañarnos para vivir en una chabola que nos dejaron unos rumanos que vivían a las afueras de la ciudad. Tanto mi marido, como yo, estuvimos buscando trabajo, pero ninguno de los dos lo conseguimos. Entonces mis hijos empezaron a enfermarse, yo creo que debido a las condiciones en las que vivíamos. Mi marido se vio desesperado y…

La mujer se quedó callada y Carolina intuyó qué era lo que trataba de decirle y sintió un pellizco en el corazón.

—Entonces, — prosiguió la mujer — un día, desesperado se puso a dar vueltas por la ciudad sin rumbo fijo, hasta que se metió en el metro…

Hizo otra pausa.

Carolina adivinó lo que venía detrás y como la mujer no se decidía a hablar, lo hizo ella.

—¿Fue su marido quien agredió al mío?

—¡No! ¡No! ¡Él no le agredió!— exclamó la mujer.

—¿Entonces, qué es lo que trata usted de decirme?— preguntó Carolina, confusa.

La mujer volvió a hacer una pausa y después le contestó:

—Déjeme explicárselo, por favor.

Carolina asintió.

—Lo que trato de decirle, — continuó la mujer — es que mi marido se metió en el metro muy desesperado. Ni siquiera sabía dónde iba, ni qué hacer. Entonces, de repente vio a su marido, y sintió algo extraño y sin saber por qué, se fue hacia él para robarle la mochila. Sin embargo… cuando él le empujó… no pretendía que cayese por la vía…

—Pero… tampoco le ayudó a salir.— dijo Carolina.

—Él tuvo miedo. Ya le he dicho que no sabía lo que hacía… Le juro, señora, que mi marido nunca antes ha robado a nadie… Y tampoco ha vuelto a robar… Mi marido ha sido siempre un buen hombre y honrado. Él ha cuidado de nosotros todo el tiempo… Fue sólo la desesperación de vernos así…

La mujer se quedó callada unos momentos y luego prosiguió:

—Cuando llegó a nuestra chabola, yo le encontré muy raro. Lo vi muy abatido. Le pregunté qué había pasado y entonces me confesó llorando y destrozado, que había robado a un hombre y que en el intento de quitarle la mochila le había empujado y cayó a la vía. Él quiso ayudarle, pero le dio miedo y salió huyendo. Luego me dijo que no estaba seguro de si el hombre estaba vivo y eso le tenía totalmente consternado. Entonces, viéndolo así, me decidí a buscar por mi cuenta para averiguar si su marido vivía o no. Fui a la estación del metro y pregunté en la taquilla si sabían algo y ellos me dijeron que se lo habían llevado al hospital, pero que parecía grave. Luego fui al hospital y pregunté en recepción, pero como no podían darme la información, tuve que mentirles diciendo que era uno de los testigos y entonces me indicaron la planta. Luego le pregunté a la enfermera y entonces fue cuando la vi a usted. Dos días después volví a preguntar y me dijeron que se habían vuelto a su tierra y que su marido seguía con la amnesia, aunque parecía haber recordado algo…

Carolina suspiró.

—Mi marido y yo, — continuó la mujer —pensamos que tal vez no habrían hecho denuncia, al ser de otra ciudad. Y sabiendo que al menos estaba vivo, mi marido se sintió un poco mejor… Pocos días después, por fin nos avisaron de que teníamos plaza en la casa de acogida, y dejamos la chabola y entramos en la casa. El trabajador social era un buen hombre que nos ayudó mucho. Todos nos ayudaron mucho, pero especialmente él ayudó a mi marido a encontrar un trabajo. Pero el problema es que cuando fue a arreglar ciertos papeles, la policía lo retuvo como sospechoso de agresión. Luego le hicieron pasar por una rueda de reconocimiento y los testigos dijeron que creían que era él, aunque no estaban completamente seguros. Mi marido y yo comprendimos que se trataba de lo ocurrido en el metro. Nos dijeron que esperaban que el agredido se recuperara por completo para hacer el reconocimiento directo, y mientras tanto, a mi marido le han denegado todos los trabajos y en la casa nos tienen recogidos, pero con la condición de que él no resulte acusado. Pues en ese caso, sólo me dejarían a mí y a mis hijos…

Carolina la escuchó muy atentamente y luego le dijo:

—Supongo que se estará dando cuenta de que está delatando a su marido… Sin embargo, usted me ha dicho al principio que tuviéramos compasión de ustedes. Dígame, ¿qué es lo que pretende? ¿Qué es lo que quiere?

La mujer la miró con cara de volver a ponerse a llorar y le contestó:

—Señora, por Dios, ¡no lo acusen! Si mi marido fuera ajusticiado y metido en la cárcel, ¿qué va a ser de mis hijos y de mí? Yo puedo buscar trabajo, pero aunque me lo diesen, ¿quién se encargaría de mis hijos? Y además, yo sé que mi marido está totalmente arrepentido de lo que hizo, y si lo metieran en la cárcel él no podría soportarlo… ¡Por caridad, tenga compasión de nosotros y explíquele esto a su marido…!

Y la mujer siguió llorando.

Carolina no sabía qué hacer. ¿Estaba aquella mujer haciendo teatro o hablaba con el corazón?... A Carolina le parecía más bien esto último. Se ponía en su lugar y comprendía que ella también haría lo que fuera por Hugo. Aunque no parecía muy inteligente delatar a su propio esposo…

La joven pidió ayuda a su Ser íntimo, para saber qué hacer y luego le puso la mano en un brazo y le dijo:

—Señora, comprendo lo que me ha dicho. Haré lo que pueda, pero no le prometo nada, porque no depende de mí. Además, mi marido ya ha entrado para hacer la rueda de reconocimiento. Si ya lo ha señalado, yo ya no puedo hacer nada.

La mujer la miró y Carolina notó cómo su faz se nublaba. Luego la mujer, como derrotada, se marchó en silencio.

Carolina se quedó con un mal sabor. Suspiró y oró: “¡Que se haga tu voluntad!”

Capítulo 8

Después de un rato, apareció Hugo. Carolina se levantó y se abrazó a él, emocionada.

Éste se sorprendió y le dijo:

—¿Qué te pasa hadita? ¿Has pasado miedo?

—No. Lo que pasa es que he estado hablando con alguien y me he quedado muy tocada.

—¿Con quién has hablado y qué te ha dicho?— le preguntó Hugo extrañado, y levantándole la cara con su mano.

—Antes de hablarte de eso, quiero preguntarte qué ha pasado. ¿Lo has reconocido?

Hugo se quedó mirándola y le contestó:

—Venga, salgamos de aquí. Te lo contaré fuera.

—Está bien.— aceptó ella.

Los dos salieron a la calle, y al bajar las escaleras, Carolina vio a la mujer en la acera de enfrente, detrás de un coche. Ésta también los vio a ellos, pero se quedó quieta en su sitio.

La joven miró a Hugo, y mientras caminaban le dijo:

—Bueno, dime, ¿lo has reconocido?

Él caminó un poco más con aire pensativo, y luego se paró, miró a Carolina y le contestó:

—Pues… la verdad es que sí… y no.

La joven se extrañó de su respuesta.

—¿Qué significa eso? ¿Sí o no?

—Bueno, en realidad sigo sin recordar el incidente, por lo cual no recuerdo su cara.

—Entonces, ¿no lo has reconocido?— dijo Carolina volviéndose para mirar a la mujer que esperaba en la otra acera.

—Si te refieres a que si les he dicho que era él, no. No lo he reconocido como mi agresor.

Carolina volvió a mirarlo.

—¿Entonces no vas a acusarlo?

—No.— contestó Hugo —Ya dije que si no lo recordaba, no lo acusaría.

—Sí, ya lo sé… Pero entonces eso quiere decir que está libre.

—Pues eso creo, sí.

Carolina suspiró y luego miró de nuevo a la mujer y le sonrió, como una señal. La mujer comprendió y sonrió agradecida.

—Sin embargo, sé que fue él. — dijo Hugo.

Carolina lo miró sorprendida.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? ¿No dices que no lo recordabas?

—No lo recuerdo como el hombre que me robó, pero sí lo recuerdo de antes.

La joven estaba aún más asombrada.

—¿De antes? ¿Qué quieres decir?

En ese momento, la mujer se cruzó de acera y se acercó hasta la escalinata de la comisaría. Hugo miró en aquella dirección, sin llegar a contestar a Carolina, y ésta, extrañada, miró también hacia allá.

Entonces vio a un hombre que bajaba la escalinata y se acercaba hasta la mujer, le decía algo y luego los dos se abrazaban emocionados.

Carolina comprendió que aquél era el sujeto en cuestión: el marido de la mujer y agresor de Hugo.

Luego el hombre se dio cuenta de que Hugo y Carolina estaban allí mirándole y se quedó parado. Su mujer le dijo algo, y él bajó la cabeza.

Carolina miró a Hugo y le dijo:

—¿Qué es lo que pasa Hugo?

—Es él. Lo sé. — contestó el joven.

—¿Qué? — exclamó ella — Pero… Hugo, ¡explícame, por favor!

Él la miró, le sonrió y le dijo:

—Anda, hadita, vámonos.

Y los dos continuaron caminando para alejarse de allí.

—Bueno, Hugo, ¿me lo vas a explicar o qué?— dijo Carolina en un tono impaciente.

Él se rio, le cogió la mano, se la besó, y le contestó:

—Sí, te lo voy a explicar. Como te he dicho antes, no lo recuerdo como el ladrón que me robó en el metro, pero lo recuerdo de antes. De mucho antes… Verás, anteanoche, y anoche logré acordarme de muchas cosas de los primeros años de mi vida actual, pero también recordé eventos sucedidos en mi última existencia. Y uno de esos eventos estaba relacionado con él.

Carolina se quedó asombrada.

—¿Lo recuerdas de otra vida?

—Eso es.

—¿Y qué fue lo que te pasó en esa vida con él?— exclamó Carolina.

—Pues lo que logré recordar es que estaba en una especie de clínica situada en un pequeño poblado, creo que de algún lugar de África o de la India, no estoy seguro. Yo estaba hablando con ese hombre y él me estaba diciendo que alguien que era importante para mí, aunque no he logrado recordar quién era, se había marchado de allí para siempre. Aquella noticia me impactó de tal forma, que sin pensarlo más, quise salir a buscar a esa persona, pero él se me atravesó y me dijo que debía olvidarme y dejarle irse en paz. Entonces yo traté de quitarlo de mi camino y en un momento dado, le empujé y él cayó a tierra, con tan mala suerte que se golpeó la cabeza con una piedra. Pero yo estaba como loco y no me paré a ver si estaba bien o no, y corrí en busca de aquella persona que se había ido, para poder detenerla. Sin embargo no pude encontrar a aquella persona, y cuando regresé, supe que él estaba grave a causa de la caída, y entonces me di cuenta de que había sido por mi culpa. Además él también sufrió de amnesia. Yo era médico, e hice todo lo posible para ayudarle, aunque reconozco que también recé intensamente para que se curase, y finalmente él pudo recuperarse, aunque él no recobró toda la memoria y tuvo que aprender a vivir con ello.

Carolina se quedó asombrada con aquel relato.

—¿Te das cuenta?— dijo Hugo — Es como si ahora la historia hubiera dado la vuelta. Yo le hice un daño, por supuesto de forma involuntaria, pero que le provocó

grandes males… Por eso, ahora sé que quizás él no es totalmente responsable de lo que ocurrió. Creo que ha sido el pago justo de mis acciones movidas por la desesperación, en mi vida anterior, y además ha sido una enseñanza para mí.

La joven suspiró y asintió.

—Sí, creo que es muy posible que sea como tú dices. Ahora te voy a contar yo lo que me ha dicho su mujer en la comisaría.

—¿Su mujer?— dijo Hugo, extrañado —¿Has hablado con su mujer?

—Sí. Yo la conocí en el hospital, cuando estabas ingresado.

—¿De veras? A ver, cuéntame.

Y Carolina le explicó toda la conversación que había tenido con la mujer de aquel hombre.

Hugo la escuchó atentamente y asintió.

—Creo que esa mujer te ha dicho la verdad. Si es así, me alegro de no haberle acusado. Un error lo puede tener cualquiera, sobre todo si está movido por la desesperación. Ten en cuenta que una persona que está sufriendo tanto, es porque tiene varios conflictos activos, lo cual puede llevarla a estar en Constelación, es decir que en ese momento, no está totalmente en sus cabales y haría cosas que en un estado mental y emocional normal, no haría.

—Sí. Ya comprendo.— contestó Carolina.

—Bueno, pues aquí parece que cerramos página.— dijo Hugo.

—No sé qué decirte.— respondió ella —Es posible que cuando tu hermano y los demás se enteren de que no lo has acusado, salten chispas.

Él se rio y dijo:

—Bueno, pero si tú estás conmigo, lo demás no me importa.

Capítulo 9

Los jóvenes decidieron regresar al hotel a pie. Al pasar junto a una tienda de bebés, Carolina se acordó de sus sobrinas y se paró para ver unos juguetillos.

La joven sonrió pensando en ellas y dijo:

—Hugo, ¿quieres que le compremos un regalito a las bebitas?

Pero éste no le contestó.

Carolina lo miró y lo vio pensativo.

—Bueno, — dijo —no hace falta que sea nada caro. Es suficiente con un patito de goma.

Pero él no contestó nada.

Ella se extrañó y le preguntó:

—¿Qué pasa?

Por fin, el joven la miró unos segundos y luego cogiéndola de la mano dijo:

—¡Vamos!

Mientras comenzaba a andar muy rápido.

Carolina, que no entendía a qué venían de repente aquellas prisas, le preguntó:

—Pero Hugo, ¿qué pasa?

Su marido miró hacia la otra acera, y luego, echando un vistazo rápido a los coches que pasaban, en el momento en que vio un hueco, tiró de ella y cruzó la calle.

La joven caminaba a su lado totalmente desorientada, pero dejándose llevar por él.

Luego marcharon unos metros más, y al llegar a la puerta de un restaurante, él dijo:

—Entremos aquí para comer.

Y le dejó paso para que ella entrase primera. Pero Carolina, en vez de entrar, se paró, lo miró algo enfadada y le dijo:

—Bueno, mi amor, comprendo que tengas mucha hambre después de todo, pero no entiendo por qué estas prisas y esta poca delicadeza para venir aquí. Bastaba con que me hubieras dicho que querías comer y ya estaba.

Hugo la miró sorprendido por el tono en el que le habló y luego se sonrió. Entonces le dio un beso y le contestó:

—Tienes razón, hadita. Pero entra ya, ¡por favor!

Carolina lo miró asombrada y le exclamó:

—¡Pero Hugo…!

—¡Por favor, entra ya!— insistió él, en un tono más autoritario.

Ella se quedó muy extrañada y obedeció.

—Ve pidiendo una mesa. — le dijo Hugo, desde el exterior.

Carolina lo miró, y él insistió:

—Busca una mesa, ahora mismo entro yo. Voy… a llamar a Esteban.

La joven, sin comprender nada de lo que ocurría, entró para buscar la mesa para comer, pero tras dar unos pasos, se volvió hacia atrás para ver qué era lo que pasaba.

Entonces desde allí dentro, vio que Hugo echaba a andar marcha atrás. Carolina se dijo: "¿A dónde va?", y se dirigió a la puerta del restaurante y salió a la calle. Desde allí pudo ver a Hugo que se acercó a una pareja que estaban parados unos metros más allá. La joven los miró y se dio cuenta de que eran el hombre que le atracó y su mujer.

Hugo les dijo algo y el hombre asintió con la cabeza y le contestó mirándole fijamente. Hugo volvió a hablarles y el hombre le respondió, mientras la mujer los observaba.

Carolina se quedó asombrada, y tras recobrarse del asombro, quiso acercarse, pero por un momento se le ocurrió que Hugo no deseaba que ella se metiera, y por eso le había dicho que entrara en el restaurante, sin darle explicaciones y de aquella forma tan brusca. Esto le hizo sentirse muy mal, pues siempre había pensado que no debía haber secretos entre uno y otro, y que, puesto que ella le había apoyado en todo, él debía de contar con ella para todo.

Olvidándose de sí misma y dejándose llevar por ese "yo" que pensaba que Hugo "la estaba dejando a un lado", se metió en el restaurante, totalmente frustrada, y se sentó en una mesa.

Un camarero se acercó a ella y le preguntó qué deseaba tomar. Ella pidió un zumo, por pedir algo, pues se le había cortado totalmente el apetito.

Minutos después, entraba Hugo.

Éste se acercó hasta la mesa y se sentó.

Carolina se quedó callada, y él le preguntó:

—Bueno, ¿has pedido ya?

Ella lo miró y negó con la cabeza, diciendo:

—Sólo este zumo.

Él miró el zumo y sonrió:

—Pues vamos a pedir, que tengo bastante hambre.

Llamó al camarero y éste vino, cogió el pedido y se marchó.

—Hadita, has pedido poco, ¿no tienes hambre?

—No mucha, no.— respondió ella, esperando a ver si él hablaba del tema.

En ese momento, les llamó por teléfono Gervasio. Hugo le contó que no había reconocido a nadie durante la rueda de reconocimiento y que finalmente no habría cargos contra nadie. Luego Gervasio los invitó a cenar en su casa, y Hugo le preguntó a Carolina. Ésta respondió que lo que él quisiera, y entonces Hugo aceptó.

Después vino el camarero y les sirvió. Hugo comió con bastante apetito, pero ella seguía manejada por aquel "yo" que estaba convencido de que él la había excluido de algo importante de su vida, y tenía el estómago cerrado.

—¿Qué te pasa, hadita? —le preguntó su esposo — ¿Estás preocupada por algo?

Ella negó con la cabeza y contestó:

—No. Sólo estoy un poco cansada.

Él la observó detenidamente y le dijo:

—¿Seguro que no estás preocupada por nada?

—¡No, Hugo! ¡Ya te he dicho que no!— le dijo ella, en un tono un poco más fuerte.

El joven se quedó pensativo y le dijo:

—¿Tienes miedo de la respuesta de Esteban y de los demás?

—No. Me da igual lo que digan.— contestó ella, de mala gana.

Él continuó observándola y le cogió la mano:

—Hadita, ¿quieres que luego cojamos un taxi y nos vayamos al hotel y te echas una siesta?

—Sí. Será lo mejor. —contestó ella, sin mirarle, pues un "yo" de autocompasión había convencido a otro "yo" de rencor, de que Hugo estaba siendo muy "malo" con ella.

—Vale. Eso haremos. — respondió él, sin dejar de observarla.

Capítulo 10

Cuando llegaron al hotel, y una vez que se encontraban a solas en la habitación, Hugo cogió a la joven de la mano y la condujo para sentarse en una de las camas, y le dijo, con gran ternura:

—Vamos a ver, hadita, ¿qué es lo que te pasa?

Ella no quería hablar, porque se sentía todavía aquel "yo" herido, porque él la había excluido.

Hugo le acarició la mejilla y se quedó pensativo.

—¿No quieres hablarme?— le preguntó —¿Estás enfadada conmigo?

Carolina por fin habló y contestó:

—No. Sólo estoy cansada y quiero dormir.

Él suspiró y respondió:

—Está bien. Después de descansar, seguramente estarás mejor.

Carolina se descalzó y se acostó en la cama y se puso de lado, dándole la espalda a Hugo.

—Yo daré un paseo, así no te molestaré— dijo él.

Pero la joven no contestó nada.

—Si te despiertas antes de que venga, llámame al móvil. — le dijo Hugo.

—Está bien. — respondió ella, sin cambiar de posición.

—Bueno… pues entonces hasta luego. — dijo él.

Y Carolina escuchó que abría la puerta y se iba.

Entonces la joven se giró y se puso boca arriba. Luego empezó a sentir cierto arrepentimiento y a darse cuenta de que se había dejado llevar tontamente por un falso sentimiento del "yo".

Decidió recomponer de nuevo la situación que le había hecho reaccionar así, y se dio cuenta de que quizás había algún motivo por el que Hugo no quiso decirle nada. Ella lo conocía prácticamente de toda la vida y sabía que él no tenía mala intención en nada de lo que hacía, y que siempre la había tenido en cuenta.

Luego se dijo: "Creo que le he juzgado mal. Tenía que haberle dicho algo. He sido una tonta. Seguro que tiene una explicación para su comportamiento. Él jamás me ha dejado de lado.".

Entonces se acordó de cuando casi un año antes, ella le propuso ajustarse un poco el cinturón para poder pagar la academia y él le dijo que no podía ser. Al principio también lo juzgó mal, llegando a creerse que era un tirano que se negaba a ayudarle. Pero cuando todo se aclaró, comprendió que en realidad él no había querido contarle aún, para no preocuparla más, que también le habían negado la subvención para los cursos, y por esa razón no dispondrían en un tiempo de un sueldo fijo, por lo que era imposible pagar los gastos de la academia.

Todo esto hizo reaccionar a Carolina y plantearse, no sólo la situación, sino su estado interior y sus reacciones subjetivas.

De esta manera, comenzó a hacer un trabajo firme de comprensión y eliminación de los defectos de autocompasión, de amor propio herido, y de rencor, con la ayuda de su Divina Madre, uno por uno, y en orden.

Luego, mucho más relajada, sintió de repente muchas ganas de orinar y fue al baño. Mientras estaba allí, comprendió lo que le había ocurrido a nivel biológico, pues ya había escuchado a Hugo hablar muchas veces de ello: Primeramente Hugo la había llevado al restaurante de una forma forzada y sin explicaciones, y seguidamente ella lo vio hablando con el atracador y con su mujer. Esto, para ella, fue un impacto, que recibió de forma inesperada y que lo vivió en soledad. Esto era lo que la Nueva Medicina Germánica llama un DHS que le originó un programa biológico especial de la naturaleza, o lo que la mayoría llama una enfermedad. El contenido del conflicto que es el que determina la localización del foco de Hamer en el cerebro, y el órgano afectado, estaba determinado por la reacción de ella. Y su reacción fue: "Hugo no me ha dicho nada. Él me ha dejado de lado. Él me ha excluido de esto." Y este conflicto afectó a los túbulos colectores de riñón, de forma que empezó a retener líquidos.

Sin embargo, después de sus reflexiones y de su trabajo psicológico, ella solucionó el conflicto, al darse cuenta de que había juzgado prematuramente a su esposo. Y que esas dudas en contra de él, estaban fuera de lugar. Por eso, en el momento en que solucionó, dejó de retener líquidos y tuvo necesidad de ir al baño para orinar.

Carolina se sonrió, pensando: "Ya casi sé tanto como Hugo."

Y se rio ella sola.

Después, como sentía, esta vez de verdad, un poco de sueño, se tumbó de nuevo en la cama, y se dijo: "Voy a dormir un poco y luego le llamo para que venga a por mí."

Entonces se puso sobre su lado derecho con las piernas flexionadas, la mano derecha bajo la mejilla y la izquierda sobre su pierna y se concentró en el mantram para desdoblarse en astral conscientemente: LA—RA—S.

Capítulo 11

Un buen rato más tarde, Carolina se despertó y al abrir los ojos se encontró delante de ella dos patitos de goma.

La joven, primero se sorprendió, y después sonrió. Y al mirar más allá de los muñecos, vio a Hugo medio recostado en su cama con la espalda apoyada en el respaldar, mirándole.

—¿Has descansado, hadita?— le preguntó él.

—Sí.— contestó ella incorporándose y cogiendo los patitos.

—Bien. ¿Te encuentras mejor, entonces?— le dijo Hugo.

Ella lo miró y asintiendo con la cabeza, le respondió:

—Sí. Mucho mejor. Perdóname, mi amor, he estado muy antipática contigo.

Él extendió su mano izquierda para cogerle la derecha a su esposa y le dijo:

—No importa, hadita. Lo importante es que ahora te encuentres mejor. Han sido muchas emociones en estos dos días y es normal que estuvieras cansada.

Ella sonrió, pensando que él siempre era muy bueno con ella.

—¿Y estos patitos?— preguntó.

—Pues… los he comprado para las niñas, como querías, ¿no? Pensé que como te llevé tan aprisa hacia el restaurante, al final te quedaste con las ganas de comprarlos y por eso estabas molesta conmigo.

—Sí, bueno… En realidad, ya no me acordaba de eso. Pero siendo honesta, te confieso que es verdad que estaba molesta contigo, aunque no era por eso.

Él se quedó callado un momento y luego le preguntó:

—¿Entonces, por qué? ¿Qué es lo que he hecho que te ha molestado?

—Lo que pasa es que te vi hablando con el hombre que te atracó y con su mujer.

Él se quedó pensando.

—Comprendo.— dijo —No sabía que te habías dado cuenta.

—Pues sí. Después de entrar al restaurante, como te encontré tan raro, me volví y te vi dirigirte hacia ellos. Y la verdad es que me sorprendí mucho. Pero lo que realmente se me hizo extraño es que no me dijeras nada. Y… bueno… algunos "yoes" se han encargado de comerme la cabeza y la moral. Pero ya he estado reflexionando y trabajando esos "yoes", y me he dado cuenta de que debías tener alguna razón, para no hablarme de ello.

—¡Vaya! ¡Qué tonto he sido!— exclamó Hugo — En realidad, creía que no te ibas a dar cuenta en el momento, y luego te lo iba a contar, pero te lo voy a explicar ahora mismo.

Carolina lo miró atenta mientras él hablaba.

—Lo que pasa es que cuando nos paramos junto a la tienda de bebés, me di cuenta de que ellos nos habían estado siguiendo, porque los vi algunos metros más allá, mirándonos y parados. Eso me extrañó y me dije que, al fin y al cabo, aunque yo lo hubiera conocido en mi anterior existencia, realmente no sabía la trayectoria que había recorrido en ésta, y aunque tú me contaste que su mujer te dijo que era un buen hombre y que estaba arrepentido de lo que hizo, realmente no sabía si aquello era

cierto o no, y por tanto, no entendía por qué nos habían seguido. Entonces pensé en ti y temí que pudieran querer hacernos daño. Así que sin decirte nada, para no asustarte, te hice marchar rápido para intentar esquivarlos. Pero al ver el restaurante, se me ocurrió que sería mejor apartarte a ti del posible peligro, y por eso te dije que entraras y me esperaras allí.

—¡Ah!— exclamó Carolina —Con razón tenías esa expresión de preocupación. ¡Podías habérmelo dicho!

—Pero no quería que te asustaras.— repitió él.

—Bueno, está bien. Pero ¿qué era lo que querían?

Hugo suspiró y contestó:

—Pues nada de lo que pensaba. Cuando me acerqué hasta ellos, les dije que si me estaban buscando y él me contestó que sí. Luego le pregunté que qué quería y entonces él me dijo que a pesar de que en la comisaría yo no le había reconocido, quería confesarme que sí había sido él. Yo me quedé sorprendido por el riesgo que estaba tomando al decírmelo. Pero él me lo explicó: aquel día él estaba fuera de sí, pues ya no sabía qué hacer con su vida, y aún hoy no se explica cómo se le ocurrió hacer lo que hizo. Pero estaba muy arrepentido de haberme robado y por supuesto de haberme empujado, aunque no era su intención que yo cayese por la vía. Aquello le impactó de tal manera, que él, que llevaba años sin acordarse de Dios, por lo visto todos los días rezaba pidiendo que yo me curase totalmente. Y además, esto sí que me hizo gracia, aunque se deshizo de la mochila y de la mayoría de las cosas que llevaba dentro, guardó la documentación y el dinero con la firme intención de devolvérmelos algún día. Luego me dijo que me confesaba haber sido él, porque su conciencia le martilleaba día y noche con eso. Él esperaba que yo le iba a reconocer, y estaba dispuesto a pagar por ello, a pesar de que sabía que sus hijos y su mujer lo iban a pasar muy mal. Pero al ver que yo no lo señalé, entonces sintió la necesidad de decírmelo. Luego me entregó la documentación y el dinero que llevaba aquel día.

Carolina se quedó asombrada.

—Hugo, ese hombre no puede ser un mal hombre. Eso no lo hace todo el mundo y además demuestra una gran valentía.

—Sí. Es cierto. A mí también me ha tocado el corazón. Por eso le dije que se quedara con el dinero, y que les comprase a sus hijos lo que quisiera. Él me dijo su nombre y me dio el nº de teléfono de la casa de acogida, que es donde están ahora, pero me ha hecho prometerle que si alguna vez necesito algo de él, que lo localice a través de ése número, pues él actualizará continuamente sus señas al trabajador social de la casa de acogida, con el que ha hecho una buena amistad.

—¡Vaya!— exclamó la joven — ¡Qué increíble es todo esto! ¡Quien lo hubiera dicho cuando vinimos aquí!

—Desde luego.— respondió él, pensativo — ¡Qué caminos más extraños tiene la vida! Él y yo nos conocíamos de antes y de alguna manera teníamos algo pendiente. Y así ha sucedido. ¡Quién sabe si en el futuro aún tenemos otras cosas que vivir juntos!

—Pues sí. Es cierto. — contestó la joven, pensativa —Pero lo que no entiendo es por qué no me lo contaste después, durante la comida.

—Te lo iba a contar, pero te vi una expresión extraña y eso me hizo preguntarme qué era lo que pasaba. Luego como me llamó Gervasio, me despisté y después seguías muy rara y ya no vi el momento de contártelo, así que pensé que ya te lo contaría luego.

—O sea que yo misma, con mi reacción, hice que no me lo contaras. ¡Pues vaya!

Hugo se rio y le acarició la mejilla.

—Bueno, ahora que todo está aclarado, ¿qué te parece si nos preparamos para ir a casa de los padres de Gervasio?

—Vale. Estoy lista en un minuto. — contestó Carolina, levantándose de la cama.

Capítulo 12

Por la noche Carolina hizo, al igual que los días anteriores, una práctica de retrospección para continuar recordando más cosas de su anterior existencia.

Una vez que hubo pedido ayuda a sus Padres internos y se hubo relajado, continuó la retrospección por donde se había quedado la noche anterior, dejando que el sueño le llegara, y de esta manera el subconsciente fuera sacando más recuerdos de situaciones anteriores a las últimas recordadas:

Entonces se vio vestida con el hábito de monja, y entrando al convento. Allí la esperaba la madre superiora y otra religiosa. Después de darle una seca bienvenida, la superiora le dijo:

—Sabemos que ha estado durante un tiempo en África, pero ahora le han destinado a este convento donde el ambiente verá que es muy diferente, pero no por ello trabajará menos.

—Sí, madre.— respondió ella.

—Hemos oído hablar de usted, — continuó la superiora —y ya sabemos que tiene unas formas algo personales de trabajar, pero aquí tendrá que adaptarse a una disciplina.

—Sí, madre.— contestó ella.

—La obediencia y la humildad son imprescindibles. La hermana Cándida le enseñará el convento y su celda, y le dirá nuestros horarios y normas.

—Sí, madre.— volvió a decir la joven monja.

Ella siguió a la hermana Cándida, que le mostró todo y le explicó todas las labores a hacer, aparte de las clases que ella iba a dar. Por último le enseñó su celda y ella se quedó allí, para guardar las pocas pertenencias que tenía.

Sin embargo, cuando se vio a solas en la celda, se sentó en su cama, miró a su alrededor y al ver aquellas cuatro paredes, se puso a llorar, en voz baja, sintiéndose débil y culpable de muchas cosas…

Carolina continuó queriendo ahondar más lejos, y le fueron viniendo otras escenas anteriores:

Estaba en una especie de aeropuerto rural, en algún lugar de África. Estaba esperando que llegara una avioneta en la que tenía que viajar hasta otra ciudad. Con ella había otra monja más mayor.

Ella se sentía realmente triste por su partida, pero había recibido la orden y no podía hacer otra cosa.

—No ponga esa cara hermana,— le dijo la otra monja — esto es lo mejor para usted.

—Sí, hermana.— respondió ella.

—Aquí corría usted un gran peligro y era necesario que usted regresara.

—Sí, hermana.— dijo ella.

—Ya verá cómo cuando esté allí, verá las cosas de otra manera y se dará cuenta de que si hubiera continuado aquí, habría caído en desgracia. — dijo la otra hermana.

La joven monja se quedó callada, mientras sentía un nudo en la garganta y aguantaba las ganas de llorar.

La monja mayor la miró con cariño y le dijo:

—La echaré mucho de menos.

Ella sonrió levemente y contestó:

—Yo también a usted.— suspiró y continuó— Echaré mucho de menos a los niños también.

La otra monja sonrió y asintió.

Y ella continuó:

—Y a Bakita, y a Fidel… y a todos— y aquí se le rompió la voz, y tuvo que callarse para no delatar su profunda tristeza.

La monja mayor la miró con el ceño fruncido y le dijo:

—Por favor hermana, no se deje llevar. Sea fuerte.

Ella asintió, mirando hacia el suelo.

—El convento en el que va a entrar, tiene fama de ser bastante estricto. Quizás eso le venga bien a usted.— dijo la otra monja — Pero en todo caso, acuérdese siempre de seguir queriendo a sus alumnas como si fueran sus hijas y trátelas con cariño, como siempre ha hecho. Y se ganará el corazón de todas, igual que aquí.

Ella sonrió, agradecida por sus palabras de ánimo y contestó:

—Sí, hermana. Muchas gracias.

La monja mayor le sonrió también y le respondió:

—Quiero que sepa que a pesar de todo, he aprendido muchas cosas con usted, y entre otras, su gran ternura con los niños, y su alegría. No los pierda, pase lo que pase.

—Sí, hermana.— contestó ella.

La avioneta empezó a aterrizar y ellas se despidieron.

Entonces ella cogió su pequeña maleta y se dirigió hacia la avioneta, en la que se montó.

Una vez dentro, se sentó en un asiento, y al mirar por la ventanilla, vio a lo lejos que se acercaba un coche. Su corazón se aceleró, mientras sus ojos no se apartaban del vehículo.

Pero la avioneta comenzó a marchar y dobló hacia un lado para poder meterse en la especie de pista de despegue, y ella lo perdió de vista.

Por fin, la avioneta montó en el aire, y ella se asomó a la ventana del otro lado, buscando el coche, pero cuando éste llegó hasta donde estaba la monja mayor, ya era demasiado tarde, y la avioneta estaba demasiado lejos como para poder ver al ocupante, salir del coche.

Carolina se despertó con el corazón latiéndole fuertemente, como si aquella escena acabase de ser vivida por ella, en esos momentos.

"No sé bien qué pasó, pero sí sé que me sentí muy mal", se dijo, "Debo seguir indagando para ver qué fue lo que viví en aquella existencia… Pero eso será mañana."

Luego se acostó sobre el lado derecho y se puso a hacer esta vez, una práctica de desdoblamiento astral.

Capítulo 13

Al día siguiente Hugo y Carolina partieron a la estación, para el tren de vuelta a casa.

El viaje se les hizo corto, entre la conversación y algún sueñecillo.

Cuando llegaron, como nadie les esperaba, se fueron directamente a su casa. Poco después les llamó por teléfono el padre de Hugo. Éste y su hijo estuvieron hablando un poco, mientras Carolina preparaba algo de cena.

Cuando colgó, Hugo se fue a la cocina para ayudar a su esposa.

—¿Qué pasa, mi amor?— le preguntó Carolina — ¿Qué te ha dicho tu padre?

—Algo que no me sorprende, aunque esperaba que no ocurriera.— respondió Hugo —Parece ser que mi padre y mis hermanos se lo han tomado muy a pecho, y les ha sentado realmente mal que no haya acusado a ese hombre.

—¡Oh, vaya!— exclamó Carolina — ¿Pero tú se lo has explicado bien?

—Se lo expliqué ayer por teléfono, y ahora, lo mismo. Pero ¡nada!, ¡no lo comprenden! Piensan que he hecho muy mal.

—Pero Hugo, ¿les has explicado todo? ¿Les has dicho que luego él vino a hablarte y a confesarte que fue él y que no tenía verdadera mala intención?

—Bueno, eso no me he atrevido a contárselo, porque temo que eso les haga reafirmarse en que tenía que haberle identificado, y si no, que después de su confesión tendría que haberme ido derecho a la comisaría para decirlo. Si no saben eso, siempre pueden tener la duda de que tal vez ese hombre no fue.

Carolina se quedó pensativa y luego respondió:

—Sí, puede ser que lleves razón.

—Bueno, ya se les pasará. — dijo él —¡Al menos eso espero! En todo caso, mi madre me ha preguntado que si queremos ir a comer mañana. Le he dicho que se lo diré después. ¿Tú qué dices? ¡Pero ten en cuenta que el horno está caliente…!— dijo esto riéndose.

Carolina se rio.

—Bueno, a mí me gusta mucho el pan que hace tu padre, y también esas tortas tan buenas, así que, si el horno está caliente, tanto mejor, porque así aprovechamos para quemar algunas escorias de ésas que llevamos dentro tú y yo.

Hugo comprendió que su mujer estaba hablando de aprovechar el gimnasio psicológico que les brindaban el padre y los hermanos de Hugo con sus críticas, para auto descubrirse psicológicamente y para eliminar los posibles “yoes” que pudieran surgir.

—En ese caso, ¡vayamos mañana!— dijo el joven, riéndose.

Y efectivamente, al día siguiente se vieron con los padres de Hugo y con Domingo y su esposa. Esteban no quiso ir.

Hugo habló con su padre y con Domingo, y estos parecieron aceptar por fin la decisión del joven.

Sin embargo, aún quedaba Esteban. El hermano mayor estaba realmente enfadado con su hermano pequeño.

Después de salir de la casa de los padres de Hugo, Carolina vio que él estaba empezando a sentirse afectado por la reacción de Esteban.

—Mi amor, no te preocupes por Esteban. Él es más testarudo, pero al final lo aceptará. No te sientas culpable. Yo creo que has hecho bien en no delatar a ese hombre.

—Ya no es eso lo que me preocupa. — respondió Hugo —Es que se lo está tomando como algo personal y está encajonado en la idea de que le he hecho una mala pasada… Temo que esto le esté afectando de manera que haya entrado en conflicto activo. Muy posiblemente de colon, si es que piensa que le he hecho una faena.

—Pero tú no le has hecho nada a él.— rebatió Carolina.

—No. No le he hecho nada, pero es posible que él se lo esté tomando así.

Carolina se quedó pensativa y luego le preguntó:

—¿Y qué podemos hacer?

Hugo suspiró y contestó:

—Creo que voy a ir a su casa y hablaré con él. Estoy dispuesto, si es necesario, a sincerarme totalmente con él.

La joven lo miró y le preguntó:

—¿Qué quieres decir con sincerarte totalmente? ¿Le vas a contar que lo conocías de antes?

—Quiero decir, que le voy a explicar las condiciones en las que él se encontraba aquel día.

—Está bien, Hugo. ¿Quieres que vayamos ahora?

—Sí. Mejor cuanto antes.

Y los dos se encaminaron hacia la casa de Esteban.

Éste los recibió con el ceño fruncido. Pero Hugo le sonrió y le cogió por el hombro diciéndole:

—¡Anda Esteban, vamos a hablar un poco!

—No tengo ganas de hablar contigo. Siempre haces lo que quieres, sin importarte los demás. Nosotros también hemos pasado mucho contigo a causa de ese delincuente que has dejado libre. Me parece que esta vez has ido demasiado lejos.

—Hermano, de verdad nunca podré pagaros todo lo que habéis hecho por mí. Pero el acusar a ese hombre no es el pago que merecéis. Déjame contarte algo que no le he contado a papá, ni a Domingo. He podido conocer a ese hombre y a su mujer. Él no es un delincuente, sólo un padre desesperado porque le dejaron sin trabajo, se quedó sin casa, viviendo en una chabola con sus tres hijos y algunos de ellos enfermos. En el colmo de la desesperación, y sin ser realmente consciente de lo que hacía, quiso robarme la mochila y en el intento me empujó, para apartarme. Lo que ni él ni yo nos dimos cuenta, es que yo me encontraba demasiado cerca del borde del andén, y al dar un paso atrás, caí. Pero él no me empujó a posta, ni pretendió hacerme daño. Todo eso lo vimos muy claramente Carolina y yo en la grabación que nos enseñó la policía. También vimos que él quiso volverse para ayudarme, pero el miedo a los otros testigos le hizo huir. Sin embargo, él estaba tan arrepentido que su propia mujer fue al hospital a ver cómo estaba.

—Sí, es cierto.— intervino Carolina —¿Recuerdas aquella mujer que vimos, que nos preguntó cómo estaba Hugo?

—¿Aquella que parecía muy temerosa y que se fue rápidamente?— preguntó Esteban.

—Sí, esa.

—Sí la recuerdo.

—Luego tuve la oportunidad de hablar con él,— prosiguió Hugo —después de salir de la comisaría, y me confesó todo esto, me pidió perdón y me devolvió la documentación y también quiso darme el dinero. Yo reconocí en su mirada y en su forma de expresarse que era realmente sincero y por eso le contesté que se quedara con el dinero para sus hijos. Ahora ellos están en una casa de acogida y seguramente le darán un trabajo, gracias a que no le he acusado, y después podrán conseguir un hogar para vivir, él y su familia. Este hombre, estaba realmente agradecido, y me dio sus datos, para que si en cualquier momento yo necesitase algo de él, cuente con él. ¿Entiendes? Fue un error de un padre desesperado. Pero no es un delincuente. Yo no lo recordé y no lo acusé, pero después de que se sinceró conmigo, comprendí que el no recordarlo, fue una bendición para él y para mí. Porque si lo hubiera acusado, sabiendo todo esto, seguramente ahora me sentiría realmente mal de dejar a una familia desprotegida por un error que le puede pasar a muchos. No apruebo su conducta en el hecho de robar, pero entiendo, y más después de estudiar la Nueva Medicina Germánica, y conociendo la psicología múltiple del ser humano, que aquel hombre no era responsable de lo que hacía. Y por eso, yo lo perdono. Y te pido a ti, que lo perdones también.

Esteban se quedó mirándolo callado, luego suspiró y poco a poco se fue dibujando una leve sonrisa en sus labios.

—¡Ay hermanito! ¿Cómo lo haces para llevarme siempre a tu terreno? ¡Como cuando eras pequeño! ¡Siempre enredándome!... ¡Está bien!, ¡lo perdono!... ¡Y te perdono a ti también!

Hugo lo abrazó, muy contento. Y Carolina y la esposa de Esteban se rieron al verlos.

Capítulo 14

Aquella noche cuando Carolina se acostó, se puso de nuevo con su práctica de retrospección: se concentró en el último recuerdo de su vida anterior y dejó que el sueño le viniera.

Poco después comenzaban a salir de su subconsciente, escenas ocurridas con anterioridad a la última que recordó:

Se encontraba en una clase con muchos niños y niñas de raza negra. Tres de ellos estaban representando un cuento, mientras que los demás estaban muy atentos.

Cuando terminó la obra, todos los niños y ella aplaudieron a los protagonistas.

—¿Os ha gustado?— preguntó ella.

—¡Sí!— respondieron todos, con entusiasmo.

—¡Muy bien! ¡Entonces la semana que viene vamos a hacer otro cuento!, ¿os parece?

—¡Síiii!— repitieron los niños.

—Bueno, pues mañana elegiremos un cuento y también a los actores.

—¡Bieeeeennnnn!— aplaudieron los chiquillos, saltando muy contentos.

Ella se rio. Le encantaba cuando veía a los niños tan felices.

La monja mayor entró en la clase y sonrió al ver a los niños. Entre medias de tanto jaleo, se acercó hasta ella y le dijo:

—Hermana, tenemos que hablar.

—Muy bien. Voy a despedir a los niños.

Poco después la clase se quedó vacía y ella se acercó a la hermana mayor que la esperaba sentada en el asiento de la maestra.

—Dígame, hermana.— dijo ella.

La hermana mayor la miró y le contestó:

—Hemos recibido órdenes para usted.

Ella sintió un vuelco en el corazón y con gran temor preguntó:

—¿De qué se trata?

—Tiene que volver a España.

Ella se sentó, al sentir que aquello le caía demasiado fuerte, aunque de alguna manera no le resultaba extraño, pues había concebido la idea de que aquello podía ocurrir, aun cuando deseaba fervientemente que no.

—Les ha contado usted lo que pasó, ¿verdad?— preguntó.

La monja mayor se quedó callada unos momentos y luego respondió:

—Usted sabía que iba a hacerlo. Y también sabe que no podía hacer otra cosa.

—Sí, pero, hermana, yo le prometí que no había ocurrido nada.

—Precisamente. Pero por eso mismo, porque sé que usted es honesta y que en el fondo es una buena monja, tuve que decirlo, para salvarla de que ocurriese.

Ella bajó la cabeza y asintió.

Pero en su interior se decía: "¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué tienen que ser las cosas así? ¿Realmente es tu voluntad que las cosas sean así?"

—El sábado una avioneta vendrá a buscarla.— explicó la otra hermana —Así que mañana será el último día de clase.

—¿Qué? ¿Tan pronto?— exclamó ella —Pero no me va a dar tiempo de despedirme.

—Sólo se despedirá de los niños y de Fidel y de Bakita. De nadie más, ¿comprende?—dijo la monja mayor.

Ella miró a la otra monja y asintió.

—Es por su bien.— dijo la hermana mayor, levantándose y acercándose a ella —Quizás ahora esté confusa, pero cuando pasen unos días y lejos de aquí, se dará cuenta de que es por su bien.

—Sí, hermana.— respondió ella, dócilmente.

Carolina se movió un poco sin perder la concentración y luego le vinieron más recuerdos anteriores:

Estaba con los niños, sentada en círculo sobre la tierra, en la explanada que servía de recreo de la escuela.

Juntos cantaban una canción de un juego, al mismo tiempo que daban palmadas de forma rítmica, y mientras, un niño iba marchando alrededor de todos ellos, al paso que le marcaban las palmas de sus compañeros. Luego el chiquillo le dio en la cabeza a otro niño, y éste se levantó para correr tras el otro, siempre alrededor del círculo y ante los chillidos entusiastas de los demás. Al dar una vuelta entera, como el segundo no logró alcanzar al primero, éste se sentó y el otro comenzó el recorrido al ritmo que le marcaban los otros niños.

Ella se reía al ver los gestos de cada uno, cuando el crío que los rodeaba se acercaba por detrás de ellos. Pero he aquí, que estaba tan distraída observando a sus alumnos, que cuando menos se lo esperaba, el niño le dio a ella en la cabeza. Entonces, aunque sorprendida, rápidamente reaccionó y se levantó para perseguir al chiquillo. Sin embargo, no logró llegar a tiempo, y eso pareció divertir muchísimo a los niños. Pero ella, muy al contrario de ofenderse, se rio también de la broma, con gran placer.

En medio de tanto jolgorio, se dio cuenta de que algunos metros más allá, había dos personas que parecían estar pasándoselo muy bien, con los juegos de los niños. Eran Fidel y el doctor.

Ella sintió un vuelco en el corazón cuando vio al doctor que se le estaba acercando. Entonces, se le quitó la risa completamente, y notó como si le costara trabajo respirar. Pero antes de que él llegase hasta ella, la hermana mayor le llamó desde lejos:

—¡Hermana!

Ella la miró y vio que le hacía señas.

—¡Venga aquí!— le gritó la otra monja.

El doctor también se dio cuenta de las señas de la hermana mayor y resopló, con fastidio. Y antes de que ella se dirigiera hacia la otra monja, él le dijo en voz baja:

—Por favor, tenemos que hablar. Dime dónde y cuándo.

Ella lo miró, sintiendo que el corazón se le rompía en mil pedazos y le contestó, con la voz rota:

—No puedo... Lo siento…

Él la miró desconsolado e insistió:

—¡Por favor!

Ella, sintiendo unas ganas enormes de llorar, negó con la cabeza y se fue hacia la otra monja que ya se estaba acercando a ellos, con paso rápido.

Al reunirse las dos monjas, la mayor le dijo a la joven:

—Hermana, recuerde bien lo que le dije.

Ella asintió.

—Es un buen doctor, no lo puedo negar, pero puede ser muy peligroso para usted. Y usted lo sabe, ¿verdad?

Pero ella no contestó a eso, pues en realidad no tenía claro nada. Su cabeza le decía una cosa y su corazón otra muy distinta.

Carolina se despertó impresionada.

"¡Era Hugo!", se dijo, "¡el doctor era Hugo!"

Luego miró hacia su derecha y vio a su esposo dormido plácidamente.

"¡Entonces, sí le conocí en mi vida anterior!", pensó.

Después se quedó reflexiva recordando al otro hombre que estaba con Hugo y por fin sonrió, pensando: "¡Claro!, ¡ahora caigo!, ¡Fidel era el hombre del metro, el que le robó a Hugo!"

Capítulo 15

Como aquellos recuerdos la dejaron muy impactada, decidió continuar con la retrospección. "Tengo que llegar al fondo de todo esto.", se dijo "Necesito saber qué fue lo que pasó." Así que cerró de nuevo los ojos y se concentró en las últimas imágenes, mientras dejaba que el sueño llegara de nuevo. Poco después, el subconsciente empezó a sacar más cosas:

Estaba en la clínica con una niña, alumna suya, que se había caído mientras saltaba por encima de unos bloques de piedra, y tenía la rodilla herida.

El doctor la estaba curando y le dijo:

—Eres una niña muy valiente. No has tenido miedo, ¿verdad?

—No.— respondió la niña —La hermana me dijo que no me iba a hacer daño y yo confié en ella porque siempre dice la verdad.

El doctor sonrió y miró a la joven monja. Y luego le dijo a la niña:

—Ya veo que eres muy lista y que te has dado cuenta del secreto de tu maestra.

Tanto la niña como la hermana miraron curiosas al doctor.

—¿Qué secreto?— inquirió la niña.

El doctor puso cara de sorprendido y le dijo:

—¿Pero es que no lo sabes?

—¡No!— respondió la chiquilla.

La monja se sonrió mientras pensaba: "¡A ver por dónde sale ahora, con sus bromas!"

—Pues el secreto es…— él miró a un lado y a otro, como si se asegurara de que nadie los escuchaba — que… la hermana no es lo que parece.

—¿No?— exclamó la chiquilla extrañada y mirando a su maestra.

—¡Claro que no!— contestó el doctor —¡Tú fíjate y verás!

La niña observó detenidamente a la joven monja, que callaba, divertida pero intrigada.

—¡Fíjate!— repitió el doctor — ¿No te has dado cuenta de que no tiene cara de monja?

—¡Sí es verdad!— dijo la niña.

—Y quiere mucho a todos los niños, y a veces hace así — él hizo un gesto con la mano derecha— ¿ves? como si tuviera una varita mágica invisible. Y ¿no te has dado cuenta de que siempre tiene solución para todo? y además… es muy bella… ¿a que sí?

—¡Sí, es verdad!— repitió la chiquilla, admirada.

La hermana iba a intervenir, pero él se adelantó:

—¿Entonces te has dado cuenta ya de quién es?

—¡Es un hada!— exclamó la cría.

—¡Exactamente!—contestó él. —Es un hada disfrazada. Pero no debes decírselo a nadie. Ése será nuestro secreto.

La joven monja se sentía, por un lado, halagada, por otro, divertida, pero por otro, pensaba que aquella broma no era correcta para una religiosa.

—¡Bueno, ya está bien de juegos!— protestó.

—¡Sí, claro, hermana!— respondió él, guiñándole un ojo a la niña. —No se preocupe, nosotros no diremos nada de su verdadera identidad, ¿a que no?

—No.— contestó la chiquilla.

La hermana le hizo un gesto de regaño silencioso al doctor. Y él se sonrió.

—Bueno, pues ya está. — dijo el doctor, bajando a la niña de la camilla —No creo que te duela, pero si te duele, sólo tienes que pedirle a la hermana hada que te dé un toque mágico con su varita invisible.

—¡Doctooor!— exclamó la joven monja, con un dulce regaño.

Él volvió a sonreírse.

—Bien, encantadoras damiselas,— dijo — ha sido un placer hablar con ustedes.

Y diciendo esto le cogió una mano a la niña y le dio un beso. Ésta se rio divertida. Luego, el doctor cogió la mano derecha de la joven monja, mirándola a los ojos, y la besó igualmente.

Ella, que no había tenido tiempo de reaccionar con antelación, al ver que él le besaba la mano, sintió un vuelco en el corazón y no supo qué decir.

La niña volvió a reírse.

En ese momento apareció Fidel.

—¡Hombre, Fidel, llegas justo a tiempo!— exclamó el doctor.

El hombre sonrió.

—A ver, ¿para qué soy bueno?— preguntó.

—Pues por ejemplo, para llevar a esta linda señorita— señalando a la niña — hasta su casa. A ser posible montada en el burro.

—¡Sí! ¡Sí!— exclamó la chiquilla muy contenta.

Los mayores se rieron.

—¡Será un placer!— respondió Fidel.

Y la cogió de la mano para salir fuera de la clínica.

La joven monja quiso acompañarlos, pero el doctor le dijo:

—¿Me ayuda, hermana?

Ella se volvió y contestó con cierta cortedad, por el beso de antes:

— Sí, claro. ¿Qué debo hacer?

—Mientras usted limpia la camilla y tira los restos en ese cubo, yo voy a guardar esto.

—Está bien. Pero… no merece que le ayude. Después de la historia que se ha inventado…

Él se rio.

—No se preocupe, seguro que la niña no contará su secreto a nadie.

—¿Todavía está con eso?— dijo la joven monja

—¿Con qué? ¿Con la verdad? Yo estoy realmente convencido de que usted… tiene magia. Antes de que usted llegara, esos niños no se veían tan felices. Usted se ha ganado el corazón de todos ellos. En realidad, se ha ganado el corazón de todos… Incluso el mío…

Ella se puso un poco nerviosa con las últimas palabras y respondió:

—No, usted está sacando las cosas de su sitio. Lo que pasa es que todos ustedes son muy buenas personas, amables y de gran corazón. Yo sólo soy una simple monja, nada más.

—No es cierto. Usted es mucho más que eso. — le rebatió él, mirándola a los ojos —Ha logrado traer la alegría sincera a este poblado. No es que las otras monjas fueran

malas, no, pero no tenían su alegría y su inocencia. Y por eso, todos la admiran, la respetan y la quieren.

Ella sonrió, negando con la cabeza e iba a contestar, pero él continuó:

—Y yo también. Yo la admiro…, la respeto… y la quiero.

La hermana le miró sorprendida, y de nuevo no supo qué decir.

—Sí, hermana, yo estoy enamorado de usted. La amo desde el primer día en que la vi, cuando la vi asustada delante de aquella serpiente que usted creía venenosa, pero que no lo era. Cuando me miró con aquella carita de asustada e indefensa. En ese momento tuve ganas de abrazarla y besarla… Y si me retuve, fue por verla con el hábito de religiosa.

Ella bajó los ojos, sintiendo que su corazón latía más fuerte que nunca.

Entonces él se acercó a ella y cogiéndole la mano derecha le dijo:

—Hoy me he atrevido a confesarle mis sentimientos, porque estoy convencido de que usted también siente lo mismo.

Ella levantó los ojos, sorprendida.

—¿Estoy equivocado?— dijo él — Si es así, dígame que no es cierto y no volveré a hablarle jamás de esto. ¿Pero acaso puede negarme que usted también siente lo mismo que yo? ¿Puede?

Ella bajó de nuevo los ojos y con el corazón completamente disparado respondió:

—No. No puedo.

Él sonrió, y luego levantó la mano de la joven monja, y la besó, mientras ella se quedaba paralizada, por la emoción. Pero de repente la hermana mayor entró en la clínica y exclamó:

—¡Hermana! ¿Qué está pasando aquí?

Carolina se despertó y entendió que aquel amor imposible había sido la gran frustración de su anterior existencia. Y también comprendió su gran amor por Hugo, en su existencia presente.

CONCLUSIÓN

Al día siguiente, durante el desayuno, Carolina le contó a Hugo todos los recuerdos que había logrado recabar de su anterior existencia. Pero lo hizo en el orden en que realmente ocurrieron. Y para completar, él le contó a ella sus propios recuerdos.

Al parecer poco después de que Hugo, cuyo nombre en aquella existencia era Guillermo, terminara su carrera de medicina, él decidió aceptar una propuesta que le hicieron de marcharse a un poblado de África en el que hacía falta un médico.

Él llevaba una vida sencilla con la gente del pueblo y enseguida se hizo amigo de Fidel, quien, como ya sabemos, era el supuesto agresor de Hugo, en esta existencia.

También había allí una misión religiosa con dos hermanas que se encargaban, entre otras cosas, de la escuela del poblado. Estas monjas eran bastante metódicas y llevaban a los niños con cierta disciplina. Pero desafortunadamente una de ellas se enfermó y fue necesario repatriarla. Entonces llegó Carolina, que por entonces era la hermana Caridad.

Hugo, o mejor dicho Guillermo, la conoció en un momento bastante curioso: ella hacía pocas horas que había llegado al poblado. Muy contenta se había sentado en un escalón de la escuela, mientras le echaba un vistazo a uno de los libros que iba a utilizar para enseñar a sus alumnos. De repente, escuchó un ruido, y al mirar hacia su izquierda vio una serpiente. Ella se quedó paralizada del susto, y no se atrevió ni siquiera a gritar pidiendo ayuda. En ese momento, apareció Guillermo que le dijo que no tuviese miedo. Y después cogió a la serpiente con su propia mano y la lanzó más lejos. Ella lo miró sorprendida y él le sonrió diciéndole que no era venenosa. Al mirarse, los dos sintieron que algo había nacido en su interior, pero no dijeron nada.

Luego la hermana Caridad comenzó sus clases y por su forma tan alegre y cercana a los niños, enseguida éstos le cogieron un cariño muy fuerte. Y ella también los quería, como si fuesen sus propios hijos, y era feliz entre ellos.

Por otro lado, la relación entre ella y el médico era aparentemente sólo de amistad, pero en el corazón de los dos, el amor estaba creciendo a pasos agigantados: los dos se admiraban mutuamente, y se sentían felices cuando estaban juntos, aunque nunca se lo decían.

Hasta que un día él se declaró y ella no pudo negar que también sentía lo mismo. Pero en ese momento llegó la otra hermana y los vio.

Como consecuencia de ello, y debido al estado de confusión de la hermana Caridad, ésta fue enviada a otro convento en el que la madre superiora era realmente estricta y cruel.

A la separación de los dos amantes, hubo que añadir la de sus alumnos y al encierro en un convento oscuro y lleno de normas.

Durante un tiempo la hermana Caridad estuvo dando clases, pero la superiora no estaba de acuerdo en la forma en que lo hacía y la destinó a trabajar en la cocina, lejos de sus amadas alumnas. Esto fue otro duro golpe para ella. Y además la madre superiora no dejaba de decirle que era una mala monja, la oveja perdida y muchas otras cosas que sólo lograban que la hermana Caridad se sintiera como la peor de las personas.

Poco después ella empezó a dormir menos, a comer menos, y a sentirse como si no fuera nadie en el mundo. Y luego llegaron más complicaciones: cada vez veía menos, y cuando un día se cayó, ya no pudo volver a levantarse. Y así se fue consumiendo, hasta morir.

Entre tanto, Guillermo, cuando ella se marchó y él se enteró por Fidel, quiso seguirla para detenerla, pero cuando llegó a la especie de aeropuerto, la avioneta en la que ella iba, ya había despegado. Él se quedó destrozado, y se enfadó enormemente con la hermana mayor. Pero al regresar al poblado se enteró del mal estado de Fidel, a quien él había empujado para quitárselo de en medio, cuando aquél trataba de impedir que siguiera a la hermana Caridad. Entonces reaccionó y a partir de aquel día se dedicó aún más a curar a los enfermos y a ayudar a todos, en lo que pudiera. Nunca se casó, porque no logró olvidar a la hermana Caridad. Y aunque intentó conseguir alguna información sobre ella, no logró nada.

Murió de viejo, allí mismo, en el poblado donde había vivido casi toda su vida.

Después de contarse sus respectivos recuerdos, Carolina le preguntó a Hugo:

—Los problemas de huesos fueron motivados por el conflicto de autodevaluación que tuve a causa de todo lo que me pasó en el convento, ¿verdad?

—Sí. Yo creo que ahí se ve muy claro. —contestó él.

—¿Y los problemas de visión?

—Si realmente eran cataratas, debieron ser por un conflicto con curación pendiente relacionado con una separación visual. Seguramente relacionado con el hecho de perder de vista a tus alumnos, tanto en la escuela del poblado, como en el mismo convento.

—Y también te perdí de vista a ti.— dijo ella.

Él sonrió, con melancolía, y asintió.

—Oye Hugo, ¿y las manchas blancas en el dorso de la mano derecha?

—¡Ah! ¡Te refieres al vitíligo! Bueno eso también es más de lo mismo. El conflicto está relacionado con la separación brutal de un ser amado. — él sonrió —Y creo que fue por mí. Las manchas en la mano estaban donde yo te besé, cuando te declaré mi amor, ¿verdad?

—¡Sí, es verdad!— contestó ella, reflexiva.

—¿Te das cuenta hadita? Muchas cosas de aquella vida se han repetido. Sin embargo, el trabajo interior que hemos aprendido nos ha servido para no volver a repetir los mismos errores.

—Sí, eso estaba pensando. En realidad, si yo tuve problemas en los huesos, fue porque me identifiqué totalmente con lo que me decía aquella monja. Y la pérdida de mis alumnos, también fue muy traumática aquella vez, pero en esta existencia, he sido capaz de superarlo, gracias a ese trabajo psicológico. Bueno, y también gracias a tu apoyo.

—De todas maneras, si todo sigue como hasta ahora, vas a volver a abrir tu academia pronto.— dijo Hugo.

Ella sonrió.

—Sí. Aunque creo que eso será más bien para después del verano, cuando empiece el curso escolar normal.

—Como tú quieras hadita. Lo único que deseo es que seas feliz.

Ella se desperezó y le contestó:

—Soy feliz. Y además tengo mucho que agradecer porque Dios me ha dado muchas cosas. Me considero muy afortunada: Además de tener pan, abrigo y refugio, he conocido a la Nueva Medicina Germánica que me ayuda a comprender las causas de cualquier dolencia que tenga, sin necesidad de pasar por los suplicios y tormentos que ofrece la medicina oficial en muchos casos. También he conocido el trabajo psicológico que me ayuda a conocerme a mí misma y me enseña a vivir. Tengo una buena familia y amigos, y te tengo a ti, que eres el mejor compañero en la vida que se puede tener. ¿Qué más puedo pedir?

Él sonrió y respondió:

—Es cierto, los dos somos afortunados. A los dos se nos han dado muchas cosas, y sobre todo oportunidades. Si me dijeran ahora mismo: "pide un deseo", mi deseo sería que todo el mundo tuviese la oportunidad de conocer al menos todo lo que nosotros hemos conocido.

—Estoy segura de que a todo el mundo se le brinda esa oportunidad, si no es en una vida, es en otra. Pero también estoy segura de que si uno no aprovecha bien su vida actual, con todas sus situaciones buenas y malas, para Despertar, está perdiendo el tiempo miserablemente, y como consecuencia estará más dormido aún en su próxima vida.

—Sí, seguramente.— contestó Hugo, pensativo —Pero ahora me preguntó qué será ahora de esa superiora tan simpática.

—No importa, mi amor.— respondió Carolina — Yo no le guardo ningún rencor. Visto lo visto, ¿quién sabe si en otra existencia anterior a la última, fui yo quien le hizo la vida imposible?

—Sí, eso es verdad. Bueno, pues tendremos que seguir haciendo retrospecciones, para recordar esas vidas anteriores.— dijo él.

Y tal y como se lo plantearon, así hicieron.

Pero… eso ya forma parte de otra historia, que quizás os la cuente en otra ocasión…

FIN

Más obras de la autora en: http://www.elenasantiago.info
Para quienes quieran profundizar:
http://www.elenasantiago.info/para_profundizar.elena_santiago.htm

Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada (by—nc—nd):
No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.
http://creativecommons.org/licenses/by—nc—nd/3.0/deed.es